

La urbanización



Carlos Álvarez Parejo

La urbanización

CARLOS ÁLVAREZ PAREJO

Desamparadas

Los árboles son altos. Pinsapos densos impropios del lugar. Apuntan hacia el cielo como cohetes a punto de despegar. El sendero de tierra muestra figuras curiosas formadas por los claros y las sombras. Un juego que divierte al sol, pues juega cada día, durante horas, mientras los animalillos, como las ardillas rojizas o los bellos zorros, corretean en busca de alimento.

Emma se abraza intensamente a su hija, quince años recién cumplidos, ya es una mocita de curvas sugerentes. Su cara es bonita, sus pechos abultan bajo la camiseta y sus caderas provocan giros de cabeza cuando camina por la calle. Su desarrollo ha empezado rápido, como lo hizo el de su madre.

Ninguna siente reparos al exponer su miedo. La situación lo merece. El tipo que apunta con la pistola no muestra piedad en la mirada. En cambio, sí que le sobra aspereza y sus pupilas brillantes y firmes han sido testigos del salvajismo. Sergey Ivanov no tuvo mucha suerte en su infancia. Padre alcohólico, madre obligada a prostituirse, orfanatos, palizas... Las desgracias lo endurecieron día tras día, mañana tras mañana, tarde tras tarde, noche tras noche... Un sin vivir.

Solo su gran tamaño lo ayudó a la hora de protegerse. Horas de gimnasio fortaleciendo el tren superior. Cada vez más peso. Miradas y comentarios que pasaron de la burla al miedo. Luego, llegaron los trabajillos, los encargos, los robos, las cosas serias. Sergey se convirtió en sicario. Entró en la mafia.

Emma se separa de Anna. Esta se aferra llorando, su madre es lo único bueno que le queda, lo único bueno que tuvo siempre. Ambas tiemblan. Sus yemas blancas, dedos finos, manos bellas y sus brazos no paran de vibrar, incontenibles. Las mentes no son del todo dueñas de sus actos.

Suéltame, suplica a su hija con la mirada. La muchacha se resiste cuando su madre avanza, pero acaba cediendo, aceptando lo que tiene que ocurrir, un destino no escrito, imposible de programar.

Sergey Ivanov se extraña. No deja de apuntar con el arma, una TT clásica, Tula-Tokarev, la pistola rusa que se utilizó en la Guerra Civil Española, en la de Invierno en Finlandia y en la II Guerra Mundial, entre otros conflictos. Un arma conocida que adoran muchos delincuentes y asesinos a pesar de sus múltiples fallos y su poca seguridad. Su fama la precede. Sus víctimas son imposibles de contar. En la policía todavía la utilizan para probar chalecos antibalas. Ninguno aguanta una andanada de sus balas, por muy pequeño que sea su calibre.

Emma avanza unos pasos con las manos alzadas. Gotas de sudor le recorren la frente. Desearía que no fuera así. Preferiría estar perfecta, impoluta, estelar..., para que el ruso aceptase la propuesta que está a punto de hacerle.

—Quieta ahí, bonita —amenaza con pronunciado acento. Después, añade algo más, palabras en su idioma de origen.

La mujer mira hacia atrás. Su hija, con las manos en el rostro y los ojos atemorizados, la observa. Suspiran. No es plato de gusto. Ambas sueñan con un mundo distinto, un mundo mejor, donde no existan todos los errores previos ni las personas que les hicieron daño, ni las que quieren hacérselo.

Emma respira hondo y vuelve a dar otro paso hacia su paisano. Muy lentamente... Sin movimientos bruscos... Los pájaros del bosque, ajenos al encuentro, revolotean de un lado a otro del sendero, exploran el entorno, lo disfrutan. Emma, si pudiese contemplarlos, les tendría envidia, pero también mucho amor y admiración. Anhelaría ser como ellos, volar libremente, junto a su hija. Nadie más.

—¿Vas a entregar la mercancía sin haberla catado antes? —dice ella en ruso, el idioma de ambos, de Emma y de Sergey.

Se envanece, se estiliza, se ofrece divina, una diosa proveniente del reino de Asgard. Los pantalones vaqueros ceñidos, que forman eses en sus piernas, y la camiseta negra con un bordado plateado, no son más que prendas que la unen con la Tierra. El eslavo, desde que la ha visto, ha comprendido que esta

no es una mujer normal. Entiende por qué lo han enviado a por ella, su cuerpo vale su peso en oro, plata y joyas.

Emma alza el pecho, sus dos montañas escotadas, casi destapando sus cimas, y avanza unos pasos más. Deja de mirar la pistola para dirigir la vista a Sergey Ivanov, cuya respiración se agita descontroladamente, sin que lo perciba, sin que recuerde cuál es su sitio. Un ligero movimiento en el pantalón indica claramente que su excitación está al alza.

—Si la dejas libre, me dejas hacer lo que quieras. Aquí mismo. Ahora — propone en el idioma de ambos—. Solo tienes que liberarla. Nadie sabrá nada. Yo no diré nada. A nadie. Te lo juro. Seré tu esclava.

A Sergey Ivanov le pueden las ganas. Lleva ocho semanas corriendo de un lado a otro detrás de la mujer y su hija. Ocho semanas sin parar, sin sexo, mal durmiendo, tirando de café cargado a todas horas. Expreso tras expreso. Ocho semanas en las que ha acumulado ardores y rabia sin advertirlo. Al cabo, no es un *lumberas*, solo un superviviente. Si al menos hubiera ido de putas un solo día...

Está excitadísimo. Emma es preciosa. Un diamante de carne. En este momento, piensa que jamás ha probado un cuerpo igual, con esos pechos prominentes, la cadera estrecha y un culo que promete sueños. A Sergey Ivanov, el cuerpo de la rusa le trae recuerdos de buenos ratos junto a una prostituta brasileña. La comparación hace estragos en su cerebro. Ahora, está completamente ido, ya no podrá parar.

—Tú, al coche —ordena en español a la hija, que se inmoviliza en el sendero y tarda en obedecer: no le gusta todo esto, lo que está pasando, lo que arriesga Emma. No obstante, termina por meterse en el vehículo tras un cabeceo de su madre.

Emma se acaricia las ondulaciones del pelo, una larga cabellera rubia en la que raíces castañas claras afloran a escondidas. Sostiene una mirada felina y la punta de su lengua asoma con artificial inocencia entre sus labios carnosos y colorados. Genera deseo. Lo sabe y quiere. Provoca al mafioso elevando la

barbilla, demostrando que le queda orgullo y que él debe vencerlo.

—Soy toda tuya —pronuncia en ruso.

Sergey ya no recuerda que ella es mercancía intocable. Se olvida de su misión. Es un defecto personal. Siempre ambicionó escalar. Siempre fue subiendo. Es lo que tiene haber sido un paria, un don nadie, y haber ido trepando entre escoria. Quiere seguir subiendo. Necesita sentirse fuerte, un hombre superior al resto, incluso a sus jefes. Por eso ya no hay vuelta atrás. Su deseo es una necesidad. Quiere tenerla más cerca, poseerla, ser su dueño, notar la sumisión a la penetración de su miembro.

El bofetón le excita todavía más. Emma no se corta y vuelve a pegarle, esta vez, más fuerte. Y otra...

—¡Demuéstrame de qué pasta estás hecho, hombretón...! —lo incita, siempre en ruso, para que no piense, para que actúe, para que se deje llevar con espontaneidad. Si tiene que suceder, que sea ya...

Sergey pega fuerte. De una sola hostia, Emma se trastabilla y cae al suelo. No le importa. Prefiere sentir dolor, beber la sangre de sus labios, recordar este momento con asco. Él, alterado, se arroja encima y desabrocha el botón del pantalón con fuerza, superando la tensión de la cintura. La cremallera se debilita en cuanto tira de los vaqueros hacia abajo. Se va excitando al contacto con la carne. La piel de la mujer es suave, apetitosa, sustanciosa... Sergey no recuerda haber vivido un momento igual, aunque ha echado miles de polvos más. Los tuvo libres y obligados, sexo consentido, alguna que otra violación y, los que más, prostitución. Pero este es diferente, va a poseer una perla, y, en este instante, el instinto le pierde la cabeza.

Consigue quitar el pantalón, ella ayuda para que sea más rápido. Siente asco, rabia, odio, pero la vida de su hija vale mucho más que todo esto. Solo será su cuerpo, solo serán unos minutos. Con suerte, no llegará a uno. La corrida, seguramente, será rápida. Nada que quiera recordar, pero no podrá reprochárselo. ¿Qué no haría una buena madre por su hija inocente?

Sergey suelta el arma a un lado y se quita los pantalones. Ella vuelve a

abofetearle. Está frustrada. Ojalá fuera un hombre... Ojalá estuviera armada... Ojalá tuviera quien la defendiera... Él repite su hostia fuerte. La cabeza de Emma cae hacia atrás, sus manos dejan de resistirse. Las bragas se rompen. De fondo, se oye el llanto de Anna, quien, asustada, aceptando la vida de mierda que tienen, se contiene para no ayudar a su madre. Poco podría hacer...

La penetración es intensa. Ella ancla sus uñas en la tierra. Él, en el trasero de ella, en un pecho saliente. Una lágrima cae por la mejilla enrojecida de la rusa. Es agua limpia y pura que mana y cae sobre el terreno.

—¡Toma esto, zorra! —exclama el cabrón sintiéndose más hombre, con el miembro erecto y persiguiendo el momento de correrse como si fuera lo único para lo que ha nacido.

Las pisadas de las zapatillas deportivas se aprecian muy cerca. Corren lo más que pueden. Emma, desde su posición abatida, solo llega a verlas cuando están muy cerca. Son rojas, con una delgada línea rosa. Se distingue también el blanco de la suela, que asoma por el frontal, aunque esté manchada de barro seco. Su dueña las compró en una tienda de running por el rojo, por la intensidad que desprendían. Hay mucha fogosidad ahí dentro, en su alma; es un volcán en alerta.

El disparo entra por la sien y sale por el lado contrario. Después, se oye otro disparo. Y otro, Y otro. Hasta cinco veces dispara la mujer sobre la cabeza de Sergey, que no entiende qué sucede y se desploma a un lado del cuerpo de Emma, que no ha dudado en empujarlo temblando. La sangre brota por doquier. Cabeza y cuello. Cinco agujeros de entrada y cinco de salida. La tierra del sendero se vuelve roja.

Anna corta su llanto. No se atreve a salir del coche. Está atrapada en la parte de atrás, encerrada por sí misma, por su miedo. Balbucea frases inconexas. Se balancea. Ruega a Dios por la suerte de su madre. Se ahoga de pavor. De espaldas a lo acontecido no ha podido ver nada. No quería verlo. No sabe qué ha sucedido.

Emma, desde el suelo, manchada de tierra y sangre, observa a la mujer que la ha salvado. Es rubia, de pelo rizado y largo. Lo lleva en una coleta que se hace para correr. Sus ojos son castaños y usa lentillas, aunque Emma no puede apreciarlo. Es esbelta, su tiempo dedica a ello corriendo día sí y día también. De lunes a viernes, siempre por el mismo bosque, por el mismo sendero, siempre armada con su Ruger LCP, una pistola de bolsillo, para defensa personal. Menos de trescientos gramos y poco más de diez centímetros de largo. Un coñazo, la verdad, en su opinión, pero necesario.

Emma se coloca los vaqueros desde el suelo. Lo primero es la dignidad. Lo hecho, hecho está, ahora debe recuperarse, seguir adelante. Aunque se siente sucia, lo importante es que su hija y ella están a salvo. Seguras. Se levanta e intenta respirar adecuadamente. Mira el cuerpo del ruso. No aguanta el desprecio y escupe sobre él. No le importa dejar su saliva en el cadáver. No lo piensa. Su rabia es superior.

La corredora desconocida aún se mantiene en la misma postura. De pie, con la pistola apuntando. Ha sufrido fuertes pesadillas durante mucho tiempo. Siempre las mismas imágenes, siempre violaciones, siempre terminaba disparando. Emma se acerca de forma prudente y toca su hombro y brazo, el que sostiene el arma. Las respiraciones de ambas se acompañan. Se miran. Los ojos brillan. La tiradora lleva una mano a la boca y comprende más o menos lo que ha hecho. Tiene dudas. Emma le quita el arma suavemente, se la guarda tras la espalda, y la abraza con prudencia.

—No te preocupes, todo está bien. Me llamo Emma y me has salvado.

Después, se agacha y coge la Tula-Tokarev de Sergey. También se la guarda. Él no la necesitará, ha dejado de tener posesiones en este mundo. Camina hacia el vehículo y abre la puerta. Introduce medio cuerpo para abrazarse intensamente a su hija. Esta deja escapar un torrente.

—Todo ha salido bien, cariño. Ahora necesito tu ayuda. Tenemos que mover el cadáver. ¿Podrás hacerlo?

Anna expulsa unas bocanadas de aire antes de asentir con un movimiento

repetitivo de cabeza. Su cabello claro se sacude en el interior del vehículo que ha utilizado Sergey para encontrarlas. Es un coche grande, caro, conocido entre los amantes de los vehículos, un todoterreno color aceituna que se camufla entre las hojas de los árboles.

Anna se apea del Range Rover y sigue a su madre hacia el cadáver del ruso. Siente odio y, a pesar del horror, le gustaría coserlo a patadas, molerlo a palos, destrozarlo hasta que fuese irreconocible. Es mucha la ira. No puede reprimir una sola patada, con ganas, una vez que está cerca. El golpe es en el costado. Aun así, se mancha con algo de sangre.

La imagen es terrible. La víctima de violación agarrando las muñecas del violador. La hija procurando imitarla, aferrando los tobillos. Sergey, el muerto, más que muerto; sucio, sangrando, con la boca abierta en un rictus extraño y angustioso. Parece reflejar su sorpresa incluso desde el más allá, como si parte de su alma, pillada in fraganti, no hubiera podido despegarse del todo y volar hacia el infinito, hacia el vacío, donde vuelan las almas perdidas.

—Qué... Qué...

Emma levanta el rostro hacia la balbuceante salvadora.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Emma y esta es mi hija Anna.

La corredora las mira a los ojos. Ambas permanecen quietas, contemplándola, y Vanesa comprende que le toca dar el próximo paso. No puede venirse abajo ahora.

—Me llamo Vanesa.

—Tenemos que deshacernos del cadáver, Vanesa. Por nada del mundo me gustaría que esto te supusiese un problema. No te mereces la cárcel. Me has salvado la vida. Si hacemos desaparecer el cuerpo, nadie sabrá nunca nada. Nadie podrá echarte en cara su muerte.

Vanesa respira hondo antes de cabecear. Desde luego, es la mejor idea.

La urbanización

La puerta corredera se va abriendo ante la mirada nerviosa de Emma. Aunque está fabricada en acero inoxidable, más resistente y duradero que la mayoría de materiales, el aspecto exterior es de madera: aporta sensación de confort y paz a los individuos que viven dentro y que entran y salen cada día. A un lado, a la derecha, existe una pequeña construcción alta, como una torreta de dos plantas. Abajo no hay ventanas, solo arriba, oscuras, blindadas, con un alero negro muy saliente que las protege del sol. Es el puesto de seguridad, desde donde abren el acceso. Emma deduce que la puerta de los guardias debe estar dentro, tras los muros altos y desafiantes, a resguardo. La seguridad es óptima. No hay grietas.

Vanesa juega nerviosa con un bucle de su pelo rubio. Lo enrolla una y otra vez a uno de sus dedos. Sus pupilas azules no paran de bailar sobre los objetos que existen a su alrededor. Hace poco más de una hora que disparó contra el violador, casi vació el cargador sobre su cabeza. Solo quedó una bala en el arma defensiva, la pistola que le entregaron para protegerse.

Anna, en silencio, contempla el bosque que rodea todo. Está agotada por la tensión. Le gustaría contemplar la lejanía de la carretera por la que han venido. Sería como decir adiós a los problemas, a los hombres que la persiguen, al ruso muerto, al cabrón desgraciado de su padre. Pero queda a su espalda y no le apetece elevarse ni girarse. Mejor ahí, a su espalda, donde no pueda ver ni recordar, en la distancia...

La carretera pública termina en el muro, en este acceso ultravigilado. Vanesa mete la primera y el Hyundai i10, color rojo, intenso, igual que las zapatillas, se introduce despacio en las fauces de este lugar único. La carretera adoquinada recibe las ruedas 175/65 R14, propias de este vehículo pequeño. El adoquinado es bueno, los amortiguadores prácticamente nuevos, apenas notan la irregularidad del terreno. Su desplazamiento fluye igual que lo hace

un río con abundante caudal. Despacio pero sin cesar.

—¿Vives aquí? —interroga Emma.

La rubia de pelo rizado, acariciando el volante, la mira ausente. Es una sensación extraña. Como flotar. Está aquí, en el mundo real en el que vivimos todos: lo sabe; pero se siente en otro lugar, en una dimensión paralela.

—Sí, aquí estaréis seguras. No tenéis que preocuparos por nada. Os vamos a ayudar.

La rusa observa la manera en que Vanesa vuelve la vista a la carretera. Su respuesta ha sido mecánica, como si no la dijera ella, como si no dependiese de ella. Emma siente un escalofrío. No está segura de dónde se ha metido. Su maldito mundo siempre va a peor... Anna es lo único que ancla su existencia. Si no, hace tiempo que se hubiera suicidado. La vida no vale la pena, al menos si eres una desgraciada. Si eres parte de ese pequeño colectivo de privilegiados, de ese porcentaje reducido de personas que nacen con la baraja completa, llena de ases y figuras, entonces sí que debe valer la pena... Mas no es su caso. Sus cartas siempre fueron malas, mediocres, si acaso tuvo un seis o un siete entre los dedos. Mala suerte.

Esta vez, Anna se incorpora y mira hacia atrás. Quiere asegurarse de que la cancela de metal y madera se cierra del todo. Sus fantasmas no podrán superarla. Puede que, desde ahora, esté atrapada en una jaula, pero, al menos, no podrán dañarla. La cancela se cierra. Anna se coloca de nuevo en el asiento trasero, cómoda, y, de repente, se pone a llorar. No puede evitarlo. Se tapa el rostro. Lleva demasiado tiempo huyendo, más todavía sufriendo. Mierda de vida. Si no fuera por su madre...

Vanesa mira por el retrovisor al oír el llanto. Cuando los finos dedos no tapan sus ojos adolescentes, puede ver su color hermoso. Pupilas claras, como el cabello. La chica es una belleza inocente, tan linda como su madre. Vanesa quisiera pronunciar palabras de ánimo, pero no está para animar a nadie, bastante tiene con lo suyo, con intentar volver de entre las tinieblas. Emma la sonrío agradecida, misteriosa, individual. Después, sigue mirando hacia

delante. Es momento de cada una, de ser libres por un instante, de estar juntas, pero separadas, de olvidar y desahogarse. Las tres soportan mucha tensión sobre los hombros. Demasiado sufrimiento.

Al lado de la carretera transcurre un sendero peatonal asfaltado. Entre la hierba que crece cuidada con mimo. También hay tierra y algunas ramas. El bosque. Todo es bosque. Es singular, precioso. Un edén de laderas, llanos y árboles, oculto y protegido. Por un segundo, Emma se permite fantasear que están muertas y que Vanesa es un ángel que las conduce al paraíso. Así debe ser el lugar más hermoso del mundo. Protegido. Protegido. Protegido... Unas lágrimas también caen por las mejillas de Emma. Ella también necesita llorar. Estaba aguantándose a estar sola, se proponía ser tremendamente fuerte, pero resulta imposible. Toda esta tensión, este dolor, todo lo ocurrido, este sitio... tiene que llorar. Vanesa se afianza al volante, a la rutina de su vida, pero, enseguida, mira hacia Emma, y por el retrovisor, hacia Anna. Las dos lloran. Tampoco puede aguantarse. Contagiada, agobiada por recuerdos horribles que desearía no haber vivido y por el reciente asesinato que ha cometido, se pone a llorar también. Las tres lloran juntas, pero solas. Cada una con su carga.

El sendero asfaltado se bifurca. Algunas casas comienzan a asomar entre los árboles, a pie de carretera, distanciadas entre ellas. Las hay de todo tipo. Más grandes o más pequeñas. Más modernas o más clásicas. Algunas son cubos, otras rectángulos, las hay triángulos. Con balcones, porches, ventanales... Grises, blancas, azules, verdes, marrones... Con garaje, con pérgola, con techo para el coche, sin nada... Cada una de su padre y de su madre. Solo se asemejan en una regla: todas tiene dos plantas, no más.

Al poco, una hilera de casas se hace realidad. El asfalto ya no es adoquín, sino liso. Los accesos de las casas son césped cortado al milímetro. Todas son idénticas. Blancas. Preciosas. Adosadas. Algunos coches están aparcados, pegados a la estrecha acera, lo justo para caminar. Emma y Anna se quedan admiradas. Jamás hubieran imaginado que este lugar existiese. Ni remotamente hubieran pensado que este sitio se ocultase tras los gigantescos

muros que lo protegen. Definitivamente, están en el edén.

Emma se gira para mirar a su hija. Esta sonríe. Su cara está húmeda, manchada de tierra —se manchó en el bosque, cuando movían el cadáver— mezclada con lágrimas puras. Su conexión es grande. Las dos piensan que allí estarán a salvo. Ansían creerlo. La esperanza es lo único que les queda.

Vanesa aparca frente a una de estas casas blancas. Delante, una palmera de tamaño humano, un bello capricho de la naturaleza. Tiembla al buscar las llaves de su hogar, están en un departamento oculto del vehículo. Ahí las deja siempre que sale a correr. Es su rutina. El deporte la libera de su pasado, de su cárcel segura. Está atrapada voluntariamente, oculta de su mayor enemigo.

—Seguidme. Os quedaréis aquí conmigo por ahora. No os preocupéis por nada —dice mecánicamente, sin apenas darse cuenta de que su boca escupe palabras.

Las llaves del coche se quedan puestas. Este sin cerrar. No existe el robo en la urbanización. No se concibe. Las tres caminan pisando una grava gris, a los lados el césped y algunos arbustos elegantes y antojadizos. Bajo el porche, protector contra el sol en verano, el frío en invierno, la lluvia cuando cae, está la puerta. Vanesa respira fuerte antes de introducir la llave. Ella es una de las pocas que deja la casa cerrada en la urbanización. La mayoría las deja sin cerrar. Pero ella aún guarda resquicios de miedo. No lo ha superado. Su enemigo, un día, vendrá a por ella.

—¡Maldita sea! —exclama. Le tiembla la mano. No acierta. Hace poco que estos dedos dispararon un arma.

—Yo lo haré. Déjame, por favor —se ofrece Emma estirando el brazo rápido, pero deteniéndolo al acercarse a Vanesa—. Si tú quieres...

La anfitriona asiente y cede las llaves. Emma acierta a la primera. La muñeca no se mantiene muy firme, pero el coraje y la necesidad pueden contra los nervios. Pasan adentro. Emma, aunque ha abierto, la última. No puede evitar una mirada hacia atrás, hacia sus perseguidores, que no están, pero que no tardarán en llegar... Solo es cuestión de tiempo.

Casa

Las tostadas crujen entre sus dientes. Aceite y tomate triturado, con sal. Su hija, Anna, todavía no se ha levantado. Duerme. La noche ha sido extensa, malnacida. Ha enviado intolerables andanadas de pesadillas. Anna se despertó gritando a las tres de la madrugada. Ni un solo ruido en la urbanización. La joven creyó oír un búho en la lejanía, no supo si era parte de su pesadilla. Emma acudió enseguida. Estaba en la habitación contigua, tumbada en su nueva cama, pero despierta, esperando que su hija, antes o después, recibiera la visita de los fantasmas nocturnos y aullase para espantarlos. Luego, no se despegó de su cama en una hora, con los ojos bien abiertos, mientras la joven peleaba por reconciliar el maldito sueño. Cuando se levantó, para dejar a su hija durmiendo espaciada, se encontró con Vanesa en el pasillo. Tampoco dormía ¿quién podía hacerlo? El resto de la noche transcurrió de forma pesada y aburrida. Silencios. Agua. Tumbarse. Levantarse. Insomnio. Y el búho de fondo.

Emma termina el desayuno y bebe de su segundo café. Sin él no podría mantener los ojos abiertos durante mucho más tiempo. No ha querido mirarse al espejo, pero intuye que las ojeras son terribles: le llegarán hasta la boca.

Da unos pasos por la cocina. Los muebles son grises, modernos, caros. Supone que todos los chalets tienen las mismas cocinas. Todas puestas a la vez. Camina hacia la cristalera, detrás de uno de los sofás. No hay tabiques en la cocina-comedor. Es un espacio abierto, amplio, agradable, confortable, seguro.

Retira la cortina. Un césped se presenta como suelo. El bosque más allá. No hay muro que tapie la zona. La trasera de las casas es un mundo abierto entre vecinos, igual que la parte frontal. No hay barreras en este mundo, solo el muro gigantesco principal, el que protege de todo lo externo, del mundo de peligros y problemas que aguardan ahí fuera. Emma coge aire y, enseguida,

expulsa la angustia. La presión del cuello, el calor, la asfixia.

Se oye suavemente una cisterna. Agua cayendo. Unos pasos. Vanesa vuelve del aseo. Intenta sonreír cuando cruzan sus miradas. Apenas puede. Emma lo consigue un poco más. Será cuestión de minutos, horas, días, que Vanesa recupere el optimismo y la energía. Solo es cuestión de tiempo...

Vanesa agarra su taza y camina hacia Emma. Descorre la otra cortina, abre una hoja de la cristalera. El aire que entra anuncia que será un buen día, soleado, encantador, ni demasiado caliente ni demasiado frío. Emma huele el mar, la sal, aunque esté al menos a cinco kilómetros, bajando la ladera de bosques.

—Salgamos al porche —propone la anfitriona.

Emma se fija en los sofás de mimbre, la mesa, las macetas, los arbustos. A lo lejos, un sofá blanco con cojines. Todo es precioso. Idílico. No parece real. Se pregunta cómo no se había fijado. Lo tiene justo delante, pero ella solo veía la pradera de césped y el bosque. Huir, esconderse. El miedo que lleva dentro, apaciguado, tapado bajo la maleza de esperanza, no le permite disfrutar de la belleza como se merece, como ella quisiera.

Fuera, respirar se hace más fácil. Los rayos del sol acarician la hierba. Insectos pequeños se desplazan por finos hilos verdes. Para arriba, para abajo. Oteando, ocultándose. Para ellos cada metro de terreno es un mundo de sinsabores. Sin alegrías ni tristezas. Solo impulsos. Moverse, cazar, comer, escapar. Emma se queda embobada contemplando una mariquita. Se acerca. Presenta su mano y el insecto la acaricia con sus minúsculas patitas. Si fuera consciente de que se ha subido a un gigante...

—Qué bonita eres.

Vanesa observa sentada en el sofá de mimbre. Sí, existe la belleza, la bondad. Al menos entre estos muros protegidos. Fuera es otra cosa. Allí, tras la barrera de ladrillos, ella jamás conoció la felicidad. No que recuerde. A lo mejor en cortas pinceladas, pero no lo cree.

—Ahora, vuelve a tu hogar —dice Emma soltando el insecto, que sube

por sus dedos ajeno a las intenciones de la mujer.

Al fin consigue soltarlo y contempla cómo se desplaza por el césped.

—Este sitio es...

Las palabras no terminan de salir.

—Ideal, ¿verdad? Lo sé —completa la anfitriona. No siempre vivió aquí. Hubo tiempos peores. Mucho peores.

—Me gusta tu casa.

Vanesa asiente y mira hacia el bosque que se extiende hasta el infinito. La belleza la rodea. Es muy afortunada, aunque tiene que pagar un precio. Suspira...

Incluso en el paraíso hay días malos. Como ayer. No lo ha olvidado. Ha matado a un hombre. Qué remedio. Antes o después llegaría este momento. Solo que pensó que la víctima sería otra. No este desconocido. Al menos, encontrando el lado positivo, aparte de que ha librado al mundo de un cerdo, ahora está segura de que podrá hacerlo. Cuando aparezca, si tiene suerte, lo matará. No dudará, como no dudó en reventarle los sesos al violador del bosque.

—¿Era tu marido?

Emma baja la cabeza nada más oír la pregunta. No quiere hablar de ello. Se avergüenza. Le duele. La expone. La abre por dentro.

—No importa —murmura la anfitriona—. No eres la única que tiene secretos. No tienes que decírmelo, pero antes o después tendrás que hablar de ello con alguien. No podrás dejarlo ahí dentro o te consumirá. No es más que un consejo. Yo... en realidad... solo quería saber... a quién he matado.

Emma frunce el ceño. Se agobia. Siente rabia. Ese cabrón introdujo su pene en su cuerpo. No, no era su marido. ¡Qué más hubiera querido ese puto sicario del demonio!

—No sé quién era —responde de repente—. Creo que nos siguió por el bosque al ver que íbamos solas y nos atacó. Nosotras solo paseábamos y él bajó del coche y nos apuntó con su... —las palabras se ahogan en su garganta.

La saliva se agolpa y no deja pasar nada más.

—Tranquila... No hace falta que hablemos ahora... —Vanesa toca el hombro de su invitada. Agarra su mano. Quiere transmitir confianza, apoyo, ánimo. Quizás no debió preguntar tan pronto. Ha sido egoísta por su parte. Además, ¿para qué demonios quiere saber quién era? Al cabo, está muerto, se acabó. Un violador menos.

La figura de Anna asoma por la puerta. Sus ojeras anuncian su mala noche, las dos mujeres han sido testigos mudas de sus quejidos.

—Tengo hambre —comenta. Las tres se sorprenden, incluida ella misma, que no sabe por qué ha pronunciado estas palabras. Quizás para romper el hielo, para atraer la atención de su madre, desviarla del día de ayer.

—Claro, cariño. —Vanesa se levanta y la trata con afecto y familiaridad —. Ahora mismo te hago unas tostadas. Ven conmigo.

La salvadora desaparece en el interior de la casa. Madre e hija se miran. Ojos brillantes. La más joven apoyada en el marco de la cristalera, la mayor levantando la vista desde el sofá de mimbre. Hablan sin articular un solo vocablo.

—¿Café o té? —se escucha la voz de la anfitriona de fondo.

Anna prosigue mirando a su madre. El brillo la delata. Está cerca de la emoción. Las náuseas se reúnen en la garganta, cerca de la boca. El pecho se pronuncia, aumenta, como su respiración. Emma no se inmuta, respira también más fuerte, pero aguanta. Treinta segundos bastan para contener las lágrimas de la hija. De fondo, se oye la voz de Vanesa de nuevo, la misma pregunta. Esta vez, Anna se gira y responde. Luego, vuelve la vista hacia afuera, hacia el paraíso que ahora habitan.

—Me gusta este sitio —opina.

Emma sonrío. Así le gusta, que sea fuerte.

—Venga, Anna, vayamos adentro. Tienes que obligarte a comer. Yo lo he hecho.

Anna no tendrá que hacerlo, aunque ahora mismo así lo cree. Solo le

costará el primer bocado. Después, tendrá que contenerse para no comer como un animal delante de Vanesa. A pesar de las circunstancias, de lo que ha visto y sentido, está hambrienta. Apenas ha comido en los últimos días, apenas les quedaba nada: el hambre comenzaba a ser mala y perseverante compañera.

—Me cae bien —valora al sentir el abrazo ligero de su madre. Lo justo para sentir sus cuerpos, sus vidas, pero no lo suficiente para desmoronarse.

—A mí también...

El jardín se queda solo con el eco de sus voces. Una ardilla rojiza y blanca corre por el prado y se acerca al porche. Se para. Con sus dos ojos bien abiertos lo contempla todo. También tiene hambre. Osa acercarse a la puerta, sus manitas moviéndose, su larga cola hacia arriba. No entra. Espera. En menos de un minuto, Vanesa le tira un trozo de algo. La ardilla coge el trozo y sale pitando. Se para bajo un árbol, más allá del prado. Mira a todas partes. Come con ansia, multiplicando sus mordiscos. Anna, en el comedor de la casa, también come. Ninguna de las dos sabe cuándo será la próxima vez que puedan abastecerse.

Papel y boli

Afuera, en el jardín, Emma está en el porche. Sola. Con un nuevo café entre las manos. Lleva puesta algo de ropa que le ha dado Vanesa. No le queda ni bien ni mal, le aprieta un poco, pero le sirve. El cuerpo de su anfitriona es más fino, menos pecho, aunque de abajo, casi las mismas curvas.

Su mirada profunda puede aparentar que está ausente, con la mente perdida en recuerdos, rumiando sobre sus desgracias. Sin embargo, Emma solo está pensando en el presente, dándole vueltas al futuro más inmediato. No se puede permitir mirar hacia atrás, tampoco muy hacia adelante.

En la planta de arriba, Anna contempla el exterior desde la ventana. Si no existiera el techado del porche vería a su madre justo debajo. Aunque la adolescente está mirando muy a lo lejos, más de lo visible. La rabia provoca que bucee en su memoria. Todavía no tiene la experiencia de su madre, ni sus años vividos, ni su fortaleza. Además, ella puede permitírselo, su madre la sostiene. Emma es una auténtica todoterreno.

A lo lejos, una brisa marina trepa la ladera y mueve las hojas verdes de los árboles. Solo los más densos resisten la fuerza. Anna cierra la ventana al oler la sal. Ahora no le apetece sentir las cosas físicas de este mundo. Está en esos momentos en los que todo le repugna.

Sale de la habitación y cruza el pasillo observando las otras dos habitaciones. Las puertas permanecen abiertas. Hay una última, un despacho. Estanterías recorren tres de las paredes. La mayoría están vacías, pero hay algunas cuyo espacio ya lo ocupan libros. Anna ojea algunos títulos: *La noche que te arrojaron por el balcón*, *Las asesinas de la isla...* Los hay que le suenan, de otros jamás oyó hablar. Son mundos maravillosos u horribles metidos en cajitas, entre tapas que los preservan. Anna no ha leído mucho. No tanto como ella quisiera. A su padre no le gustaba que lo hiciera, su madre no es aficionada. Todo lo que leyó, fue en la escuela y en el instituto.

En la pared que da a la gran ventana, la única sin estantería, Vanesa ha colocado un escritorio. Precisamente bajo la ventana, para que la luz del día golpee sobre la tabla. Anna curioseá. Un cubo con varios bolígrafos, un cuaderno de notas, varios folios en sucio. Un impulso, el mismo que mueve a los insectos a moverse por la hierba, provoca que se siente en la silla acolchada y coja la libreta. Se la pone justo delante y la abre. No tiene intención de leer lo que no es suyo, pero tampoco puede evitarlo.

Afuera pasa un coche. Desde el despacho, se vigila la calle, también la entrada de la casa. Anna hubiera colocado esta mesa en la habitación contraria, para estar viendo el jardín cada vez que tomase asiento. Las casas de la calle son muy lindas, pero el jardín es de otro mundo, solo posible en los libros, en las mansiones más lujosas y en este extraño y recogido lugar.

Pasa hojas de la libreta y arranca una que no tiene nada escrito. No duda en coger un bolígrafo, uno plateado en el que pone *Parker*. Echa la cabeza hacia atrás y golpea delicadamente su barbilla con el utensilio. Llegada la inspiración, vuelve la cabeza al escritorio y comienza a plasmar su rabia. Escribe... Quisiera hacerlo mucho más rápido... Escupir cada emoción de golpe... En estos instantes duros, el corazón es más fuerte que el talento y la paciencia... Escribe... Escribe hasta agotarse... hasta que le duele la muñeca y le resbala una lágrima. Su cabeza cae sobre el escritorio. Llorá. Se desahoga.

Cree que ha escrito frases impresionantes, pero, al leer las primeras líneas, se da cuenta de que el párrafo no tiene mucho sentido excepto para ella. Si acaso para su madre, si acaso para su padre. Su escrito no es más que un borrón alterado. Puede que algún día sea una gran escritora, puede que algún día cuente su historia. Hoy todavía le falta vivirla...

Tiendas

Anna sale del despacho en cuanto ve el vehículo de Vanesa, el reconocible Hyundai rojo, parando frente a la casa. La conductora se apea dejando la puerta abierta, después de unos pasos, vuelve y la cierra, para que no moleste si alguien camina por la estrecha acera. En la urbanización reina el civismo. Todo está muy cuidado y limpio, apenas se oyen voces, nunca ruidos. Los perros no ladran, los coches circulan despacio, no hay niños golpeando balones contra muros ni tampoco vecinos fisgoneando tras las cortinas.

Se introduce en la vivienda. La puerta se había quedado entreabierta.

—¡Hola! ¿Estáis por aquí, chicas?

Se encuentra con Emma en el salón-comedor-cocina. Anna baja enseguida, casi saltando por las escaleras.

—¿Preparadas? ¡Nos vamos de tiendas!

Madre e hija no se inmutan. Se miran. La joven sonríe, la escritura ha expulsado sus demonios. Vanesa ha vuelto muy contenta, rebosa una euforia desmedida teniendo en cuenta los últimos acontecimientos.

—Pero nosotras no tenemos... dinero... yo... lo siento...

Emma se tapa el rostro. Está avergonzada. Ha sido perseguida, atacada, ultrajada, salvada y hospedada. Incluso su anfitriona les ha dado de comer. Se siente ínfima, una refugiada. Apenas es un insecto de esos que saltan por el césped. No le queda nada. No vale nada. Es la existencia de su hija lo que la obliga a destruir su orgullo ante cualquier ofrecimiento.

—Ni tarjetas de crédito ni nada —dice y, esta vez, grita exasperada—: ¡Nada! ¡No tenemos nada!

Se hace el silencio. Emma, salpicando lágrimas, ha pasado de la pena a la furia en un solo segundo. Su mirada se pierde en el vacío. Está gritándole al hombre que más la ha humillado, aunque no esté presente. Él es el causante de todos sus males, de sus calamidades y las de su hija Anna.

—Estabais muy jodidas, de acuerdo, pero por mis cojones que hoy nos vamos de tiendas —dice Vanesa dejando a las otras dos perplejas—. Os quiero a las dos listas ya, que yo lo pago todo. Y no quiero oír ni una sola queja, ¿comprendido? Pues ale, arreando...

Anna se monta en el coche, en la parte de atrás, todavía riendo. Lleva su ropa puesta, usada, algo sucia, pero sabe —y se ilusiona— que en breve llevará ropa nueva. No espera comprarse un armario. La verdad es que nunca tuvo de más. Siempre lo justo. Igual que su madre. Con un par de prendas que le regale Vanesa, se conformará. Se sentirá limpia, tendrá más facilidad para desarraigarse del pasado, al menos en su aspecto exterior. Por dentro, siempre habrá mácula.

El Hyundai colorado supera despacio las calles que se ponen a su paso. Anna, desde su asiento, estudia las casas gemelas que se va encontrando a los lados de la calzada, tras minúsculos muros verdes de hierba. Piensa en la ardilla correteando entre troncos y ramas, ¡qué feliz debe de ser viviendo en el paraíso! ¿Por qué no tuvo ella la suerte de nacer ardilla? Cinco o diez años de vida como animal, cinco o diez años felices, valen mucho más que su triste adolescencia.

El coche se para en una calle sencilla y peculiar. Hileras de casas blancas, de dos plantas, con soportales y balcones amplios, grandes cristaleras, ocupan los lados. Existe un estanque con fuentes equidistantes en el centro, separando los sentidos de la carretera, apenas transitada. Las palmeras ofrecen un mínimo de sombra. Las tres se apean del vehículo y caminan bajo los porches tras la única que sabe adónde van. El sol, quieto en lo alto del cielo azul, las observa avanzar, como observa todo lo que ocurre bajo sus necesarios brazos. Se detienen frente a un escaparate. Se exhibe ropa.

—Aquí es. Espero que os guste algo, porque es la única tienda de ropa de la urbanización.

Emma y Anna se miran sorprendidas. A su alrededor, los comercios privados del recinto. Ultramarinos, zapatería, perfumería, librería, papelería,

bazar, electrónica, óptica, lencería, y hasta un cajero automático para extraer billetes. La urbanización es un pueblo bien surtido.

La tienda de ropa es más grande que las demás. Es una boutique sin marcas. Prendas delicadas, fuertes o de buen gusto fabricadas en su mayoría en el país. Prima la calidad sobre la cantidad. No hay nadie. Está vacía. Hay un mostrador sin dueño y una puerta semiabierta. Huele a jardín y a mar. Huele a deseo y a nubes. A rosas, a jazmín. Huele de maravilla.

—Daos una vuelta a ver qué os gusta —propone Vanesa—. Venga... Animaos...

Anna se pone detrás de Emma y avanza tímida tras sus pasos. La madre camina lentamente, recelando de que todo esto sea real. Puede que Sergey Ivanov las haya matado y todo forme parte del más allá. O puede que esté dormida, soñando.

Vanesa se mueve ágil y va directa a un estante. Si tiene que esperar a que lo hagan sus dos invitadas... Mueve un par de prendas y escoge una en la que había pensado. Se acerca hasta Emma y se la pone delante. La invitada observa el top sin mangas.

—De color rojo, por supuesto. Te queda de vicio —opina Vanesa.

Una mujer que aparenta unos cincuenta años aparece por la puerta que hay tras el mostrador. Sonríe al ver a las tres clientas.

—¡Hola! Veo que tengo tres estupendas modelos en mi tienda. ¡Qué honor!

Vanesa sonríe y se acerca. Se encuentran ambas a mitad de recorrido y se intercambian unos besos en las mejillas.

—¡Dos modelos, Laura! Que yo hoy solo vengo de crítica. A mirar y a elegir para ellas.

—¡Uy! Pues fiaros, chicas, que Vanesa es una gran asesora.

—Por de pronto, esta camiseta en rojo le iría muy bien a Emma. ¿Qué más tienes para que salgan de aquí como dos reinas? Ya sabes...

—Reinas ya son. —Realiza un guiño y sonríe. Siempre sonríe—. Lo

único que necesitan es parecerlo. El amarillo le sentará también muy bien a esta belleza —valora acercándose a Emma y estudiando su cuerpo—. En realidad, creo que cualquier cosa te sentará bien, amiga, hasta la sotana de un cura —confiesa admirada y luego se inclina para mirar a Anna, que permanece algo escondida—. Y de esta joven tan bonita opino lo mismo. Tengo ropas que te van a encantar. Vais a ser la sensación de la urbanización esta noche.

Emma se extraña, ¿esta noche?, pero no dice nada. Todo está fluyendo bien, es mejor no hacer preguntas, no torcer el cauce que las dirige a un mundo mejor. Debe confiar en Vanesa mientras no le demuestre lo contrario.

—El amarillo me gusta —comenta sonriendo. Laura corresponde y, enseguida, se pone en marcha. Vanesa toma asiento en una silla cómoda que hay frente a un probador con espejos altos. Suspira y espera a que empiece el desfile. Se siente satisfecha.

Emma aparece con el top rojo sin mangas. Su pecho sobresale ampliamente, su cintura se encoge hacia dentro. Anna, Vanesa y Laura la contemplan admiradas. Ni una palabra. La modelo se sonroja y avergüenza. En un gesto rápido, se vuelve a meter en el probador y se cambia el rojo por el top similar pero en amarillo. Vuelve a salir. En vez de palabras, se escuchan interjecciones. Luego, la alaban y ella sonrío aún más colorada.

—No te muevas, guapa, que tengo algo perfecto para ti —avisa Laura yendo hacia un estante rápidamente. Vuelve en cuestión de segundos, le entrega la nueva prenda y la empuja amigablemente hacia el probador. Emma tarda en salir poco, reaparece con la camiseta amarilla y un pantalón ceñido de cuero, con un par de cremalleras finas atrás y otro par delante. Su pelo rubio ondulado cae hacia abajo, como una cascada de oro.

—Nos haces quedar mal a las demás —murmura Vanesa llena de envidia sana. Su protegida es un diamante en bruto, una belleza natural—. Tienes una figura perfecta.

—¿Te gusta? ¿En serio? ¿Me queda bien? —Falsa modestia. Emma sabe que está brillante, como una estrella del firmamento. Está sexy, divina,

arrolladora. No hace falta que le digan lo hermosa que es, se lo llevan diciendo toda la vida, pero no le ha servido de mucho, su cuerpo le ha traído más mal que bien.

Emma se prueba también un vestido de colores mezclados. Rojo, celeste, blanco, negro... Es un mono de tejido suave. Está guapísima, pero es más discreto que el conjunto anterior. “*No siempre se deben mostrar todas las armas*”, le dice Laura cuando lo escoge para ella con la aprobación de Vanesa. Por último, un jersey de punto elástico, largo y muy ceñido, funciona como vestido. Le cubre hasta poco más de las nalgas.

—Este para esta noche —anuncia Vanesa con un guiño—. Con unas botas y unas medias estarás espectacular. Te hace una figura que... ¡Qué demonios! Eres tú la que embellece el vestido y no al revés.

—Ahora te toca a ti —propone Laura a la adolescente.

—Adelante, lo estoy deseando —comenta Vanesa.

—Eso, ahora tú, cariño.

Anna no se inmuta, se cruza de brazos y abre los ojos como platos.

—¿Estáis locas? ¿Después de ver a mi madre tan guapa? Voy a quedar por los suelos... Me niego...

Son necesarias unas cuantas risas y varias frases para convencer a la joven. Al final, se somete. El regalo de las prendas nuevas es irrechazable. Quiere estar tan guapa como su madre, si es que es posible. Anna está en una época difícil. No entiende a su cuerpo, los cambios a los que está siendo sometida. Todavía necesita la aprobación de los demás, su opinión. No acepta, ni asimila todavía, que su cuerpo será en breve tan espectacular como el de su madre. Ya destaca por encima de todas las jóvenes de su edad. Sin embargo, no le gusta que los demás la miren, pues piensa que lo hacen porque es una desgraciada y un bicho raro, una adolescente destinada al fracaso y de gustos diferentes, callada, que intenta ser discreta pero no lo consigue.

Anna se prueba un top con tirantes y volantes, en color blanco, con un estampado en letras doradas que habla de amor y posesión. Lo conjunta con un

short vaquero deshilachado. Sus piernas lucen perfectas; ella las ve demasiado gordas. Está monísima, divertida, alegre. Ahora, limpia, nueva, desprende una imagen radiante, fresca, animada. Consigue aplausos de su público, tres mujeres que en este instante viajan al pasado para recordarse con su joven edad.

El segundo conjunto es un top blanco y ceñido, más que el anterior, que quedaba suelto, y un pantalón pitillo de color gris claro, sorprendentemente bonito, con bordados moderados, rasgado, con cintura casi hasta el ombligo. Pocas mujeres pueden vestirlo como ella. Su vientre plano asoma como el de una bailarina india.

—Eres una joya —expresa Vanesa.

Ella no tiene hijas. Nunca las tuvo. Si las hubiera tenido, le hubiera gustado que fueran así, como Anna: serenas y bellas.

Se prueba tres vestidos para *la noche*. El último vence por aclamación popular. Da un aire al que ha escogido su madre. Es un suéter de punto muy largo. Tapa más que el de Emma, una exigencia de la propia madre. Anna lo quiere blanco, es el color que la está haciendo renacer en el día de hoy. Sin embargo, las demás dudan y piden que se pruebe varios colores. Negro, crema, azul... No hay unanimidad. Todos le quedan muy bien. Solo es un juego. Emma sabe cuál escogerá su hija. Anna también, aunque se presta a las opiniones de sus asesoras.

El blanco.

Cuando Anna decide algo, no hay forma de hacerla cambiar. Es obstinada, terca en ocasiones, es su personalidad.

El blanco.

Por fuera irá inmaculada, nueva, aunque sienta esa mancha de fondo en su corazón. Vergüenza y dolor. Sobre todo, dolor.

La estación

Mira hacia atrás para ver si lo sigue alguien. Pedro Heredia, arriesgado y vanidoso, no es más que un montón de huesos y músculos rellenos de pavor. El sudor le recorre la frente. La náusea la boca. El temblor las extremidades.

La antigua marquesina de la estación fue retirada quince años antes. No queda huella de la clásica estación de hierro, típica de tiempos pasados, ni mejores ni peores, solo pasados. Fue sustituida por una fachada moderna, fría y anodina, ni peor ni mejor, solo moderna y anodina. A Pedro Heredia le da igual. Su vida no depende del pasado o del futuro, sino del presente. Huir, desaparecer, esta es su única alternativa, la más cobarde, la mayor vergüenza. Cagón, se ha dicho así mismo frente al espejo, llorando, una vez que se le ha pasado el efecto del alcohol y de las pastillas.

Pedro Heredia pone los pies en el enlosado blanco. Está immaculado. Los de la limpieza se esmeran en hacer su trabajo convenientemente, enfrentándose a las pisadas diarias de los pasajeros y sus familiares, los vigilantes, así como los carteristas y otros merodeadores, como los pervertidos que visitan los aseos públicos en busca de algo que mirar o tocar. El corazón le palpita fuerte, desmesurado, como si no le perteneciera. Es el miedo. El temblor, este maldito temblor que no cesa. Y la congoja. También está muy presente, indomable, arraigada en el interior de su corazón marchito, egoísta y podrido.

Vuelve a mirar hacia atrás: calles, calzadas, peatones, coches, una nube en la distancia, el cielo azul e infinito. Sabe que no lo siguen, esto no es una película o una novela de espías: es la cruda realidad. Aquí las cosas suceden de otra manera, menos espectaculares, menos organizadas, sin estructura, pero suceden y cuando suceden no hay vuelta atrás. El hecho de que no se pueda rehacer, de que estas líneas no puedan volver a ser escritas o las imágenes rebobinadas, provoca que Pedro piense que cualquier precaución es poca. El plazo se ha terminado. Es hombre muerto y cuando lo sea —él cree que lo

será, pero quiere ganar tiempo, revolverse para sobrevivir— no podrá deshacerse. Será un hecho consumado, una página intachable, una escena imborrable. Una derrota ganada a pulso, merecida, como todos los males que han visitado su casa a lo largo de su mierda de vida. Pedro Heredia es un desgraciado con dosis irregulares de fortuna, un *buscaproblemas* que, hasta ahora, siempre ha salido ileso, como si un ángel lo protegiera a la hora de la verdad, cuando más lo necesita. Quizás, por eso, nunca ha aprendido nada y siempre ha vuelto a recaer en sus vicios. Esta vez, en cambio, no hay nada que aprender. Es el final de un camino recto que él se encargó de girar solito, de torcerlo hasta la saciedad...

Nació en el seno envidiado de una familia próspera y respetable, un entorno lleno de oportunidades. Él solo, sin ayuda de nadie —si acaso los parásitos que en ciertas épocas se hicieron llamar amigos—, provocó el hundimiento del negocio familiar y la destrucción de su fortuna. Y cuando pareció que era imposible joderla más, él sí que pudo. Su padre dijo en su lecho de muerte: *“Mi hijo Pedro es un maldito gafe. Me muero antes de que sus actos me maten. Prefiero morir a ver cómo vive. Cacho de gafe”*.

La estación tiene movimiento. Las luces son redondas y pequeñas, estrellas en el techo, pero iluminan endiabladamente. No existen rincones en penumbra donde esconderse. En las tiendas, que se esparcen por los laterales, hay multitud de personas curioseando y adquiriendo productos para viajar. Es una opción, piensa Pedro, ocultarse entre cuerpos humanos que no le prestarán atención. Sin embargo, no tiene ganas, le faltan las energías necesarias para mantenerse con vida. El desánimo puede en este instante, lleva demasiada carga sobre los hombros.

Recorre metros de suelo arrastrando los pies, con el rostro agachado, rojo, leyendo su destino en las líneas que separan las baldosas. Solo ve muerte. Nada que hacer. Toma asiento más adelante, en un grupo de bancos metálicos. La maleta de ruedas queda a sus pies. No va a llorar. No tiene energías ni para eso.

—¡Qué vergüenza! Si me viera mi padre ahora... —murmura sin ser consciente de si lo ha dicho o lo ha pensado.

Su padre, una figura absorbente, modélica, excesivamente perfecto. Pedro, en su demostración de hijo exitoso, fue incapaz de imitarlo. Se derrumbó en el camino, aunque nunca quiso aceptarlo, nunca quiso humillarse, superar su inmenso orgullo y pedir consejo o ayuda.

—Te odio...

Incapaz de despreciarse a sí mismo, de asimilar la mierda humana que es, decide despreciar la memoria del hombre que le ofreció de todo. En su fracaso, en el rencor que siente hacia un padre que fue mejor que él, mucho mejor, es donde Pedro Heredia encuentra las energías. Se levanta de inmediato, de un salto, y, tirando de la maleta azul, se encamina hacia las taquillas. Va directo, sin dudar. Atravesaría un muro si hiciera falta, o lo rodearía, pero nada puede detenerlo. Nada, porque en su animadversión ha encontrado justificación para escapar, para tapar su vergüenza.

—¿A dónde sale el próximo tren?

El hombre que hay tras la taquilla lo observa por encima de las gafas caídas. Es un tipo ordenado, casi maniático, mayor, cerca de la jubilación, serio, educado. La falta de un mínimo “buenos días” le produce enojo. ¡Qué le cuesta a la gente un poco de educación! *Todos tenemos problemas, piensa, aunque seguro que tú más, desgraciado.*

Pedro Heredia deja atrás el mostrador. En su mano, un billete a ninguna parte. Lejos, donde los matones no puedan encontrarlo. ¡Qué iluso! No tiene la moderación ni la inteligencia necesarias para desaparecer. No necesitarán buscarlo. Él mismo volverá al redil. No sabrá qué hacer lejos de su entorno. Será incapaz de enfrentarse a la lejanía de su pasado, a una vida nueva, a nuevos engaños. Aquí, al menos, en su ciudad natal, todavía tiene un nombre, gente que le fía, los viejos amigos de su padre que sienten pena por el muchacho. De estos cada vez quedan menos, pero quedan, son los que buscará Pedro cuando no pueda aguantar más fuera. Volverá a por un préstamo para

una idea de negocio absurda. O una idea buena que no desarrollará. Para Pedro es imposible dejar de ser un fracasado. Lo lleva en sus genes. Ya lo dijo su padre: “*Mi hijo Pedro es un maldito gafe*”.

Pasa por el control de seguridad. Ha tardado apenas un minuto en llegar a él. Se ha dado mucha prisa. No vaya a echarse atrás ahora. No vaya a entregarse tan pronto.

Los policías lo observan cuidadosamente. Nada especial que llame la atención. “*Pase*”. “*Perfecto, gracias*”. Una sonrisa nerviosa y Pedro continúa hacia los andenes. Ahora sabe que es verdad. Que se va. Ahora sí está a punto de llorar. Cobarde. Cobarde... La palabra retumba en su putrefacta conciencia. Por suerte, es fácil resistirse a un ente carcomido, desgastado por actos viles que han provocado su deterioro. Se monta en el tren que le corresponde. El sudor le cae por las sienes. Sonríe. Está a salvo. Ríe. *Jajaja...* Se ha salvado.

—Esos cabrones no podrán cogerme.

Pero, ¿y a ellas dos?, ¿y si las cogen? ¿Qué pasará entonces? Emma... Anna... Da igual. Sabrán cuidarse. Es asunto suyo.

Coloca la maleta en un compartimento y toma asiento. Es feliz. Cree que es feliz. Es parte de su locura.

—Os he vencido. Creíais que me ibais a coger, hijos de...

Sueña. Ha cumplido cuarenta años. Tiene una vida por delante. Esperan cientos de oportunidades. Es un hombre listo que se las apañará para salir del paso. Encontrará trabajo. Se esforzará. Ahorrará y montará un negocio. Buscará una mujer guapa y formará una familia. Tendrá hijos y los moldeará a su imagen y semejanza. Alabarán su nombre. Sueña...

El tren arranca. Deja de soñar. De nuevo, la angustia, el miedo...

Preparándose

El bosque está iluminado por rayos de sol que flotan en el aire. Un manto de hojas cubre la tierra marrón. Los troncos de los árboles están torcidos, aguantando el malvado paso de los años. Se forman sombras oscuras, tenebrosas. En una de ellas, Emma está tirada. Sufre. Algo aprieta su cuerpo contra el suelo. Algo la asfixia. El musgo crece rápidamente, feroz, la absorbe. Encima tiene a un hombre sin rostro. No puede distinguirlo. Está borroso. Es aquel ruso. U otro. No es capaz de reconocerlo. Quiere penetrarla. Emma, susurra una voz, Emma...

La mujer despierta sobresaltada. A su lado, Vanesa la mira petrificada, sin reaccionar. Sujeta dos vasos en los que Emma reconoce el color negro del café.

—Creo que lo necesitas —dice posando uno de los vasos sobre la mesa acristalada. El otro se lo queda entre sus manos mientras se sienta.

Emma respira hondo, forzada, tiene la sensación de que apenas le entra oxígeno. Se le ha quedado un desagradable malestar dentro del cuerpo. Está en el jardín de la casa de Vanesa. Sentada en uno de los muebles de mimbre. Se ha debido de quedar dormida en su soledad, mientras contemplaba los hermosos árboles que nacen unos metros más allá, superado el prado moteado de arbustos y flores.

—Perdona... Debe ser... No sé... Me he quedado traspuesta...

Vanesa sonrío. Las palabras han brotado en una especie de balbuceo innecesario. No hay nada que perdonar.

Ambas se quedan en silencio. Cada una en sus pensamientos. Disfrutan del café. Está helado. La anfitriona ha colocado en el vaso unos hielos gruesos, icebergs que se han ido derritiendo por el peso cargante del calor.

—Anna estará terminando de prepararse —anuncia Vanesa—. ¿Por qué no subes y te das una ducha? Te sentará bien.

Emma asiente levemente. Aún está algo aturdida. El estrés de los últimos días, el sicario persiguiéndolas, la falta de descanso... están pasando factura. Nadie puede aguantar tanto, ni siquiera ella, fuerte como un roble.

Cuando termina el café, se levanta y, tras una sonrisa dedicada a la anfitriona, se introduce en la casa. Sube las escaleras y busca a su hija en la planta superior. En el baño no hay nadie. Ya ha debido terminar. Estará lista para la fiesta a la que van o a lo que sea el sitio o acontecimiento donde las lleva su nueva amiga.

—Estás radiante, hija —dice al encontrársela en la habitación.

Anna sonríe. Lleva el vestido sexy que Vanesa le ha comprado en la tienda. Está mirándose en un espejo vertical grande. Cuando está a solas tiende a mirarse y explorar su cuerpo, tan cambiante que apenas lo conoce, como si no fuera suyo. No le importa que su madre la vea hacerlo. No tienen secretos entre ellas, ni siquiera las inseguridades.

—¿Todo saldrá bien, mamá?

Emma esboza una sonrisa comedida, algo triste. Todavía está adormilada y no le sale nada mejor. Reacciona caminando hacia su hija y abrazándola. El calor de su amor es lo mejor que tienen. Se miran. Emma agarra con suavidad el rostro de su pequeña.

—Todo saldrá bien, cariño —asegura sin convicción.

Anna apoya la cabeza en el hombro de su madre.

—Voy a ducharme. Me he quedado dormida y estoy atontada.

—Estás cansada, mamá.

—No tanto, se me pasará enseguida.

—Podríamos quedarnos esta noche aquí tranquilas. Vanesa lo entenderá.

—Sabes que no podemos, Anna. Todavía no. No estamos a salvo aún.

Se separan. Anna está algo molesta. Un breve ataque de rabia que contiene, aunque le muerde por dentro. Frustración. A veces quisiera poder hacer algo, no ser un sujeto pasivo que su madre protege a costa de su dignidad y vida. A veces se siente un trasto inútil, una carga. Emma le ha dicho

mil veces que ella no es culpable de nada. Ninguna de las dos lo es. Si acaso ella por haber tomado malas decisiones y haber errado al escoger las compañías.

—A lo mejor hay un chico guapo que te gusta —comenta Emma para que Anna recupere la ilusión en la mirada.

—Paso de chicos

—Pues una chica...

—¡Idiota!

Emma ríe mientras se dirige a la salida de la habitación. Se da la vuelta justo antes de salir y se apoya en el marco para echar un último vistazo a su hija. Es una belleza. Emma piensa que pase lo que pase, ojalá no tenga la misma mierda de vida que ella. No se la merece. Es inteligente, buena, amable y tan linda... una mariposa que vuela en un mundo de avispas.

—En cualquier caso, quiero que esta noche te diviertas. Olvídate de los malos rollos y de todo lo que ha pasado últimamente. Sé tú misma y harás algún amigo o amiga. Seguro que hay alguien por aquí que vale la pena. —Está a punto de irse de la habitación cuando se vuelve y repite, esta vez con mayor convicción que antes—: Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Anna vuelve a observarse en el espejo. Quiere creer en lo que dice su madre. En todo. En que está radiante, en que encontrará una persona interesante con la que hacer amistad, en que todo saldrá bien. Observa sus pechos. Están creciendo. Los toca. Se pregunta por qué les gustan tanto a los hombres. Seguramente porque no tienen que llevarlos encima. Si tuvieran que hacerlo... otra cosa sería.

Emma recorre el pasillo y se introduce en el baño. No llega a cerrar la puerta del todo. Queda una rendija abierta. Se desnuda. A diferencia de su hija no se mira en el espejo. Conoce perfectamente su cuerpo. No le quedan dudas al respecto.

La ducha es de suelo, amplia. Acciona el chorro que sale desde arriba, modo lluvia. Se deja acariciar por el agua. Abraza el líquido que cae por su

piel, besándola. De espaldas, no se percató de que alguien entra. Es Vanesa, que se queda mirándola, embelesada, y cierra la puerta. Cuando Emma va a enjabonarse, se da cuenta. Se sorprende, aunque no se inquieta. Le sonrío. Vanesa no se inmuta. Solo contempla tensa las hermosas curvas de su invitada. Emma sigue a lo suyo. Coge el gel. Se enjabona despacio, recreándose en cada parte de su ambicionado cuerpo. No mira a Vanesa. La deja estar, que las cosas fluyan como deban. Coge el champú. Se lava el cabello con delicadeza, muy lentamente. Termina. Apaga el chorro. Se gira en todo su esplendor. Limpia. Desnuda. Apetitosa. Una musa salida de un oasis. Descubre que Vanesa ya no está. Ha debido escapar en un momento de insoportable excitación.

Emma suspira y sonrío para sí misma. Se coloca la toalla. Esta vez, sí se mira en el espejo. Curiosa, se quita la toalla y se observa, desnuda. Si a lo largo de su azarosa vida hubiera sabido utilizar las bellezas de su cuerpo, qué bien le habría ido. Si no hubiera sido tan íntegra y pánfila, tan leal y estúpida. ¡Qué bien le habría ido!

La fiesta

Las recoge un taxi en la puerta. Un conductor calvo, con cara de no importarle el mundo ni nada de lo que suceda en él, las lleva por las calles escasamente iluminadas de la urbanización. Emma y Anna se preguntan adónde las conducirá esta noche extraña en la que se han metido. El bosque está oscuro. Apenas se ve nada, apenas son capaces de fijarse. Están nerviosas, algo incómodas, y Vanesa no ha abierto la boca desde hace rato.

El coche no para de ascender hasta que se topa con el final de la carretera. Termina en una rotonda en la que hay palmeras y una mansión. El conductor se detiene y, sin decir nada, espera a que las tres se bajen. No tiene ninguna prisa. Vanesa es la primera en abrir su puerta y salir. Las dos invitadas la imitan, sorprendidas de que no haya que pagar al taxista. Entonces, Emma recuerda que no vio a su anfitriona abonar las ropas de la tienda. Resulta realmente raro. No ha caído en la cuenta hasta ahora.

Anna, mientras su madre recela e intenta buscar una lógica, y el taxista se marcha, contempla fascinada la fachada clásica de la mansión. Es muy bonita, blanca, con aleros oscuros que no se reconocen bien en la negrura. La iluminación es tan escasa como en el resto de la urbanización. Solo dos farolas medianas, misteriosas, y las luces que provienen del interior.

Un hombre alto y fuerte, que permanece en el exterior, abre la puerta para que pasen. Vanesa entra la primera. Lleva un vestido, cómo no, rojo intenso. Enseña las dos piernas, hasta llegar a los muslos. Ahí empieza la tela formando un pantalón que no finaliza jamás. Es una especie de vestido-peto, abierto en dos elipses verticales, una por delante y otra por detrás, a la altura de espalda y pecho. Parte de sus senos quedan a la vista. Es un escote sugerente y atrevido. De las mangas cae tela delicada, translúcida, que llega hasta los tobillos. Un cinturón metálico que parece un collar adorna su cintura. Algunas pulseras y pendientes circulares y largos complementan el conjunto.

Sus bucles rubios caen sobre sus hombros, rebeldes, salvajes. Vanesa tiene un cuerpo cuidado, esbelto, una figura bonita. Y sabe sacarse partido, arriesgar para estar a la altura de las mujeres más hermosas.

El portero echa un vistazo a las tres damas, pero, sobre todo, a Emma. No se resiste a mirarla por detrás, furtivamente. Las nalgas de Emma son un pecado inmenso. Las tres están espectaculares, incluso la niña, se ve obligado a reconocerlo, aunque jamás le pondría la mano encima, nunca le atraieron las menores.

Vanesa sabe el camino. Las otras dos la siguen. Se cruzan con algunos hombres que se apartan para ceder el paso. Alguna mujer las estudia vigilante. La anfitriona coge a madre e hija de la mano y cruzan una puerta amplia, de dos hojas de madera noble. Las tres hacen entrada a la par. Rojo en el centro, azul y blanco a los lados. La bandera de Rusia pero con los colores desplazados. Un leve instante de silencio. Luego, los murmullos.

La sala está atestada de gente, pero es amplia, como todo el edificio. Hay espacio suficiente. Camareros ofrecen bebida constantemente.

—¿Champán, señoritas?

Vanesa sonríe y reparte tres copas. También hay champán para la joven Anna, que mira a su madre y se sonroja antes de beber un trago corto. Después otro, y otro... Es culpa de la ansiedad. Hay demasiada gente observándolas, todos desconocidos, extraños, gente cuyas emociones y formas de pensar desconoce. Se siente como el centro de una diana en la que están a punto de lanzar unos dardos.

—No bebas demasiado —alerta Emma asumiendo su papel de madre—. O ya sabes que te sentará mal.

—Déjala que disfrute —interviene Vanesa, riendo. Está orgullosa. No le importan las miradas. Ya las esperaba—. Es joven, tiene la vida por delante. Y seguro que es muy responsable, ¿verdad, Anna?

La adolescente ríe nerviosa. Preferiría que su madre y Vanesa no se fijasen en ella. Desearía ser invisible, recorrer la sala a su antojo. Intuye que

está colorada. Un poco de alcohol, piensa, ayudará a superar la inspección descarada a la que están siendo sometidas por los desconocidos.

—Hola Vanesa, ¿nos presentas?

Emma se gira veloz para descubrir al hombre que se ha acercado el primero. Es moreno, pelo corto, un pendiente en la oreja izquierda. Pantalón blanco, cinturón marrón, camisa clara. Se ha dejado algo de barba, aunque a juicio de Emma no le queda del todo bien. Debería rasurarse para mostrar su cutis fino, casi de mujer.

Sus ojos oscuros se pegan a los de ella en una mirada intensa, aunque fugaz. Le falta seguridad, carácter o, simplemente, posee unos ojos huidizos. Aparenta cortesía, aunque, al igual que su barba, no casa con su sonrisa visiblemente pícara.

—¡Sasha! —exclama sorprendida la rubia de vestido rojo—. ¡No sabía que estabas aquí! ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has avisado?

—Ahora mismo, querida. —Sasha y Vanesa juntan sus mejillas en un beso mecánico pero cómplice. Ella posa su mano en el pecho de él en la ejecución—. Estás preciosa, como siempre. Me encanta este vestido —opina mirando hacia el escote abierto—. ¿Es nuevo?

—Sí, lo escogí la semana pasada. Me alegro de que hayas venido para vérmelo puesto... —Vanesa se acerca a la oreja del tipo y susurra un secreto; Emma cree oírlo—: *Y para quitármelo...*

Él sonríe de oreja a oreja, después, al encontrarse sus ojos volátiles con los de Emma y Anna, atentas a la conversación, sin saber qué otra cosa hacer, se lleva el puño a la boca y carraspea.

—Emma, te presento a Sasha —dice entonces Vanesa, y añade con una sonrisa cómplice—: No te creas nada de lo que te diga.

Él sonríe y coge la mano de Emma con un gesto rápido. La asciende hasta su boca y la besa demostrando pasión. Ella está a punto de reírse, de descojonarse en su cara, pero se resiste. El gesto la ha pillado por sorpresa. Nunca le había pasado.

—Y esta joven tan preciosa es Anna, su hija.

Los ojos de Sasha muestran asombro. Emma no aparenta más de una treintena de años y su cuerpo se conserva espléndido. Nunca hubiera imaginado que fuera madre de una adolescente, si acaso de un bebé o un niño. En cualquier caso, se repone de la sorpresa y repite el gesto clásico y abandonado del beso en la mano, solo que con menos pasión y mayor rapidez.

Anna

La adolescente coge otra copa de champán. No sabe si la beberá, pero tener algo entre las manos le produce cierta sensación de seguridad. De vez en cuando nota una mirada, algunas de reojo, otras firmes. Prefiere estas últimas, que se acompañan de un cabeceo o una sonrisa. No obstante, huye de todas. Quiere estar sola, lejos de todos los desconocidos.

Han pasado tres horas desde que llegaron a la fiesta. Vanesa está en su salsa, inseparable de Emma. Ambas son obsequiadas constantemente con la presencia de hombres elegantes que quieren conocer a la recién llegada. Han hablado también con algunas mujeres, las menos. Sus miradas furtivas son punzantes, casi asesinas. Anna, más discreta y apartada, a pesar de su juventud, ha notado estos dardos. La competencia entre las mujeres de la urbanización es feroz.

Anna ha conocido a varias adolescentes: la sonrieron de entrada, pero la evitaron después. Los chicos no se acercaron. La observaron prudentes, su orgullo y miedos los mantienen a unos pasos, siempre contemplándola de lejos, persiguiéndola por la sala, queriendo estar cerca, pero sin atreverse a hablarla, como si en ese momento fuera a rechazarlos.

Los hombres adultos sí se han presentado. La han tratado bien. Alguno dejó escapar una mirada que no gustó a la muchacha, mejor olvidarlo. En cualquier caso, Anna no tiene quejas de ellos. Cree que la han saludado por cortesía, para caer mejor a su madre, la auténtica reina de la noche...

—¿No te gusta esta clase de fiestas?

Reconoce la voz: es la señora de la tienda, Laura. Está muy guapa, bien vestida, elegante. No esperaba menos de una persona que regenta una boutique. Lleva un vestido negro, de poliéster, con tirantes medianos que se enganchan a los hombros y que cae a modo de falda refinada. En el epicentro de su cuerpo un cinturón a juego, con puntitos blancos que a distancia parecen

perlas.

—Me encanta tu vestido, Laura.

—Ay, hija, no es más que el vestido de una mujer de mi edad. Tú sí que estás realmente encantadora. ¡Quién tuviera lo que tú tienes, hija! Juventud, divino tesoro.

Anna sonríe. Laura le cae bien. Es la única persona, junto con Vanesa que le agrada. Los demás, por ahora, le parecen caricaturas de un cómic grotesco. Todos de fondo, con sus joyas, relojes y vestidos exclusivos. Sus maneras entrenadas, falsas, tan poco naturales. Todo es tan... tan... social... tan convencional... tan estudiado.

—Te veo algo alicaıda. Debes estar cansada.  Por qué no sales a la terraza? Hay bancos y te dar  el aire de la noche. Puedes salir por aquella cristalera del fondo. Siempre la dejan abierta.

Laura es reclamada por un hombre mayor. Anna imagina que será su marido o un familiar. Se despide con una sonrisa. Luego, la joven da un sorbo al líquido dorado de la copa y avanza hacia la cristalera. Una vez all , alarga el brazo despacio, hacia el pomo, tras mirar a su alrededor. No sabe porqué pero le da miedo y vergüenza la posibilidad de intentar abrir y que est  cerrada. Se oye un clic y el pomo cede. El ventanal se mece al ritmo del brazo y la brisa exterior entra proporcionando una bocanada de aire fresco. Anna sonríe de repente, feliz por un segundo, y sale al exterior. Después cierra. Por fin está lejos de la fiesta, apartada de todo. Sola, como a ella le gusta. La soledad, donde incomprensiblemente mejor se siente.

La terraza es grande. Toda la luz que llega es del interior, que escapa por los altos ventanales de la mansión, y de las estrellas, las cuales lucen preciosas en lo alto del Universo, donde nadie puede cogerlas, ni siquiera los altos titanes de la mitología griega. Anna camina entre luces y sombras. Se detiene en una de las ventanas y observa el interior. A lo lejos de la sala, su madre, rodeada de la inseparable Vanesa y tres hombres, uno de ellos Sasha, parece pasárselo muy bien. Puede que sea verdad, que su comportamiento sea

real, mas Anna cree que finge. Todo el mundo aparenta pasárselo muy bien. La fiesta es espectacular. Canapés exquisitos, bebida de ensueño, vestidos preciosos, joyas caras, miradas soberbias, servicio de camareros, la mansión... Todos los detalles lujosos son envidiables y, sin embargo, Anna es incapaz de disfrutarlos, de fingir como lo hace su madre.

Se da la vuelta. Le duele no haber nacido millonaria para no tener que aguantar a toda esta gente, este trato, esta incertidumbre. Así no sería una carga para su madre. Prefiere olvidar su existencia, relajarse, aislarse por un rato, ver la oscuridad tragárselo todo, soñar con que otro mundo es posible y sentir la brisa acercando a su boca el sabor salado del mar.

En la barandilla de hierro forjado, una sombra permanece quieta. Es la figura de un hombre. Anna no es la única que quiere estar sola, apartada de la vida social, engullida por la oscuridad.

Se apoya a un lado de la barandilla, a un par de metros de él. No lo saluda, procura ignorarlo, pero no puede evitar fijarse de reojo. Viste elegante, de traje, como todos, y le queda muy bien. Su cuerpo es joven, el perfil de su rostro maduro. ¿Quién es? ¿Por qué está ahí?

—Hola —dice él mirándola, esbozando una leve mueca y realizando un ademán.

Anna se contrae. Esos ojos oscuros en la noche... parecen leer sus pensamientos, adivinar cada una de sus emociones. Pero, para su comodidad, el tipo vuelve a mirar hacia el vacío, distraído y pensativo. Debe encontrar algo interesante en la soledad. Ella suspira y se recompone. No entiende por qué motivo se le acelera de repente el corazón. Se vuelve a preguntar quién es él, por qué está ahí.

Transcurren segundos, minutos... En cada leve movimiento del hombre, Anna se estremece. Cree que dirá algo, que comenzará una conversación, seguramente típica: “*¿Ves aquella estrella? Forma parte de la constelación... ¿Cómo te llamas?... Tú eres la nueva, ¿no?... Yo vivo en la casa tal y tengo un cochazo... ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como*

este?...”. Anna se monta mil películas, conversaciones en su cabeza, preguntas y respuestas. Conversaciones que espera, para las que se prepara, pero que no acontecen. En realidad, el tipo está completamente abstraído. Es ella quien presta atención a un hombre que no pide nada, que no quiere nada, aparte de estar solo. Absurdamente, se irrita. No esperaba que el desconocido la ignorase de tal manera. Se siente despreciada. Le apetece llamarlo grosero, falta de tacto, engendro de la desatención, mas se contiene. Su carácter explosivo a veces la traiciona. Anna es un volcán apacible que dormita, que aguanta, pero que cuando estalla, en los momentos más inesperados, resulta incontrolable.

Respira hondo, cierra los ojos y cuenta números. Se lo enseñó su madre. Es la mejor manera de contener una explosión de furia. Emma sabe hacerlo muy bien, controlar cada momento. Pero Anna no es Emma, le cuesta mucho más contener sus ataques de ira, aunque estos sean escasos. Aquel pobre hombre no tiene culpa de nada, Anna, en el fondo, lo sabe. Pero se ha acumulado mucha tensión en sus nervios. Han sido demasiadas semanas huyendo. Luego, lo que sucedió en el bosque... y esta urbanización extraña que de repente transforma su mundo en un ideal de paraíso... ¿qué hacen allí?, ¿cuánto tiempo estarán?, ¿las echarán?, ¿les harán daño? ¿por qué todo parece tan bueno de repente? Anna recela, ya no confía en nada...

—A mí no me funciona.

Anna se queda perpleja. Abre los ojos y los dirige al desconocido, que se ha incorporado sobre la barandilla y colocado de pie, recto, con las manos apoyadas en el inseparable hierro forjado.

—¿Perdone...?

El desconocido no repite la frase. Mira directamente a los ojos de la muchacha, sin dar un repaso a su cuerpo, como han hecho otros hombres. Después de dos o tres segundos que a Anna le resultan eternos, profundos, como si Dios hubiese parado el cronómetro, el desconocido vuelve a hablar.

—Si conoces algún otro método para calmarse te agradecería que lo

compartieses. Nunca viene mal.

—No, yo...

Anna no se había dado cuenta de que contaba en alto. Los números han salido de su boca en susurros que han flotado en la brisa agradable que proviene del mar. Esta brisa se ha llevado los números hasta la montaña, a su espalda, zigzagueando entre las copas de los árboles. Y el desconocido, tan cerca, a pocos pasos, los ha escuchado en silencio, formando parte de ellos, como si fueran suyos. Hasta que Anna ha dejado de contar...

—Perdón, no me he enterado de que contaba en alto. A veces me pasa cuando... quiero escapar de alguna parte. Pero no es nada... —*Cállate*, se dice, *¡qué tonterías estás diciendo! Va a pensar que estás loca*. Pero el desconocido no cambia la mirada. Tan profunda, triste, intensa, bañada en melancolía.

Serenidad, eso es lo que siente Anna mirando esos ojos serios y recios.

Es guapo. Atractivo. Barba de unos días, a la moda, pelo negro como la noche, hombros anchos bajo el traje, figura esbelta, ni alto ni bajo. Debe tener unos treinta, puede que cuarenta. ¿Acaso importa? Es interesante, atrayente, desprende una fuerza que Anna es incapaz de explicar. No puede evitar sentir su existencia, como si estuvieran conectados. *¿Sentirá él lo mismo?*, se pregunta. *¿O estoy creando una emoción donde no existe nada, solo mi locura y desesperación?*

—No hay nada que perdonar —comenta él con un tono suave, voz comedida, tan calmada como la quietud de la noche—. Todos tenemos derecho a escapar de vez en cuando, ¿no crees?

Ella se sonroja —no sabe por qué—, asiente repetidamente y baja la cabeza. Por primera vez desde hace tiempo, desde que recuerda, se siente a gusto, tranquila, protegida. Advierte el ilógico e inmenso deseo de lanzarse a sus brazos. ¡Qué locura! ¡Qué insensatez! Pero hay tanta paz en aquella terraza, junto a este hombre que no enjuicia nada.

—Cuando tenía tres años escapé de mi casa —empieza a relatar el tipo

—. Me contaron que estaba jugando en la habitación y debí sentirme solo. Así que, ni corto ni perezoso, logré abrir la puerta de casa y caminé por las calles hasta el parque de tierra donde solía llevarme mi madre.

—¿Y qué pasó...?

—Ah, por suerte me encontró un vecino en el parque y me devolvió a casa. Mis padres se sorprendieron mucho. Pero, ya ves, necesitaba escapar, encontrarme con mis amiguitos del parque —sonríe, realiza una pausa, cambia el gesto por un instante y suspira antes de volver a sonreír—. Ahora, en cambio, hay una buena fiesta ahí montada y a mí me ha dado la vaina por estar solo. De nuevo, me escapo, pero a la inversa.

Anna sonríe también. Le ha gustado la anécdota y que el desconocido abriese sus recuerdos de forma espontánea. ¿Qué puede contarle ella? ¿Cómo puede corresponder y continuar una conversación que no quiere que termine? Este encuentro casual, tan simple, lleno de sencillez, de puro azar, cala en el corazón de Anna más allá de lo habitual. No es posible explicarlo. Es una intuición, un presentimiento que la arraiga a las baldosas de la terraza, que le dice que se quede, que prosiga hablando, estrechando lazos.

—Yo siempre huyo... —expresa de repente, ante una insuficiencia de ideas; quiere compartir algo de verdad, algo real, no quiere hablar de estupideces ni trivialidades. Huye de palabras que luego caerán en el olvido. Necesita algo más de aquel hombre, de este instante en el que su desesperación quiere volcarse—. Y mi madre. Yo y ella siempre huimos...

—Se dice ella y yo, cariño.

Anna da un respingo al oír la voz correctora de su madre. Tiembla. Siente que han violado su instante trascendente, aunque la violadora sea su propia madre, su mejor amiga, su compañera siempre dispuesta a sacrificarse.

—Será mejor que vuelvas a la fiesta. Debes relacionarte, hija mía.

No es una sugerencia, ni una invitación. Es una orden. Anna distingue la severidad del tono, la lengua transformada en cuchillo. Su madre la ha pillado hablando de más, cerca de confesar sus secretos a un desconocido.

No se atreve a mirarlo. Anna, invadida, ultrajada su intimidad, trota hacia el fondo de la terraza, desde donde podrá escapar de la mirada del hombre de la barandilla. No sabe qué estará pasando por su cabeza, pero siente vergüenza. Se siente una cría, además, vulnerable.

Emma estudia al tipo. Traje, como todos, pecho y brazos musculados, sin excederse, rostro impasible, ojos penetrantes. Bastante atractivo, aunque hay hombres más guapos en la fiesta. Aparenta calma, pero la mujer huele su carácter. Demasiado vehemente para ella, y para cualquiera. Incontrolable. No es la compañía que está buscando. Necesita alguien más manejable.

—Espero que mi hija no lo estuviera molestando —tantea, aunque no está de acuerdo con sus propias palabras. Jamás se pondría del lado de otro si está su hija por medio. Solo quiere saber si Anna ha contado secretos...

—Su hija es un encanto. Además, ahora lo entiendo todo...

Emma se tensa. ¿Acaso Anna ha confesado sus secretos? ¿Ha llegado a la terraza tarde?

—¿Entender...? ¿Qué es lo que entiende ahora? —pregunta con voz débil, casi derrotada, aunque pretende ser fuerte.

—Ahora entiendo... de dónde ha sacado su hija su belleza.

El desconocido se gira y vuelve a mirar hacia el horizonte oscuro ocultando su inapreciable sonrisa pícara. Emma se queda perpleja, sonrojada, observando la espalda inclinada, el traje impecable. Su corazón se acelera, su respiración se agita. Se incomoda. No domina la situación.

Cuando nota las piernas, duda entre ir a hacia él o huir como ha hecho Anna. ¿Pero quién se ha creído qué es?

—Ah, estás aquí. Y veo que has conocido a Enzi.

El recién nombrado yergue su cuerpo sobre la barandilla de hierro. Su musculatura se tensa. No se gira, pero Emma adivina la tensión. También Sasha se muestra tenso. No ha entrado en la terraza con ganas de hacer amigos.

—¿Enzi...? —repite la mujer en un susurro, pero este susurro es suficiente para que la ira crezca en el desconocido de la barandilla, que se

vuelve y clava sus ojos penetrantes en Sasha.

Se hace el silencio. El aroma del mar se diluye, atemorizado, al flotar las hormonas masculinas en el aire. Emma, contrariada, se pregunta cuál es la mejor manera de salir de esta.

—Mi nombre es Enzo —pronuncia el desconocido en alto, firme, conteniendo la rabia, dirigiéndose a todo el que quiera escucharlo, aunque allí solo haya dos personas más—. Recuérdalo bien, Sasha, tiendes a olvidarlo.

—Perdona, amigo, ando escaso de memoria —se burla mientras coge a Emma del brazo y la anima a volver al interior.

—No importa, Sasha. Te lo recordaré de nuevo. Prometo que será la última palabra que escuches.

Sasha se para en seco. Sus dedos se aferran al brazo de la mujer. Ella percibe enseguida la rigidez, aunque no se suelta. Enzo se da la vuelta, indiferente. Su amenaza está echada: mirando el manto negro y estrellado del Universo se promete a sí mismo que la cumplirá algún día. Le tiene demasiadas ganas a este cerdo. Es cuestión de tiempo.

—Volvamos dentro, empiezo a tener frío —sugiere Emma alegremente, como si en esta terraza privilegiada jamás hubiera sucedido nada.

Sasha tarda en moverse. Su odio está concentrado en sus pupilas pequeñas y ágiles. Tiene tan cerca la espalda de Enzo, tan cerca... Solo unos pasos y acabará con la rivalidad que sostienen. Solo unos pasos... De repente, muestra una sonrisa falsa, finge contento, y ríe como si todo, la vida entera, fuera una broma.

—¡Volvamos adentro! —exclama repitiendo las palabras de Emma—. Me llevo a la chica, Enzo, te quedas aquí solo.

Y los dos vuelven hacia el interior. Él riendo, ocultando su odio detrás de una dentadura perfecta, arreglada por dentistas exclusivos que pagó con dinero manchado de sangre. Ella, asustada, intenta reír también, pero le cuesta. La inercia la lleva hacia dentro, al interior de la mansión, a la fiesta, donde están todas esas personas que cree que puede controlar, de las que conseguirá

protección. Todas las almas de la noche están en esta fiesta, todas menos una:
Enzo, el desconocido.

Alexey Vorobiov

Expulsa el aire respirado. Su cuerpo grueso se aposenta en el sillón blanco tapizado en cuero natural. Se impulsa con los pies, que golpean las patas de aluminio, doradas, para acercarse al gran escritorio con forma de codo. Carraspea y, con gesto airado, apaga la pantalla del ordenador que está a su derecha. La imagen desaparece como por arte de magia. Tiene la vista fatigada, cada vez más, pero no se pondrá gafas, opina que son para maricas, contables y ratas de biblioteca. Él no es nada de estas tres cosas. Él es el gran Alexey Vorobiov.

—¿Y bien? —cuestiona hacia el frente, donde Liosha permanece estático.

Mira hacia la derecha de forma instintiva. Su lugarteniente comprende el gesto rápidamente y, tras emitir un leve ruido, una mezcla de bufido y minúscula risa, camina hasta el mueble-bar. Abre la puerta del mueble y se topa con las bebidas de siempre: tequila añejo Patrón, Ginebra Burrough's Beefeater, brandy Cardenal Mendoza, whisky Macallan, ron Barceló Imperial, algún licor curioso de frutas, regalo de alguien, y, por supuesto, el vodka Precious. Coge esta última botella, con forma de enorme diamante, escritura elegante alrededor del cristal y una pequeña etiqueta azul que apenas enturbia la belleza del objeto. Coge dos vasos anchos. A su jefe nunca le gustó beber solo. Introduce unos cubos de hielo, bastante gruesos, y, a continuación, con un escanciado pausado, vuelca el vodka.

—Putos búlgaros —comenta Alexey Vorobiov girando la silla, mirando a la pared y llevándose las manos a la parte de atrás de la cabeza—. Saben hacer vodka los muy cabrones. ¿Sabes cómo hacen este? —Sí, Liosha lo sabe, se lo ha contado muchas veces. Sin embargo, se cuida de responder—. Cogen el trigo en invierno y seleccionan las mejores partes, solo el diez por ciento. Luego lo destilan, nada más y nada menos que seis veces, con agua pura de glacial y, por último, lo filtran tres veces en carbón. ¿Qué te parece? Putos

búlgaros...

Liosha acerca los vasos a la mesa. Espera a que su jefe escoja primero. Después, lo hará él. Nunca antes. Alexey pone atención en el líquido y se queda meditabundo. Suspira. Atrás quedaron los tiempos en los que bebía vodka entre amigos, solo en las celebraciones. Siempre frío. Sin hielo. En vasos diminutos. Uno tras otro. Nunca paraban hasta vaciar la botella. Y luego venía otra. Beber y comer, beber y comer, durante horas...

—¿Y bien? —vuelve a preguntar a la par que escoge uno de los dos vasos y da un trago rápido. El líquido entra en su cuerpo como un contradictorio ser: amigo y enemigo, necesario y, a la vez, hostil.

—Mucho me temo que Sergey está muerto —informa agarrando el otro vaso y bebiendo tras brindar por la salud de ambos.

—¿Muerto? ¿Ese pedazo hijo de puta está muerto? No me jodas, Liosha. ¿No me irás a decir que ha sido el idiota de Heredia? No hace falta que respondas, ya sé que no ha sido Heredia. Ese cobarde no sería capaz de coger un canario muerto.

Golpea el escritorio fuerte. Tiene el puño grueso. Un arma, que le abrió paso en los barrios pobres de su país natal. Sin embargo, es consciente de que se hace mayor. Ha perdido fuerza.

—Sírreme más, Liosha. Voy a brindar por Sergey.

—¡Por Sergey! —exclama bebiendo. Después, se dirige a la botella y vuelve a servir. Si su jefe se emperrea, terminarán bebiendo todo el contenido. Y si no lo mezclan con alimento, acabarán por los suelos.

Alexey vuelve a sumergirse en sus recuerdos. Su Rusia natal queda tan lejos. Es curioso que entonces no era nadie. Un tipo más que tuvo suerte y fue capaz de sobrevivir, de abrirse camino extorsionando, robando, matando... Ahora, afincado en la costa española, rico, tenaz, inflexible, rudo, se cuestiona si todo valió la pena. Vuelve a beber. El líquido aleja la conciencia, la parchea durante horas, durante todo el día. Ya no puede vivir sin beber.

Mira hacia Liosha. Él aún es joven. Puede cambiar. Apenas tendrá treinta

años. Nunca le ha preguntado la edad. Va por el mismo camino: traficando, asesinando... Con papel y bolígrafo, o sin ellos, podría escribir el resto de su vida, resumirla en un folio en blanco, con tinta roja, la más adecuada. Yates, coches, mansiones, armas, sangre, alcohol y drogas. Cadáver tras cadáver. Total, para nada, para acabar con la conciencia podrida. Ser incapaz de dormir sin haber derribado un par de botellas.

—Heredia ha de morir.

—Sí, jefe —asiente sin parar de beber.

—Ya no hay vuelta atrás. Ha costado la vida de uno de mis hombres. Él pagará este atrevimiento.

Alexey bebe también. A estas alturas de la vida qué fácil es ordenar matar. Los remordimientos se ahogan en el pozo de las amarguras, donde han caído todas las almas que ha destruido en su camino. *Ya no hay vuelta atrás...* Sus propias palabras retumban en su cabeza. Cualquier otra opción sería destruirse a sí mismo.

—Y encuentra a esas dos zorras —manda antes de beber el más largo de sus tragos.

Sí, definitivamente, se beberán toda la botella.

El pueblo

Los tejados rojizos del pueblo, que deslumbran cuando el sol sale o se pone, desprenden la pasión que pertenece a sus habitantes. Las casas blancas trepan por la ladera de la montaña, sin orden ni concierto. Están apiñadas las unas con las otras, herencia árabe y medieval. Las calles son callejones que atrapan, también callejas estrechas que te devuelven al mismo sitio, cuevas que no sabes adónde llevan. Hay flores por todas partes. Paredes, suelos, terrazas. El cuidado de las macetas, siempre de color azul, es una tradición respetada. Las flores rosas y rojas desaparecen en las ventanas y reaparecen bajo arcos que atraviesan las calles. La geometría no encuentra respeto en este pueblo centenario del sur, donde sus habitantes aprenden de boca en boca, no estudiando.

Hay mesitas azules, con sus correspondientes sillas a juego con las macetas. Han sido forjadas con alegría, en forma de peinetas, muy español. Anna está en una de estas sillas, en la mesa un refresco anodino de limón, junto a la cerveza sin alcohol de Vanesa. Toldos claros de tela tapan escaparates del sol. Alguno ha construido bellos toldos de hierro y tejas, una cursilería realmente preciosa que casa con las barandillas negras del pueblo, puestas en las rampas, para que las personas puedan ayudarse al ascender. Los toneles, gordos y afables, están colocados en las entradas de los mesones, junto a taburetes de madera. Lámparas clásicas, de siglos pasados, cuelgan en las paredes discretamente, apenas perceptibles si no se mira con atención. Hay algún pintor en plena calle, ignorando a los paisanos que pasean con burro a los turistas. Anna se queda atontada contemplando uno de estos cuadros, expuesto a los pies del pintor, un tipo de aspecto bohemio. En el cuadro hay muchas casas, todas blancas y con tejados rojos. Una representación del propio pueblo; solo que las casas están deformadas y sus tejados rojos son muy intensos. Se diría que están pintados con sangre derramada. En la parte

central y alta del cuadro, se sitúa la iglesia.

—¿Te gusta?

La pregunta sobresalta a la adolescente. Reconoce la voz, cómo olvidarla. Solo hace horas que la escuchó y la tiene grabada. Sonríe tímida al encontrarse con su rostro. Se sonroja y baja la faz hacia las patas de la mesa coquetamente pintadas de azul, como muchos otros detalles de este pueblo. La ha pillado in fraganti, contemplando un detalle hermoso de la vida.

—Hola, Vanesa —saluda la voz.

—Hola, Enzo.

Anna levanta el rostro y descubre entusiasmo en el rostro de su salvadora. Esta se levanta y ofrece un abrazo al recién llegado, que lo absorbe con quietud. Es obvio que se conocen y, además, guardan algún tipo de relación. *¿Son amantes?, ¿amigos?*, se pregunta Anna incómoda. Le molesta toda posibilidad, por pequeña que sea. Es como si desease poner una bandera en su cuerpo y alma y decir *esto es mío*. Ni siquiera sabe el motivo de que lo necesite tanto, ni siquiera sabe quién es, pero... es como si lo hubiera conocido de siempre. Un alma gemela que se encuentra en el sitio más inesperado y de la que ya no se puede separar.

—Te presento a Anna. Su madre y ella acaban de llegar a la urbanización.

—Ya nos conocemos —comenta la adolescente adelantándose a cualquier comentario—. De la pasada noche. De la fiesta.

—¿Estuviste en la fiesta? —se extraña Vanesa—. No sabía que hubieras vuelto. Igual que Sasha, siempre tan misteriosos.

—Pero no somos iguales —corrige Enzo enseguida y añade serio—: no me compares.

Anna percibe la tensión. Sasha es el novio, pareja o marido de Vanesa. Lo conoció anoche. No le cayó bien. No pega con Vanesa, al menos, no para ella. Se sorprendió cuando las acompañó a casa. Allí se movió como si fuera la suya propia. Tan cómodo... Lo vio introducirse en la habitación de su anfitriona. Escuchó algunos gemidos al principio, luego se fueron ahogando.

No hace falta que nadie le explique lo que hicieron. El sexo está en todas partes, en las novelas, videoclips, letras de canciones y en las películas. El morbo despierta al ser humano. A Anna no le gustó encontrárselo en el pasillo esta mañana, semidesnudo, volviendo de la ducha. Él sonrió abiertamente, orgulloso de su cuerpo y de la situación. Ella se puso tensa y devolvió la sonrisa. Después se estuvo maldiciendo por hacerlo. La sonrisa de Sasha es simple, ancha, seguramente atractiva para la mayoría de las mujeres, pero para la adolescente es una mueca falsa que oculta la verdad, la mezquindad de su alma, su cinismo.

—A mí tampoco me gusta Sasha —pronuncia con naturalidad y sin pensar en las consecuencias. Quiere que Enzo sepa que son iguales, que comparten su forma de pensar.

—Pues será mejor que no lo vayas diciendo por ahí —corrige Vanesa fingiendo escandalizarse, mirando intranquila a su alrededor. Sasha no es alguien de quien se pueda hablar mal—. Vaya con la niña. Tiene carácter.

—Será mejor que me vaya —anuncia Enzo sin ocultar la satisfacción en el rostro, normalmente impasible. Le ha gustado el comentario espontáneo de la joven, le llama la atención su arrojo. Adora su sinceridad.

—¿No quieres tomar algo con nosotras? —propone Anna.

Enzo respira hondo y cabecea a modo de despedida, sin añadir ni una palabra más. Enzo es así, parco en palabras, tacaño en sus explicaciones. Ha evitado líos hasta ahora, debería seguir igual, manteniéndose al margen de las *invitadas*. Como ha hecho siempre. Por eso Vanesa se quedó con Sasha.

Camina por una calle estrecha y descendente. Atrás, quedan las dos mujeres. Enzo es un tipo solitario. Sus manos han derramado demasiada sangre, sus ojos han visto demasiados crímenes, no piensa en el futuro, solo en el día de hoy, y su única esperanza es que algún día le quiten la vida rápido, sin enterarse. No puede pedir más. Si no, es que Dios no existe.

Sasha y Emma

Emma no disfruta de la ducha como otras veces. No es una ducha voluntaria, que haya deseado, no es una dedicación a su cuerpo, para su placer, sino una preparación para él. Se enjabona más deprisa de lo habitual, sin ceremonia. Debe estar limpia, oler bien, agradarlo, que disfrute, su futuro y el de su hija dependen de ello.

Sasha es un hombre guapo y rico. No le costará entregarse a él, aunque no lo desee con ganas. En realidad, es mera supervivencia. Entregarse a él es una necesidad, quizás, por eso, no lo desea. Quizás en otra situación, en otro lugar, en otra vida, hubiese sentido algo por Sasha... Esto se dice para convencerse. Al fin y al cabo, hay cosas peores en la vida.

Sale de la ducha. Se pone una toalla rosa encima. Se la pasa por el cuerpo suavemente. El tacto es algodónoso. No quiere secarse mucho, solo lo justo para no gotear, pero manteniéndose húmeda, fresca al contacto, como está segura que él preferirá.

Abandona el baño y mira el pasillo. A un lado el dormitorio de Vanesa, donde Sasha pasó la noche. Emma los oyó. Permaneció atenta. Por si aprendía algo de los gustos del ruso. Darle placer es importante. Y no será fácil. No solo porque no lo desee, sino, sobre todo, después de haberlo oído. Vanesa debe ser una auténtica fiera en la cama, un estandarte de la lujuria, porque las exclamaciones del hombre fueron apoteósicas. Emma pensó que se rompía, que lo mataba a base de sexo.

Se plantea si ir allí, a la cama de Vanesa, a mantener una pelea contra ella misma, contra la sombra de su salvadora. Pero se siente incapaz de hacer frente a tamaña habilidad erótica. La otra opción es hacerlo en su habitación, la que le adjudicó Vanesa. Pero no siente deseos de que Sasha invada su nueva intimidad, si es que la tiene, si es que existe y no se trata de un espejismo al que se aferra. Si Sasha entra en su habitación, podrá hacerlo siempre, sin

límites. No habrá cerrojos que lo paren. No, desde luego, no es la opción más recomendable.

Avanza hacia la habitación de Vanesa. Llegar hasta la puerta se convierte en una tarea larga a pesar de que aligera el paso. Son dos segundos que se graban a fuego. Desde la puerta, ve a el ruso quitando los cordones de los zapatos Magnanni de color negro. Se huele la piel de vaca, el producto nuevo, el lujo, el dinero. Sasha sonríe satisfecho y se levanta para coger un vaso de ron añejo que hay sobre el escritorio. La botella de Santa Teresa est  medio vacía. Estaba llena cuando Emma se introdujo en el baño. Sasha ha estado bebiendo a ritmo veloz.

Emma se quita la toalla para facilitar la tarea al hombre, ofrecerse vulnerable es una forma de transmitirle confianza. Avanza por la habitación, agitándose la respiración, mientras el ruso, inmóvil, observa excitándose sus carnes privilegiadas. Emma echa en falta una sonrisa seductora, una mirada de afecto, de esas que ya no se acuerda cómo eran. En su lugar, solo hay un rostro tenso, muy excitado.

Al llegar hasta él, acaricia su pelo, la piel de sus sienes. Las manos de Sasha vuelan hacia el culo de Emma, que se sonroja y hace gesto de huir. Sus yemas no han sido amables, sino desgarradoras. *“Vamos, Emma. Por ti y por tu hija”*, se anima. *“Solo es sexo y con un hombre guapo. Hay cosas mucho peores, como caer en las garras de Alexey Vorobiov...”*.

—Perdona, Sasha. Hace tanto tiempo... —alega en su defensa y vuelve a mostrarse dócil, sumisa. Le besa. Le quita la chaqueta desde los hombros.  l exhala placer, excitación, nervio. Ella nota su aliento a ron exclusivo.

Empuja su cuerpo suavemente para tumbarlo en la cama. Ya sin chaqueta.  l estira sus manos y agarra sus senos de buen tamaño. Pura lujuria. Ríe como un cabrón. Es esto lo que él quiere: poseer a la nueva, la que todos desearon en la fiesta. Es poder. Es envidia.

Emma posa su dedo en los labios del ruso. Pide con su gesto erótico que los cierre, que deje de reír. Luego, coge su mano y se lleva un dedo de Sasha a

la boca. Lo chupa, lo lame. Saca su lengua, el objetivo es ponerlo a mil. Durará menos el coito.

Se tira sobre él. Se frota. Puede sentir sus latidos, su corazón desbocado, una tormenta en su pecho. Él la besa con pasión. Necesita desfogarse. Agarra sus cabellos y estira su cabeza hacia atrás, para llegar a su cuello y morderlo como un vampiro. Quiere el olor de la sangre. Se incorpora, ella está encima, dudando qué hacer. Él se quita la camisa Hugo Boss, lisa, gris, a toda prisa. La lanza al suelo. Jadea. Recorre el cuerpo de la mujer con sus manos sobonas, increíblemente excitado. Emma baja la mano a la entrepierna. La erección es evidente.

—Estás tan buena, mi puta...

Con gesto fuerte y veloz, sorprendente, Sasha eleva el cuerpo de Emma, que se aferra, y lo traslada hasta el escritorio, tirando la botella de ron al suelo. Emma sigue el juego, se altera. No tiene alternativa. Es presa del instinto del ruso, de su fiereza.

Sasha la coge fuerte del cuello y se frena unos segundos para observar sus ojos. Sonríe. Con esta mujer sobre el escritorio donde se ha follado a Vanesa varias veces, con la erección a reventar, se siente un león, un macho poderoso. Se baja los pantalones tomándose su tiempo, creyendo que es objeto de deseo, ídolo de mujeres. Se ubica entre las piernas de la mujer. Ella resopla. El ardor es potente. Él se anima. Recorre el cuerpo de Emma, sobándolo todo, mapeándola, marcándola. Sobre todo los senos, tan sugerentes, tan grandes, perfectos para una corrida soñada. Ella gime, finge placer, sin saber lo que pasa por la cabeza fantasiosa del varón, que baja su boca hasta los pezones. Los muerde. Emma siente placer, no ha de fingir tanto. Se ha ido metiendo en el juego. *“Déjate llevar...”*, se dice. Cierra los ojos, jadea, es poseída por emociones deterioradas, apenas se acordaba de lo que era el sexo. Ya no practicaba.

Sasha para un instante, abre un cajón y coge un preservativo. No le gusta usarlos pero Emma es nueva en la urbanización. No hay seguridad de que esté

limpia. Se lo pone. Emma contempla con la respiración entrecortada. El pene es más o menos normal. Ni grande ni pequeño. Sin problemas de erección.

—Te voy a enseñar a follar, mi puta.

A continuación, introduce el miembro en el interior de Emma. Entra por completo. Emma está mojada, se ha terminado de excitar. Ambos gimen. Sasha se mueve lento, enseguida rápido. El alcohol, la excitación, la novedad... Y en el caso de Emma... hace tanto tiempo de la última vez... su mente se descontrola. Necesita correrse. Ya no se acuerda de cómo era. Quiere morir follando. Roza el clímax, la redención, el infierno, quiere explotar...

Sasha se aferra a las caderas de la mujer. Quiere escupir su leche. Dejar sembrado el campo. Su erección lo pide a gritos.

—Oh, sí... pedazo de puta... grita... mi puta...

—¡No pares, cabrón! —se sorprende gritando Emma. No es propio de ella. Nunca fue así.

Él se inclina hacia atrás. Quiere correrse, echarlo todo. No le importa nada más en el mundo. Emma, con el roce incesante, la falta de práctica, la excitación inesperada, venida de repente, convulsiona y explota en un orgasmo. Deja escapar un gemido muy alto. Sasha tiembla, se queda sin aire y estalla. Su boca se abre en una mueca espantosa, aborrecible. Pero Emma no mira. Ella está en su planeta. Necesitaba esto. ¡Joder! ¡Qué de tiempo!

Pedro Heredia

Camina desgarrado, aunque él sueña que es un señor elegante al que todos admiran. No tiene el estilo y las formas que tenía su padre, él sí que poseía carisma, maneras y saber estar. Entraba en una sala y todos sabían que estaba allí. En la calle, le cedían el paso y lo saludaban agachando levemente la cabeza, reverenciándolo. Tanto lo admiraba él, que solo era un niño y desde su pequeña altura lo adoraba como a un dios. No como ahora. Pedro Heredia amó a su padre, pero odia su recuerdo.

La gran ciudad no le satisface tanto como su lugar natal, una ciudad más de andar por casa, donde las familias se conocen por sus nombres y las diferencias están claras de antemano. Pero la gran ciudad... aquí todo se diluye sin forma. Nadie es nadie, todos son la misma persona. La gente camina a su alrededor con cierta prisa, caras alegres, otras que no. Nadie repara en él, aunque Pedro fantasea con que lo miran de reojo: no pueden evitarlo, es Pedro Heredia, el hijo de.

Los enrejados de los balcones parecen recién pintados. Verdes y negros que se intercalan con grandes cristalerías del siglo pasado. Esta gran ciudad tiene un centro bonito y clásico, lleno de costumbres, así es el sur, siempre avanza más despacio. Los toldos toman las calles. Jerseys azules, camisetas a la moda, alguna chaqueta vaquera o similar, pantalones diversos, ropas oscuras mezclándose con las claras... Las fachadas también aportan colores. Cada una de su padre y de su madre. Pedro Heredia es el único que permanece gris, nervioso: se siente incapaz de casar con todo este vaivén que no controla. Todo es tan nuevo, tan diferente...

Se fija en el edificio pintado de rojo. Qué excentricidad. Solo los millonarios y los locos podrían haber utilizado este color para la fachada de sus negocios. Sus pensamientos vuelan hacia otra parte. Ya se olvidó de lo que iba pensando, de sus miedos, sus fantasías. La mente de Pedro es volátil, frágil

y débil. No tiene la constancia de los pájaros que emigran en fechas señaladas y vuelven cuando les toca con tal de encontrar mejor alimento. Pedro Heredia no. Él siempre vuela de forma imprevisible. De un lado a otro, pensando que son los demás los que andan descontrolados.

Las puertas se abren automáticamente hacia los lados. Un hombre vestido con traje sale del edificio. *Qué elegante va el cabrón. Ni que fuera el rey de España.* Clava su mirada en él hasta que desaparece tras la esquina. *Va elegante sí, pero con cara de pocos amigos. No habrá vendido un rosco.* Habrá fracasado donde él triunfará.

Pone el pie en el acceso. Tiembla. ¿Y si no funciona? ¿Y si fracasa?

Las puertas de cristal se cierran a su espalda. Respira profundamente. Por su cabeza pasa su vida entera, un batiburrillo que necesitaría un escritor ordenado para construir una buena novela. Nada tiene ni pies ni cabeza ahí dentro.

Es el momento. Es ahora o nunca. Debe decidir si vuelve y se enfrenta al caos que ha creado. Hay personas que corren peligro, a las que ha condenado. Emma, Anna: nombres preciosos que formaron parte de su vida hasta hace nada. Pero no. Prefiere borrarlos, como borra la lágrima que le cae por la mejilla.

Mira el reloj de pulsera. Una imitación china. *Estos chinos fabrican de todo.* Un reloj que pretende ser lo que no es. Como él, siempre aparentando, vestido como un lord, sonriente como un payaso. Ha llegado con tiempo. Todavía le sobran cinco minutos. *Será mejor que tome algo.* Se da la vuelta y atraviesa la calle. Deja las puertas correderas atrás, indiferentes a su ir y venir. Se mete en la tasca, un bar donde beben los de siempre, los vecinos del barrio, y también los transeúntes esporádicos que pasan por estas calles del centro y necesitan tomar un café, ya sea rápido o lento. En el bar, cuatro o cinco personas, nunca las mismas, siempre entrando y saliendo. Pedro se agarra a la barra.

—¿Qué va a tomar?

—Será un café.

—¿Con leche?

—Solo. Cargado.

El camarero pasará de esta última petición. Lo cargará igual que todos. Aquí no se regala nada. De todas formas, el café es de baja calidad y su sabor amargo más fuerte que un ciclón. Todos piensan que va cargado, por eso todos lo mezclan con leche.

—Y un orujo en vaso largo, con hielo.

El camarero sonrío para sus adentros. Otro que necesita beber para olvidar o para vivir. Son sus mejores clientes. Beben y solo beben. Apenas hablan. Vienen casi a diario. Se anclan a la barra como almas apresadas, no tienen adónde ir ni qué hacer. Solo beber. Su única pasión. Se pregunta si este será de los que vuelvan o solo está de paso. Apuesta a que sí, volverá.

Pedro mira a su alrededor. Siente vergüenza en cuanto tiene el licor delante. En su patética paranoia, su fantasía de creerse mejor, piensa que todos lo miran. Sin embargo, nadie le presta atención. Si acaso el camarero, por si debe rellenar el vaso. Pedro bebe. Primero un sorbo del café. Luego tira del orujo. Es de Liébana, de Cantabria, muy al norte. Él nunca estuvo allí. Apenas salió de su tierra, apenas exploró mundo. No sería capaz de situar la zona en un mapa, tampoco es que le importe.

—Otro —pide al acabar.

Se olvida de la reunión que le ha preparado un buen contacto. Podría haber logrado un negocio. Empezar una nueva vida en serio. Perseguir esas fantasías que tanto revuelo causan en su cabeza. Solo tenía que haberse mantenido sereno. Sin embargo, este licor... Con el alcohol le pasa lo mismo que con el juego. Uno nunca es suficiente.

La cafetería

Vanesa explora la mirada de Emma. Está huidiza, quizás pensativa. Ambas están preciosas, sentadas en un rincón de la terraza, apartadas. Han buscado la soledad en un lugar público. Por fortuna, no hay nadie. Todavía es pronto. A los pies de la terraza, un prado. Los niños suelen jugar en él las noches de verano, cuando sus padres se dejan ver por sus vecinos. Los árboles comienzan algo más allá, donde cae la ladera. Hay otra terraza más pequeña, al otro lado del bar, el lado que da a la calle. A Vanesa le gusta menos. Prefiere esta en la que puede esconderse. Siempre le gustó la soledad, al menos desde que huyó...

—Me gusta tu nuevo vestido. Te queda muy bien.

Emma agradece las palabras con una sonrisa fingida. El vestido ceñido, de color beige, es cómodo, sensual, agradable al tacto. Un regalo que Vanesa y Anna han escogido en el pueblo, en su paseo afuera de la urbanización. Si Emma hubiera sabido que saldrían del recinto, quizás las cosas hubieran sido distintas... La urbanización es el único lugar donde están seguras. Aquí no llega el brazo largo y cruel de Alexey Vorobiov. Pero fuera... fuera de estos altos muros Alexey es el rey. Nada sucede si él no quiere y lo que él quiere termina por suceder.

Un camarero trae dos descafeinados de máquina. El de Emma con hielo. El vestido es precioso pero el doble cuello alto le está dando calor. El sol no es clemente con la moda y solo cuando desaparece llega el fresco. Por suerte, parte de sus hermosas piernas están al aire, respirando abiertamente. El camarero, de hecho, no ha podido evitar fijarse en ellas. Tan suculentas. Esponjosa carne con la que fantasear.

Emma observa de reojo a su nueva amiga. Va más discreta, sin marcar curvas. Pantalón ceñido y roído, y poncho suave, fino y largo, con un lindo degradado salmón, tapando sugerencias. Para Emma está preciosa, siempre

elegante y arreglada, sacándose partido. En parte, la envidia. Vive en una casa moderna con todas las comodidades. Este lugar es el paraíso. Está protegida. No le falta de nada. Las concesiones que hay que hacer pueden resultar nimias en comparación con lo que se obtiene...

—¿Cómo fue?

Vanesa tiene miedo. Ha arriesgado mucho su vida por dos mujeres a las que no conocía. Por un lado, cree que ha hecho bien, pero, por otro, siente que su mundo se tambalea. ¡Con lo que le ha costado llegar hasta aquí! ¡Con lo que ha sufrido! Quizás por eso lo ha hecho, porque piensa que Anna y Emma lo merecen.

Emma no quiere contarlo. *¿Cómo fue? ¿Que cómo fue...?* Fue sexo. Ya está. Sentó bien. Lo necesitaba y, además, arregla su vida. ¿Qué puede decir? No quiere decir nada. Estaba en su derecho... ¿No fue eso acaso lo que pactó con Vanesa la noche de la fiesta? Cuando ella le contó todo... las reglas...

—Solo me gustaría saber cómo fue. No creo que sea un delito. Si le gustó o no. Si os vais a quedar o...

—¿O qué, Vanesa, acaso tengo alternativa? ¿No me dijiste que era la única opción? Fue como tuvo que ser. Sin más, sin cosas raras. No preguntes más.

—Es lo que tiene ser la novedad. Al principio, todos quieren acostarse contigo. Luego, pasas a ser una más. Te acostumbrarás...

Emma se muerde la lengua. Las palabras de su amiga solo buscan herir. Estaba serena desde que echó el polvo. Sasha quedó complacido. No quiso más. No resultó ser un hombre insaciable ni exigente. Más bien simple. Quería sexo con la novedad, con la mujer que deseaban todos. Punto. Lo tiene claro. Antes y ahora. Es consciente de este deseo. No había amor. Nada que reprochar. Sin embargo, no hace falta que su anfitriona se lo recuerde. Su vida ya es bastante miserable de por sí.

—Nos quedamos, Vanesa. Ha debido gustarle. Creí que te alegrarías.

Los ojos de la rubia echan chispas. Sí, es cierto. Lo deseaba. Quería

protegerlas. Que se quedasen a vivir con ella. Se sentía sola y vio en Anna y Emma dos compañeras inseparables. Fue un espejismo, sabe que se ha confundido. En realidad, siempre le gustó la soledad. Por eso Sasha es perfecto. La mantiene a cambio de sexo y afecto, pero siempre está fuera, haciendo “encargos para *la urbanización*”. Este mundo, que a otros pudiera parecerle desgraciado, para ella es válido. Tiene todos los caprichos que pueda desear. Mantiene sexo con un hombre guapo y sencillo, sin deseos extraños, al que satisface fácilmente y al que se ha acostumbrado. Está protegida. Se siente fuerte. Tanto que es capaz de llevar un arma, por si su único enemigo reaparece para matarla o, peor, para llevársela. Pero este mundo válido en el que Vanesa se siente afortunada de vivir se puede tambalear. ¿Y si Sasha encuentra en Emma una mejor compañera? ¿Y si la cambia por ella? Entonces, ¿qué sería de ella?

—¿Quién eres, Emma? ¿De dónde vienes?

Las preguntas brotan de repente. Vanesa, injusta, ha sido incapaz de retenerlas. Emma suspira y emite una risita tensa. Ella podría hacer las mismas preguntas. Aquí todas las mujeres tienen un pasado que deben ocultar. Lo sabe. Si no, no hubiera montado toda la escena en el bosque, dejándose violar por un sicario de Alexey.

—Vanesa, no soy tu enemiga. Solo he hecho lo que me dijiste.

Sus palabras, en lugar de calmarla, la tensan más. En ellas reconoce su error. Vanesa se siente como un chulo que entrega mujeres y, encima, tonta, tirando piedras contra su propio tejado. Realiza una mueca incómoda. Quiere cambiar la conversación, aparentar paz, pero no sabe fingir adecuadamente. Los impulsos son su perdición, superiores a ella misma, difíciles de controlar. Es el motivo de que disparara contra la cabeza del tipo que violaba a Emma. No pudo aguantarse. En cuanto vio la violación ardió en deseos de apretar el gatillo. Es, también, una de las razones por la que gusta tanto a Sasha. Esos impulsos, en cuanto se calienta, la hacen tan sumisa a su órgano, tan anhelante de su sexo, y, a la vez, poco exigente, conformista con la cantidad, dócil,

cómoda de follar.

—Pues no te esmeres tanto —recrimina sin pensar.

Emma está enojada. Le apetece desafiarla, marcarse un reto. Tú o yo, solo puede sobrevivir una. A ver cuál de las dos se queda la pieza. Aparece Anna por el prado, dirigiéndose hacia ellas. Ha dado una vuelta en solitario. Emma, ante la visión inocente y frágil de su hija, reflexiona y claudica. *¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Me he vuelto loca?*

—Perdóname, Vanesa. Yo... no sé qué hacer... me pareció una buena idea... las tres juntas... Fuera de la urbanización... nosotras... no tenemos nada... No somos nada. Pero si tú quieres, nos marcharemos. Te lo debemos todo. Ni por un momento me gustaría perjudicarte.

Vanesa también ve a Anna, que viene sonriendo, y suspira. Puede que se haya equivocado, pero ya está hecho. Su odio no debería ser para su amiga, a la que ha lanzado a los brazos de su pareja, su amo. Ella lo preparó todo. Ella la metió en su cama. Su odio, el único que debería tener, debe guardarlo para el hombre que quiere hacerla daño, por si vuelve algún día.

—Soy yo la que debe disculparse. Yo... he sentido miedo, Emma. Lo siento.

El gran encuentro

Se ha levantado frío. Enzo abre el coche y saca un jersey fino. Es friolero cuando hace frío y caluroso cuando el sol arremete. Se ha acostumbrado a esta extraña desigualdad. La lleva con indiferencia. Le da igual que haga frío o calor. Se mostrará impasible, utilizando, eso sí, las armas que tenga en sus manos: en verano apenas llevará ropa y en invierno se abrigará. Pero no se quejará ni dejará de exponerse al sol o a las inclemencias malvadas del invierno.

El olor a mar no es tan agradable como en lo alto de la montaña. Solo los agradables aromas llegan hasta las terrazas de la urbanización más secreta del mundo. Resulta soñador aspirar el aire cuando este trae consigo esa mezcla de mar y vegetación. Es fácil sentir a través del olfato que huele y del tacto que siente. A veces, incluso, en los días de otoño e invierno en los que el viento del sur sopla fuerte, Enzo abre la boca y saborea las gotas de agua a través del gusto. Una experiencia única. Sin embargo, ahora, entre cajones gigantescos, barcos anclados y olor a pescado y enorme humedad, Enzo no tiene ganas de olfatear, tocar ni saborear nada. El mar puede resultar tan admirado y sentido como sucio e ingrato.

Del maletero saca el fusil de francotirador. Lo hace con desgana. Estas cosas hace tiempo que le cansan: no halla motivación. Atrás quedaron sus años hinchados de pasión, romanticismo e idealismo. Bandas, crímenes, sexo, dinero... el currículum ejemplar que ningún padre querría para su hijo. Sin embargo, a Enzo ya todo le aburre desde hace tiempo. Donde años atrás encontraba excitación, lealtad, metas y sentido para vivir; hoy, encuentra aburrimiento, traición y acciones que le desgarran el corazón poco a poco.

Tras caminar doscientos metros y alejarse del vehículo, trepa hasta unos contenedores situados en una esquina sucia del muelle. Son contenedores aislados, abandonados: alguna empresa quebró y quedaron ahí, vacíos, sin

interés para nadie. Enzo llega hasta lo alto, coloca las patas del arma y se tumba para observar a través de la mira telescópica. A lo lejos, después de buscar concienzudamente, localiza a su grupo. El presidente de *la urbanización*, Andrey Gólubev, uno de los tipos mejor conectados y más peligrosos del mundo. Está escoltado por una docena de sus hombres, entre ellos, justo a su lado, Sasha. Enzo apunta a este último con la mira telescópica. Matarlo no le costaría nada. Solo apretar el gatillo y bum... su cabeza quedaría destrozada y su sangre derramada. Quizás, por eso, Sasha no para de moverse, nervioso. Enciende y apaga cigarrillos, comprueba la pistola o mira para uno y otro lado. La idea de que su vida esté en manos de Enzo, el mejor de todos ellos con el fúsil de francotirador, contradictoriamente, no es la mejor de las garantías. Su rivalidad es conocida. Nunca se llevaron bien. Enzo es el favorito de Andrey, se rumorea que el sicario le salvó la vida a su paso por Italia, cuando tuvo que huir de Rusia.

Sasha lleva menos años a su lado, pero fue recomendado desde Rusia por uno de los más importantes contactos de Andrey y, enseguida, demostró su ambición y crueldad, rasgos que le han ascendido rápidamente hasta convertirse en uno de los hombres cercanos al presidente de *la urbanización*. Si Enzo es su mano derecha, Sasha es la izquierda. Ambos asesinos, pero tan distintos...

Dos coches giran la esquina del muelle, alumbrando con sus faros la oscuridad permanente. Enzo repasa el puerto. No hay un alma en los alrededores. Los guardias nocturnos se han cuidado de desaparecer ante el aviso y el pequeño soborno. Es mejor coger algo de dinero y darse una vuelta: como mucho se podría perder el trabajo, pero se conservaría la vida.

Repasa también los barcos anclados. Enzo es previsor. Por eso Andrey confía tanto en él. Hay mucha oscuridad. Si se ha ocultado un francotirador durante la tarde no podrá descubrirlo hasta que haya disparado, entonces, será tarde. Alguien habrá caído, puede que su jefe. Enzo se confía a su instinto y a la suerte. Espera que todo vaya bien, que el rival de Andrey Gólubev no haya

preparado una traición. Sería de locos...

Los coches paran cerca del grupo que protege Enzo. Impacientes, todos esperan que aparezca la figura temida de Alexey Vorobiov, al que muchos apodan como el oso de Kadykchan, una región minera y peligrosa de su país natal.

Enzo busca primero la silueta de Liosha. Quiere cerciorarse de que se muestra tranquilo y pasivo. Si hay lío será este el que lo empiece, su hombre de armas. Un tipo peculiar, callado, discreto, siempre atento, de poco carácter en apariencia, pero Enzo le considera más listo que el hambre, ladino y peligroso como el que más.

El oso de Kadykchan y el presidente de *la urbanización* no dudan en abrazarse amistosamente. Buena señal. En principio, no hay razones para comenzar una guerra. Últimamente, ambos bandos han respetado los acuerdos. Que nadie se engañe. Se odian, se aman, se repelen. Se admiran hasta la muerte. Multimillonarios, asesinos, hombres sin escrúpulos, depredadores de la estepa. Sus vistas alcanzan a todas partes, sus ambiciones no encuentran barreras, aman y odian la rivalidad. La aman porque les da juego, la odian porque ansían destruirla.

El encuentro transcurre sin problemas. Los sicarios y guardaespaldas de uno y otro lado se destensan a medida que los dos jefes hablan. Sasha y Liosha no paran de mirarse. Se retan y desafían en silencio, pero nada fuera de lo normal. Son como perros de presa, podrían insultarse y ladrar, pero ninguno hará nada mientras sus jefes no suelten las correas.

Enzo permanece tenso hasta el final. Ha aprendido a ser enemigo de la calma y no se fía ni de su sombra. A pesar de que puede escuchar la conversación de los dos mandamases —él es el único conectado por un sistema de escucha a su jefe, por si las cosas se ponen feas y debe disparar—, no acaba de relajarse. Lo hará cuando se hayan ido, cuando estén dentro de los muros de la urbanización, el único lugar por ahora impenetrable para Alexey Vorobiov y sus mercenarios. Incluso estando detrás de los muros, puede que no

termine de relajarse. Le cuesta mucho, cada vez más.

La conversación llega a su final. El presidente de *la urbanización* y el oso de Kadykchan dan los asuntos por zanjados. Todo ok. Hasta que Alexey menciona un tema aparentemente irrelevante...

—Estas son sus fotos. Esas dos chicas me pertenecen. Sé que, a veces, acogéis putas. Si por casualidad llegan hasta vuestra... “urbanización”, espero que me sean entregadas. Es una cuestión de honor. Nada importante... Son solo dos putas más.

Andrey Gólubev coge las dos fotografías. Ni siquiera las mira. Es una pequeña provocación. Se las guarda en la chaqueta y abre los brazos para un último abrazo de despedida. Percibe la incomodidad y tensión en el cuerpo de Alexey en cuanto se juntan. El asunto de las dos chicas debe hincharle bastante las pelotas. No es extraño que haya una petición de este tipo. Prostitutas extorsionadas y esclavas sexuales que huyen, familiares de algún asesinado que intentan escapar, ajustes de cuentas... Sin embargo, la forma en que Alexey lo pide, tan distante, restándole importancia, pero exigiéndolo...

Enzo, subido en lo alto del gran *container*, siente un malestar. Algo no le gusta de todo aquello...

La mansión

Pintada de color crema, blanco sucio dirían algunos. Un tejadillo de madera en lo más alto. Es una terraza que el presidente de *la urbanización* utiliza como solárium. No tanto para él como para sus chicas, las dos jóvenes que forman parte de su minúsculo harem. Ociosas, pasan el día inventando formas de vivir la vida o, al menos, de matar el tiempo. Su única función: dar placer al amo y señor de los dominios que encierran los muros de la urbanización.

El diseño de la mansión es caprichoso y singular. Habitaciones en la terraza superior, junto al solárium, habitaciones lujosas en la segunda planta y salas de ocio en la inferior. Líneas, círculos, rectángulos, tejados, ventanas, terrazas, habitaciones desde las cuales se llega a avistar el mar... El césped parte desde la planta baja, allí donde acaban las columnas. Una piscina alargada recorre metros de jardín. Después, bosque, como en toda la urbanización.

Enzo mira el edificio pensativo. No envidia a su jefe. Él no querría esta casa. La suya ya le resulta demasiado grande. Infinita. ¿Para qué tanto?, se pregunta. Recuerda sus pocos años en Rusia, su país natal, el país de su padre. Apenas era un crío y queda poco que recordar. Era pobre, difícil de olvidar. Frío, qué fácil es recordar el frío, aunque ahora el recuerdo no pueda hacerle daño de tan indiferente que se ha vuelto. Pobreza, frío y hambre. Le sonaban las tripas cuando tenía el estómago vacío. Salía con el tirachinas a cazar. Valía cualquier cosa. Incluso ratas. No se hacen ascos cuando el cuerpo sufre, cuando una madre no puede levantarse de la cama porque no tiene fuerzas o un padre solo traga alcohol porque es la única forma de morir con dignidad.

Cómo llegó a Italia, el país de su madre, es una aventura que Enzo no contó a nadie. Rusia solo le traía penas. Fue fácil desarraigarse y salir a volar una vez que sus padres fallecieron. En Nápoles lo llamaban el ruso. Con doce

años ya hacía recados para la mafia. Con catorce, los de su edad le tenían miedo. No había cumplido la mayoría de edad cuando se contaba que al ruso era mejor no molestarlo, que entraba por las noches en las casas de sus enemigos y degollaba a familias enteras. Su existencia era casi como la de un fantasma. Existía sin existir. Después, el destino cruzó su camino con Andrey Gólubev y ambos terminaron en el sur de España, donde Andrey fundó “la urbanización”.

Enzo, mirando el edificio y recordando todo lo que ha tenido que hacer en el camino, se cuestiona si ha valido la pena. Robos, drogas, palizas, falsificaciones, asesinatos, bandas rivales... Quiere suponer que sí. Es muy posible que si no hubiera sido quien es, habría acabado muerto por el hambre o el frío, como muchos niños de Rusia. Nunca tuvo otra oportunidad, solo la que le brindó la vida, la que escogió seguir. Este camino de ilegalidad y pistolas.

La piscina está muy limpia. Ni una sola hoja caída en el agua. El césped, recién cortado. El edificio, impoluto, pintado todos los años sin excepción. No se permite una mácula. La urbanización es un engaño. Todo se presenta puro a los ojos de quien mira. Los mafiosos se han acostumbrado a encubrir sus vidas.

Enzo recorre el césped bordeando la piscina. En la terraza del medio, apoyándose en la baranda de piedra, distingue la figura de una de las mujeres que entretienen a Andrey, Tatiana. Se coloca provocativa. Ha salido afuera en bañador, aunque el tiempo no esté para baños. Un chal cubre sus hombros, un sombrero grande y de aspecto elegante su cabeza, las gafas de sol tapan sus ojos.

—Hola Enzo, no te dejas ver mucho últimamente —pronuncia sin apenas levantar la voz. El jardín es un nido de silencio y relajación. Nada molesta la vida del presidente de *la urbanización*.

Enzo agita la mano suavemente pero, enseguida, ignora a la mujer y se introduce en el salón en cuanto alcanza las cristaleras abiertas. Siempre es

bueno llevarse bien con las novias del jefe, por si acaso, aunque sin exagerar ni profundizar en la relación. Aunque Andrey Gólubev es un misógino declarado, Enzo cree que toda mujer ejerce poder sobre el hombre al que satisface.

El salón es enorme. Podría utilizarse como sala de un trono. Al fin y al cabo, Andrey es el rey de su parcela de terreno, de todo lo que hay dentro de los muros de la urbanización.

Dos sofás gigantescos ocupan el centro, tapando un precioso dibujo de extrañas figuras geométricas. Entre ambos sofás, ambos iguales, marrones con cojines tapizados más claros, hay una mesa redonda, baja, no especialmente grande. Sostiene un florero precioso repleto ahora de flores rosas. Intactas, en su máxima belleza. Hay dos sillones con forma de silla. Una imitación que produce mayor comodidad gracias a los acolchados. No puede faltar la chimenea, espectacular. Y la lámpara digna del palacio de un zar.

Enzo evita el piano de cola blanco y un par de macetas y jarrones que se colocan premeditadamente sobre los dibujos zigzagueantes del suelo. Se para en una vitrina de madera noble. Dentro, se exponen minerales que su dueño ha obtenido de medio mundo. Está ese ópalo naranja en cuyo interior parece estar sucediendo una tormenta de fuego. Este otro azul en el que Enzo juraría que hay un océano de vida, un microcosmos que vive aparte del planeta. Otro negro con rayos azules, extrañísimo. También hay un trozo de bismuto que parece un museo de arte moderno, de lo complejo que es. Un fósil. La amatista, que cualquiera juraría que representa el universo con su oscuridad y sus luces. Hay muchos más, una colección de minerales de colores brillantes. Piedras grandes y valiosas que el millonario ha reunido por capricho, para contemplar cuando le apetezca, para mostrar a sus compañeros y alardear de su belleza.

Se oyen pasos. Enzo no se inmuta. Por la puerta de doble hoja, abierta, aparece Emma. Sola. Está asustada. El ruso-italiano puede olerlo aunque la mujer mantiene una mirada orgullosa, con la cabeza bien alta. El cabrón de

Sasha no ha tenido siquiera la dignidad y valor de acompañarla. La ha soltado como quien abandona un perro. *Ahí te quedas, pringada, apáñatelas como puedas*, habrá pensado al ver como salía temblando del coche.

—Puedes sentarte, si quieres —apunta hacia los sofás.

Emma, al principio, se queda de pie, desafiante. Clava sus ojos en el hombre. Lo recuerda de la fiesta. Lo pilló hablando con Anna.

Lleva pantalones elegantes, camisa suave, americana azul. Su mirada es profunda, tan desafiante o más que la suya, recelosa, poco amable. Se ha dejado barba de varios días. Tiene el cutis recio y Emma adivina que no es millonario de nacimiento. *Este hombre se ha ganado su puesto*, imagina. Le produce nervios, le molesta, no sabe si es su atractivo o su indiferencia. O ambas cosas.

Emma asiente y camina por el suelo de diseño. Sus botas resuenan y producen eco en el enorme salón que en altura ocupa dos plantas. Enzo no deja de observarla. Quisiera evitarlo, lo intenta, mas no puede. Está radiante a pesar de las circunstancias, de las complicaciones que la acechan. Viste un jersey-vestido muy ceñido de manga larga, de tejido de punto, que tapa poca pierna y con un detalle curioso a la espalda imitando un corsé. El color rosa la favorece. Tanto como esa mirada orgullosa pero resignada. Fuerte pero sumisa. Por un segundo, Enzo sueña con acercarse, pegarse a su cuerpo, bajarle la cremallera de la espalda y hacerla suya en el sofá. Siente la erección, el subidón en su interior, un fuego que le arde. Puede recordar la pobreza, el frío, el hambre, pero jamás le había pasado algo igual, que su alma se asomase a un abismo de perdición convocado por el sexo.

Ella lo mira mientras se sienta... Enzo nota el sudor, el calor de su interior. Es como si hubiesen encendido una hoguera en el centro de su cuerpo. Sus pestañas largas, sus ojos interrogantes, sus pupilas elaboradas en una fábrica de chocolate. *¿Es este el hechizo en el que caen todos los hombres? ¿Por qué hasta ahora fue inmune y, ahora, tan de repente, su cuerpo le pide sexo con esta mujer?* Se oyen nuevos pasos. Enzo vuelve en sí. Su mirada

tensa... sus rasgos deformados... como un cristal que se rompe.

Arriba, desde un lateral, asoma el rostro explorador de Andrey Gólubev. Es bastante más mayor que Enzo pero se conserva estupendamente. Nadie acertaría su edad. El deporte y la alimentación conservan sus músculos y su piel. Hay quien le echa veinte años menos.

Desciende la escalera despacio, sin dejar de vigilar el salón, donde sabe que lo esperan. Tanto Emma como Enzo se distraen observándolo. Durante un instante, las miradas van de un lado a otro, formándose un triángulo lleno de misterio e interrogantes. Sobre todo para Emma, que se pregunta quién es quién en este juego. Sin duda, el tipo que baja por las escaleras, con ese aire dominante, debe de ser el gran jefe, el tipo al que nadie tose en la urbanización, quien realmente toma las decisiones.

—Bienvenida Emma —pronuncia Andrey en cuanto pisa el salón.

Se muestra caballeroso. Coge su mano y la besa. Enzo se sorprende, estos gestos chapados a la antigua no son propios de él. Algo trama el viejo...

—¿Te gusta nuestra urbanización? —pregunta arqueando las cejas y sabiendo cuál es la respuesta. A todo el mundo le gusta. La urbanización que fundó de la nada es un paraíso terrenal—. ¿Has hecho algunos amigos ya?

Emma asiente repetidamente. El tipo tiene un acento ruso muy ligero. Debió de llegar a España mucho tiempo atrás.

—Nos encanta tenerte aquí, Emma.

—Tengo una hija...

—Sí, sí, lo sé... Estoy informado —comenta mostrando una sonrisa franca—. Nos encanta teneros a las dos con nosotros, ¿verdad, Enzo?

El otro emite un sonido indiferente al que su jefe no presta atención, una especie de “*psss*” que intimida a la mujer: Enzo provoca que se sienta vulnerable.

Él deja su posición apartada para acercarse al sofá. Se sienta en un lado, cerca de su jefe y diagonal a Emma, y apoya la cabeza en un puño, pensativo, como si esta conversación no fuera con él.

—¿Sabes quién soy? —interroga el presidente con soberbia. También apostaría la respuesta.

—Sí, Sasha me explicó.

—¿Y te explicó cómo funciona *la urbanización*? Tenemos unas normas muy estrictas...

—Me las explicó Vanesa la noche de la fiesta.

—Ah, Vanesa, sí... Buena chica, se adaptó rápido... Enzo la trajo a la urbanización —comenta de pasada. Es un detalle que ha recordado de repente, sin mayor importancia—. Bien, entonces tengo pocas cosas que contarte... Solo que hay un pequeño problema... Alexey Vorobiov te reclama y Sasha no puede protegerte.

A Emma se le hiela la sangre. Está cerca de vomitar en estos suelos preciosos, en los cojines suaves, en la tapicería exclusiva. Lo que ha tenido que hacer para llegar hasta aquí... Huir, dejarse violar por Sergey, mentir, follar con Sasha... Todo para nada, para ser expulsada de la urbanización a las primeras de cambio, en cuanto Vorobiov la reclamó. Todo lo que le habían contado de *la urbanización*, entonces, era mentira... Aquí no está a salvo.

—Enzo, ¿qué pasará si Emma y su hija se quedan con nosotros?

—Creo que a Alexey no le gustará.

—¿Tendremos problemas?

—Seguramente —afirma Enzo buscando las pupilas asustadas de la mujer. A continuación, habla en ruso—: Si queremos que continúe la paz, deberíamos entregarla.

Andrey sonríe burlón y deja la conversación con su lugarteniente para centrarse en la bella mujer.

—¿Te gustaría quedarte en la urbanización, Emma?

Qué pregunta. Pues claro. ¿Este viejo se ha vuelto loco?, ¿quiere burlarse? Tiene una hija a la que proteger. Vorobiov destruiría su vida. La de ambas. Las haría sufrir hasta el infinito por culpa de Pedro. ¡Maldito Pedro! Cobarde, ruin... Maldice el día que lo conoció... Cuántas veces lo ha hecho...

cuántas veces... pero de nada sirve... el pasado es inamovible. Fue ella la que se equivocó, la que se dejó engañar. Anna, al menos, es el mejor de los regalos. No todo ha sido remover fango.

—Haré lo que haga falta —pronuncia en ruso, levantándose. Su cuerpo eclipsa las mil maravillas del salón.

—Bien, entonces no hay más que hablar —dice él también en su idioma natal, antes de volver al español para concluir—: Ambas os mudareis a mi casa. Tu hija y tú. Yo os protegeré.

Emma siente un alivio enorme... seguido de un gran escalofrío. Están a salvo... Sin embargo, cada paso le cuesta algo de energía y vida. Su alma se va a consumir salvando la de su hija... y, además, está esa mirada confundida y desconfiada. La mirada de Enzo.

La casa de Enzo

Anna lleva puesto el top con tirantes y volantes, en color blanco, con un estampado en letras doradas que habla de amor y posesión. Fue la primera prenda que escogió en la boutique, junto al short vaquero deshilachado. Camina de manera inocente, como si su cuerpo todavía no se hubiese enterado de su potencial. No es consciente del poder que ya tienen sus piernas. No sabe usarlo. Estas, al aire, bañadas por los rayos de sol, son una diana para los adolescentes, que no pueden dejar de observarlas al verlas pasar. Y si Anna modificara su caminar, si dejase de andar como una adolescente que no ha vivido la vida, también la mirarían los hombres. De hecho, algunos ya lo hacen. Son los primeros síntomas de su florecimiento. Anna está destinada a ser una flor hermosa si nadie la estropea en el camino.

Sus pasos no son del todo seguros. Se está acostumbrando a esto, a caminar sola por la urbanización y sus bosques. Se respira un ambiente tranquilo y controlado. Incluso le gustó el pueblo que existe cerca, fuera de los muros, tan hermoso, rústico y singular, donde fue con Vanesa. No se resiste a salir al exterior si es acompañada. Tiene miedo, no irá a los bosques solitarios a correr con Vanesa, pero no tanto como para encerrarse como una prisionera. Al cabo, su corazón está lleno de huida. Quiere alejarse de todo, escapar de forma continua. Es un pájaro que necesita volar tarde o temprano aunque donde mejor se esté sea en la jaula, entre estos muros secretos.

La noche está cerca de caer. En poco más de una hora no se verá nada más que lo iluminado por las lámparas. Anna no conoce esta callecita bellísima, de estilo clásico, centroeuropeo, aunque con un ambiente artificial. Es una hilera de casas modernas construidas con detalles de otra época. Una trampa visual. La callecita recorre la hilera, sus patios externos que se miran entre ellos. Son pequeños porches ajardinados, con bancos, mesas y otros asientos. Plantas y flores. Muchas flores. Como en los paisajes primaverales

de los países alpinos: montañas verdes, césped indomable, flores por doquier, senderos de tierra que trepan hacia lo alto, picos que derriten su nieve... Anna es una soñadora. Qué remedio. No tuvo otra elección. Es su única esperanza, pensar en un mundo mejor, situarse en sitios en los que no está, pero que sabe que existen por las imágenes que han caído en sus manos. Como las postales. Adora las postales. Se ha imaginado más de una vez recorriendo el mundo, comprando postales, escribiendo en sus dorsos y enviándoselas a su madre, que viviría feliz en otro lugar, junto a un hombre que la quisiera. Emma lo merece y Anna no se resiste a soñarlo.

Los porches están iluminados tenuemente. Las plantas superiores de las casas no. A lo lejos, en lo alto, la montaña se va oscureciendo, captando solo su pico los últimos rayos de sol que deja pasar la cordillera. La montaña se hace una sombra, un ser misterioso que no se define en un bando. Anna se pregunta si es su amiga o su enemiga, su delatora o protectora, o solo es un ser neutro que apenas vigila la vida de los seres humanos.

Avanza unos pasos y, golpeada por un estremecimiento, una sensación de liviandad, tiembla y siente la necesidad de sentarse. Se deja caer en un banco, bajo uno de los porches. Se sostiene la cabeza, cierra los ojos, respira. El mundo se le hace grande y ella es tan pequeña... Tarda un rato en levantar la cabeza. Nada a su alrededor. No hay un alma en la callecita. Unos metros más allá, un alma cruza errante en una intersección. Anna lo reconoce. Es una señal. Lo intuye. Así lo siente. Se levanta veloz, aferrándose a un tabique de madera decorativo. Se marea suavemente, de manera dulce. No debería haberse levantado tan deprisa.

Recompuesta, trota hacia la intersección de caminos. La callecita es atravesada en cruz. ¡Qué hermoso lugar!, piensa la hija de Emma. Es como un sueño. Todo parece irreal. ¡Hasta los pájaros que se reúnen como locos al atardecer! Se ha dormido, eso es, está completamente dormida, sobre su cama de chica pobre. Los últimos días no han sucedido. La traición de Pedro Heredia, la huida rápida, la persecución de Sergey Ivanov, la obsesión de

Vorobiov, el interior de estos muros llenos de fantasía... y él, esa alma enigmática que navega por la existencia como un fantasma. ¡Si apenas pone los pies en el suelo!

Gira en la calle, hacia donde ha visto escapar su reflejo. Aún es de día, pero tiene la sensación de que se adormece y se adentra en calles de penumbra, sin retorno. Mas quiere ir, lo desea, busca respuestas, una losa suelta en la celda, una razón para escapar. Trota detrás de la estela del único hombre interesante que hay sobre la faz del planeta. A lo lejos, su cuerpo camina entre jardines que Anna no distingue si los pone su mente, para adornar este instante, o los trabajó un grupo de jardineros. El jardín es real, igual que el ocaso que acompaña sus pasos. La neblina y el exceso de colorido sí son un adorno que construye la mente de la adolescente. Un tubo hermoso, un camino épico que la conduce hacia ese hombre realmente desconocido.

Anna se para en un pequeño sendero de piedra, entre arbustos enormes. Los árboles crecen tras estos, después, las montañas o el horizonte lejano que se pierde en el mar. Se maldice por haber caminado menos rápido que él. El sendero se bifurca entre la vegetación y Anna no se decide hacia dónde tirar. Cada camino lleva a un destino. Uno con él, otro sin él. Uno aderezado de intriga, otro soso y cruel. Uno de esperanza y huida, otro es un pozo sin fondo en el que no tiene intención de caer. Anna toma la decisión sin razonamiento, dejándose guiar por el azar. Intuye que pensando demasiado, terminará por fallar. Al fin y al cabo, la pasividad ante el paso del tiempo es una enemiga con la que no quiere colaborar.

Ahí está él. Metros más adelante. Caminando como si la vida no fuera con él. Anna envidia su seguridad, la certeza de su existencia frente a un mundo complejo y deshumanizado. Puede notarlo mientras anda. Enzo no tiene miedo de nada. Podrían pegarle un tiro ahí mismo que solo diría: “Qué putada”. No suplicaría, *¿para qué suplicar?* Sería su victoria ante una civilización salvaje y vanidosa, su falta de interés por continuar sin dignidad.

Anna se monta estas películas y otras muchas en su imaginación mientras

vigila a distancia su cuerpo al moverse. Ante un gesto del hombre, ella se esconde tras un árbol. Él mira hacia atrás, ella se cuestiona su estupidez, ¿Qué está haciendo? ¿Por qué lo persigue? ¿Por qué se esconde? ¿De qué tiene miedo o qué pretende descubrir? Enzo camina de nuevo hacia un lugar apartado. Anna detrás. Cruza una calzada desierta, los apagados rayos de sol, ya sin fiereza, se agarran a las piedrecitas, resistiéndose a abandonar el día. Se desgarran las uñas en el asfalto, ni siquiera el sol puede nada contra el Universo. La noche debe llegar a su hora.

Anna contempla la casa en la que se introduce Enzo. No es como se esperaba. Ni siquiera sabe qué esperaba, pero esto no es. Imaginaba, quizás, una casita coqueta y diminuta, rodeada de árboles frutales y un arreglado jardín. Pintada de azul claro, con tres ventanas grandes en la fachada y un porche blanco e idílico. Rosas rodeando las paredes y un sendero limpio, protegido por macetas, que lleve hasta el hogar. Desde el porche, Enzo pasaría horas sentado en una mecedora, contemplando un cerezo cercano florecer.

La casa real, la que no había imaginado Anna, es un amplio chalet, una pequeña mansión. La puerta del garaje es lo primero que se ve. Grande y alargada. No hay porche, ni mecedora ni cerezo. La entrada está oscurecida por un acceso estrecho y cerrado. Las ventanas —Anna cuenta más de tres, al menos ocho— están oscurecidas, como si ocultasen el mundo particular de Enzo del exterior. Los tejados son triángulos de tejas y las paredes no están pintadas de azul, sino de un color especial y extraño, como si hubiesen esparcido piel humana y luego frotado aceitunas. Y en lugar de rosas, unas plantas recias de verde intenso rodean el edificio. Además, muchos árboles, como si entre todos se fuesen a comer la vivienda.

No es ni mucho menos lo que esperaba Anna, y, de entrada, siente una decepción, como si fuera consciente de la idealización de Enzo. No obstante, apenas le dura unos instantes. La inquietud crece, el misterio también. ¿Por qué Enzo se esconde en ese hogar? Se intensifican sus deseos de averiguar todo sobre él. Le arde el pecho. Crece la curiosidad.

Cruza la calzada furtivamente y se echa a un lado del edificio. Pisa sobre las plantas cuya belleza no capta y observa a través de las ventanas. El interior de la casa descubre un clasicismo minimalista, nada snob. Simplemente, Enzo tiene gusto por lo antiguo, pero no llena los huecos como una urraca. Anna prosigue su andanza y llega hasta la parte de atrás. Se asoma por la ventana. Un salón precioso. Vigas de madera en el techo, sofá blanco, sillas clásicas, mesita, una tetera sin recoger, un escritorio donde escribir. Ni rastro de Enzo. Anna sigue a la ventana contigua. Hay un dormitorio detrás. Las paredes son blancas, la cama enorme, ¿Será donde se acuesta Enzo? La adolescente tiembla. Es el momento de irse... pero Anna no se va. Se dirige a la puerta que tiene cerca, la que lleva de la casa al jardín privado, donde se construyó una piscina entre dos fuentes para disfrute del dueño. Anna sabe que aquí casi nadie cierra las puertas. Gira el pomo temblando de miedo e interés. La puerta cede y un pasillo se hace realidad. La respiración de Anna se intensifica. Da unos pasos por la casa, valiente, con el oído puesto en cualquier sonido. De repente, la puerta se cierra a su espalda. Anna, sobresaltada, se da la vuelta con rapidez. Enzo está de pie, en la pared, con el pantalón del traje y una camisa blanca medio desabrochada, sosteniendo un machete gigantesco con dientes más grandes que los de un cocodrilo. La adolescente se desmaya...

Emma y el presidente

Emma bucea. El agua está limpiísima. Las figuras geométricas del suelo pueden tocarse con la vista. Aunque la tensión no la abandona desde hace años, por primera vez, siente cierta relajación. Pedro Heredia ya no puede hacerle más daño, no puede putearla más, y, por ahora, Alexey Vorobiov, conocido como el oso de Kadykchan, no puede traspasar los muros de la urbanización. Si el cabrón de Sasha no puede protegerlas, el presidente de *la urbanización*, Andrey Gólubev, el único capaz de toser al oso, lo hará.

Emma saca la cabeza. Se encuentra en la piscina interior de la mansión de Andrey, su nueva morada, su escondite, que no su hogar. Ha compartido la piscina durante una hora con las otras dos mujeres del presidente, pero ambas han desaparecido mientras buceaba. Emma, sorprendida, se queda sola en mitad de la piscina. Nada suavemente a braza, mirando alrededor. Las dos jóvenes están de muy buen ver, ambas de Europa del este, esbeltas, con buenos pechos, ojos verdes y cabellos claros. No la han acogido con gracia, pero tampoco con rechazo. Son competencia, que no enemigas. Y en la competencia forjan su amistad. Falta ver si Emma es un capricho de unos días o Andrey la mantendrá por un periodo largo de tiempo, como a ellas dos, que llevan más de un año con el hombre más poderoso que hay entre estos muros secretos.

En el exterior del edificio, tras la enorme cristalera que da al jardín oeste, ya ha caído la oscuridad. Emma tiembla al pensar en los peligros que esperan ahí fuera, más allá de las paredes que las acogen. Odia ser un pájaro enjaulado, e intuye que Anna se siente igual, pero, al menos, hasta ahora, han logrado sobrevivir; y el alma de Anna está intacta, y así debe seguir siendo. Solo ella se venderá. Su hija aún puede aspirar a una vida mejor, sin engaños, sin culpa.

La mujer sube los escalones cómodos que llevan hasta unas mesitas y sillones acolchados. Macetas, floreros, columnas, espejos, adornos... Todo lo

que la rodea es lujo. Bebe del coctel con alcohol que el servicio ha preparado para ella. Su color rojo intenso provoca que piense en Vanesa. Su salvadora ha sentido pena y alivio cuando han anunciado su marcha. Pena, porque sabe que, en parte, las pierde. Alivio, porque podrá continuar con su vida bien preparada, esforzándose para Sasha, sin peligro de perderlo, y esperando que llegue el día en el que tenga que matar a su enemigo, el único hombre que quiere hacerle daño.

Andrey Gólubev cruza la puerta acristalada. Conserva una buena mata de pelo para su edad. *Posiblemente injertos*, piensa Emma, su nueva esclava sexual. *El dinero puede conseguirte incluso una apariencia mejor*. Andrey está algo despeinado. Ha estado practicando artes marciales con un entrenador. Aunque no sale de la urbanización sin guardaespaldas, Andrey siempre ha creído que no se debe depender de los demás, menos de gente que se te acerca por dinero. Estar en forma, saber luchar, disparar, tener agallas para vivir o morir, son cosas esenciales en su manera de ver la vida. La dependencia la deja para la mujer.

Emma intuye lo que viene ahora. Andrey solo lleva un albornoz y un bañador. Está dispuesto a probar la mercancía. No le importa que venga manoseada de Sasha. Para Andrey, esta es la función de la mujer. No concibe otra. Ni siquiera la de cocinar. Las tareas domésticas pueden ser realizadas por cualquier empleado. Para él, la mujer es sexo y solo sexo. Puro entretenimiento y placer. Un desahogo para la mente cansada.

Emma piensa por un segundo en Anna. Sabe que ha ido a dar una vuelta. Ella misma se lo sugirió, por si sucedía lo que exactamente va a suceder. Solo espera que no regrese a tiempo de verlo. Ya ha visto demasiadas cosas, y es tan joven... Además Emma está asustada, la vida entera la asusta, aunque se enfrente a ella con valor. Su hija también lo estará, aunque también finja en ocasiones. Emma no quiere que se asuste más. Su misión es protegerla.

Andrey avanza cautivador. A pesar de su edad, su cuerpo luce más que el de muchos jóvenes. La mayoría quisieran estar como él... y tener su mirada de

rottweiler: seria, fuerte y autoritaria, con carácter. Emma saluda con voz melosa y clava sus ojos en él. Si ha de hacerlo que sea cuanto antes, cuando los efectos del alcohol están en un punto adecuado y perfecto. En sus pensamientos, borra a Anna, se borra a sí misma, e intenta pensar sin lucidez, disfrutar, crear una ilusión: Andrey es el hombre de su vida, la va a proteger entre sus brazos.

La piel del ruso está enrojecida. La sesión de artes marciales ha sido intensa. Está bastante agotado, pero no perderá el placer de catar la mercancía, aunque solo sea con una corrida antes de darse un baño relajante. El día finalizará estupendo. Sin problemas, y se follará a la mujer que persigue su rival, Alexey Vorobiov. Es mejor que pisotearle la cara, es como correrse encima suya. Es poder.

Cruza una mirada brillante con la rusa. Esta lee la codicia y exaltación que transmiten sus pupilas. Andrey es peligroso, sin duda. Un tipo alejado de las emociones claras, turbio. Tendrá que satisfacerlo muy bien, llevarlo hasta la locura, darle lo que no le dan las otras novias, para que se quede prendado. Le tiemblan las piernas solo de pensarlo. Debe provocar la mayor experiencia de su vida a un hombre que habrá matado, violado y vivido entre lujo y derroches. Debe simular amar lo que no ama.

—Bueno, Emma, veo que te has adaptado enseguida a la mansión —dice paseando la mirada lujuriosa por el cuerpo semidesnudo.

Emma lleva puesto un trikini negro. Las otras dos novias le enseñaron un armario gigantesco en la planta de arriba. “*Ponte lo que quieras*”, dijeron, “*hay de todas las tallas, diseños y colores*”. Era cierto. El armario, un vestidor que ocupaba una habitación gigantesca, era algo así como entrar en el almacén de una boutique de moda. Ella escogió lo más sexy, lo que creyó que apasionaría a su protector. No se ha equivocado. El ruso contempla las curvas de Emma, tan desprotegidas, con apenas retales que tapan lo justo. Y sus labios son tan carnosos y sugerentes... Emma resulta irresistible... sobre todo cuando pone esos ojos acanelados en posición de soberbia. Dulce y

endiablada, anuncia. ¿Quién podría resistirse? Es su suerte... y también su mayor maldición.

—Espero que Anna y tú estéis cómodas y vuestras nuevas amigas Tatiana e Irina os hayan ayudado a instalaros.

—Las dos han sido muy amables, gracias, Andrey. Estaban hasta hace poco aquí conmigo, pero han desaparecido de repente —expresa haciéndose la inocente, forzando un sonrojo. Tras su aparición, apuesta a que ha sido una orden suya.

Emma respira hondo e infla el pecho disimuladamente antes de beber de su coctel. Sus pechos grandiosos ensalzan la parte superior del bañador. La mitad de ellos queda a la vista, incontenible, tan inflados y altos que Andrey nota su miembro desplazarse bajo el bañador. Ella antepone sus brazos por delante, sonriendo, mostrando su belleza, con el pelo suelto y mojado cayendo sobre la espalda, y tapándose parte de los pechos en un gesto púdico e inesperado.

—Ay, creo que me he equivocado de talla de bañador.

Andrey sonríe. Está conquistado. No solo le pone que su rival la desee, Emma enamora. Es hermosa y... deliciosa.

—Me encantas, Emma. Me alegra que estés aquí.

—Sí, también me alegro.

Emma chupa la pajita del coctel y no deja de mirar los ojos de su amo. Los de él la repasan una y otra vez, observándolo todo, excitándose sin tocar. El misterio es muchas veces mejor que la verdad. Mirar y volverse loco es tan placentero o más que tocar.

—Me encanta mirarte —confiesa.

Emma tiembla. Su mirada es segura, la de un cazador que no se irá sin su presa. Su voz es fuerte pero cálida, llena de excitación. Sus labios, ha de reconocerlo, cautivadores. Su cuerpo se adivina poderoso. Emma reflexiona, *¿cuántas mujeres volvió locas a lo largo de su vida? ¿A cuántas conquistó de joven con esa mirada intensa y esos labios dulces?*

—No pasará nada que no quieras que pase —comenta Andrey con voz suave, poco apreciable, tímida, engañosa, mientras acerca su mano a la cadera de la mujer y la mira tan de cerca que rompe con su intensidad.

Emma duda. Se acalora. *¿Será Andrey mejor persona de lo que se cuenta?* La mentira y la verdad suelen bailar en el mismo escenario. *¿Serán sus palabras ciertas?* Emma solo tiene una certeza: más le vale cumplir o se verá en la calle. Las dos. Anna y ella. Aquí, en cambio, por ahora estarán seguras, viviendo en el paraíso.

—Estás muy sexy con ese bañador —opina él ante el silencio y la duda de la mujer—. No puedo resistirme...

Andrey se arrima del todo y apoya la otra mano en la pelvis. Sus ojos bajan al pecho. Su boca tiene sed. Emma, ahora, ya no tiene dudas. Iba a tomarla de todas maneras... por las buenas o por las malas...

Con un movimiento lento, suelta las caderas de Emma, le quita el coctel de las manos y lo apoya en la mesita cercana. Después, separa los brazos de la rusa y contempla sus tetas medio tapadas como quien observa un par de joyas brillantes y valiosas. Emma siente el calor, se excita. Andrey le causa una sensación de miedo y descontrol.

—Cuánta hermosura...

El ruso sonríe y vuelve a agarrarse a las caderas contrarias. Adosa su cuerpo. Se pueden oler. El sudor, los perfumes... Emma percibe la erección bajo el bañador. Las telas apenas hacen de barrera. En un segundo en el que Emma no puede ni reaccionar, Andrey baja sus labios al cuello de la mujer. Roza, besa y muerde cual vampiro sediento de sangre... igual que hizo Sasha... Se libera la pasión. Emma reacciona. Recuerda que no se trata de ser usada como una mercancía más, como la utilizó Sasha antes de traicionarla y dejarla vendida. Tiene que darle al presidente algo más, ser la dueña de su alma, llevarlo hasta el éxtasis provocado. Ella debe mandar, no ser una más.

Emma da un paso atrás, desafiante, retadora, y pone su lengua entre sus labios. Andrey parece enfurecido, loco de atar. Pero ella coge su mano rápido

y tira de él hacia la piscina. Él, sorprendido, se deja llevar. Emma se tapa levemente los pechos medio al aire. Juega a la inocencia y al salvajismo. A la huida y a la entrega. Una contrariedad que confunde al presidente, pero que le excita más.

Andrey se libera del albornoz. Lo deja caer al suelo y vuelve a agarrar la mano. El juego funciona. No se quiere liberar. Desea ser conducido al paraíso, más allá de todo lo que conoce, de la vida aburrida en la que ya ha logrado todo y en la que su única diversión es amargar a su rival, el oso de Kadykchan.

—Quítate el bañador —susurra Emma soltando esa mano presa y desplazándose hacia el agua como una sirena, sin perderlo de vista.

Él obedece. Emma aterriza los ojos en su miembro durante un segundo breve. Está tieso como un palo y elevado como una escopeta a punto de disparar. Emma desplaza los ojos hacia su pecho y pasea la lengua por sus labios. Quiere que piense que está loca por su cuerpo.

—Quítate el bañador o te lo arranco —ordena él mientras entra en el agua climatizada, amando y adorando su propio cuerpo, soñando con tomar el de su esclava.

La rusa se desnuda. La tela negra flota y se aleja ante la amenaza.

—Eres una diosa, Emma.

Se echa encima. Agarra sus cabellos, chupa una de sus orejas, le lame exageradamente el cuello. Emma se zafa utilizando una fuerza inesperada y salvaje, agarra su miembro y se da la vuelta, ofreciendo su espalda, la que también volvía loca a su marido... y a tantos hombres que la miraban al pasar por la calle. Él gime de placer. Roza su erección contra las nalgas de la esclava. Podría eyacular solo con mirar sus carnes, sus curvas prodigiosas esculpidas en el más afamado de los talleres.

—Me vuelves loco, Emma.

Ella se da la vuelta de nuevo. No va a dejar que se calme. Lo va a excitar de continuo. Mirándole a los ojos, abiertos como platos, sensuales, eróticos, desafiantes, perversos, agarra sus testículos y los masajea. Él casi grita. Abre

la boca. Ella, flotando en el agua, se eleva a horcajadas y aprovecha para coger el pene e introducirse con suavidad, haciéndole sufrir de placer. Los gemidos rebotan contra la superficie del agua.

—Muévete, nena... Emma...

Ella agita su cuerpo suavemente, a ritmo, de arriba abajo, de lado a lado. El pene de su nuevo amante está frenético, ansioso de explotar. Pero Emma sabe que el mayor placer está en aguantar un poco más para luego hacerlo explotar.

Andrey coge a Emma de las nalgas. Su mirada es de súplica, de amor, de sexo. Está en otro planeta, en un lugar remoto, en la dimensión que solo alcanzan unos pocos... y pocas veces. Es la sobreexcitación. Emma lo revoluciona.

Echa hacia atrás su cabeza. Sin soltarse del maravilloso cuerpo de la madre de Anna. Suelta un gemido largo que emana desde lo más profundo de su ser. El placer es interminable.

—¡Por Dios! —exclama en ruso, un idioma que no le gusta utilizar especialmente. Pero es que hoy... es como si hubiera vuelto a nacer. Pasado y presente se funden.

Emma aumenta la cadencia. Sus movimientos son muy salvajes. Buscan el final. La explosión. El estremecimiento. El mundo gira lento, ellos se mueven rápido. Andrey está a un segundo de reventar... Emma frena. Sus ojos se abren y su boca se abre con malicia. Se mueve despacio. Él, su cara desencajada, prosigue dentro de una dimensión desconocida, dejándose hacer. Emma vuelve a acrecentar el ritmo. Las embestidas llevan a Andrey al borde de la vida y la muerte, a un lugar y momento donde nada importa.

—No pares, Emma... —logra decir, aunque apenas se le entiende.

Emma no va a parar. El miedo, la tensión, la necesidad de sexo, el control de los movimientos y su salvajismo inusual la han excitado. También quiere desprenderse de una carga que la aprisiona, que pide fugarse.

Andrey se agarra con fuerza al culo de Emma. Incrusta sus uñas en la

carne. Le tiemblan los dedos. Le tiembla todo... desde hace rato.

—¿Te gusta? —interroga Emma sin parar, sintiendo la fricción intensa.

Andrey no puede responder. La voz dominante de la mujer ya es el summum. Revienta. Explosiona. Se corre. El orgasmo brota en forma de grito desgarrador. Placer y dolor se juntan. La vida entera en un instante. Una sensación inenarrable.

Emma apura un poco más. No se va a quedar sin su premio. Ella también lo necesita... y está tan cerca. Andrey la mira con ojos brillantes. Ella echa su cabeza hacia atrás y abre la boca desmedidamente. Es su turno. Antes de que la erección del ruso baje del todo. La fricción da resultado. Su cuerpo se sacude. Se estremece. Se agota... Se funde con la superficie del agua. Emma extiende sus brazos. Observa el techo sin apenas verlo. Flota con sus piernas agarradas a las caderas de Andrey. Este la contempla sin soltarla. Comienza a caminar, llevándola hacia el exterior de la piscina. Emma apenas siente. Sus músculos se han relajado. Andrey se aferra a ella. La besa. Ella corresponde. Ahora podría hacer cualquier cosa. El ruso sube las escaleras de la piscina y coloca a Emma en el suelo, tumbada. La vuelve a besar, echado sobre ella. Emma no puede evitar la comparación: Andrey es más autoritario y amenazador, pero, a la vez, inesperadamente, más dulce que Sasha.

—Ha sido increíble —susurra mirándola y acariciando sus cabellos.

Tarda un par de minutos en levantarse. Cuando ya no tiene semen que expulsar, su rostro cambia. Vuelve a mostrar su mirada cínica y déspota. Se agarra el pene, apunta hacia la mujer, todavía tumbada, y comienza a orinar, mojándola ante su sorpresa y terror. Ella, sin embargo, no hace nada. No se inmuta. No intenta siquiera evitar la desagradable meada. Se queda muda, tragándose sus palabras, ladeándose, procurando, al menos, que la orina no penetre en su boca, nariz y ojos. Él la mea por todo el cuerpo. La marca como suya de esta manera tan cerda e irrespetuosa...

Cuando termina, se pone el albornoz y se marcha a paso lento. Emma se queda allí, tirada en los azulejos, ocultando sus lágrimas entre sus cabellos.

Por un breve instante, de verdad creyó que su vida había cambiado del todo. Ahora, en esta nueva soledad, se siente ultrajada, violada, utilizada nuevamente. No es más que una perra, una mascota para Andrey. Ha tardado en comprenderlo, aun sabiéndolo.

Siente el contacto de una mano suave y femenina. No es el ruso, volviendo para disculparse. Emma no caerá en esta trampa. Ya lo ha calado. No volverá a construir esperanzas vanas que puedan destruirla. *¿Eres tú, Anna?*, se pregunta sin pronunciarlo. Está avergonzada, roto su orgullo, meada, asustada tanto como resignada. Se da la vuelta. Es Irina, una de las novias de Andrey. Su bello rostro refleja pena y benevolencia. Emma comprende que ha pasado por lo mismo. Pierde la vergüenza. Irina no la juzga.

—Lo hace casi siempre —informa Irina encogiéndose de hombros, con una voz que pretende esconder su profunda tristeza—. Terminas acostumbrándote. Al final, lo que se gana vale la pena.

Emma asiente, se levanta y, ruborizada, acepta la toalla que le tiende Irina. Esta se marcha despacio, dudando, antes de que su debilidad asome y asuma su desgraciado azar. La deja sola en medio de aquella piscina lujosa y climatizada. El silencio. El vacío. En su cerebro, retumban las palabras: *“lo que se gana vale la pena”*. Puede que sí... pero su corazón le dice que no.

La necesidad de Enzo

Anna despierta. Su cerebro vuelve despacio a la realidad. Su memoria va enviándole imágenes: ella acercándose a la casa, rodeándola, espiando, entrando... y él, con el machete de terribles dientes. Se eleva sobresaltada. Mira a su alrededor. Está tumbada sobre una cama gigantesca. Encima, vigas y techos de madera, como si estuviera en un palacio antiguo. Una televisión descomunal al frente. A la izquierda, un sofá clásico y elegante de color verde. A la derecha, la ventana. Cree recordar que vio esta habitación desde la parte posterior de la casa. Debe de ser el dormitorio de Enzo o de sus invitados, supone. De repente, cae en la cuenta de que se desmayó... Ha estado a merced de su admirado desconocido. Se destapa. Enzo le ha puesto una manta de pelo acrílico encima. Es suave y esponjosa. Una delicia. Debajo de la manta, Anna sigue llevando el short. Se da cuenta de que también lleva puesto el top con tirantes y volantes, en color blanco, con un estampado en letras doradas que habla de amor y posesión. Es decir, Enzo no la ha tocado. Todo lo contrario. La ha cogido del pasillo y la ha traído hasta la cama, en volandas, tratándola como una princesa de cuento de hadas. Se sonroja. El ideal que ha creado de Enzo se refuerza. Es un caballero.

Suspira y se pone de pie. Está descalza. Es lo único que Enzo se ha atrevido a tocar: sus pies. El suelo es agradable, de madera. Está limpio y ligeramente resbaloso, pulido. Anna no se imagina al misterioso Enzo realizando la limpieza general del hogar: alguien debe hacerlo por él. ¿Estará casado?, se cuestiona mientras avanza hacia la puerta, palpitándole fuerte el corazón. Está nerviosa por tener que enfrentarse a él, explicarle por qué entró en su casa, conversar cara a cara y responder a su interrogatorio. Sin embargo, no tiene miedo. Por algún extraño motivo, Enzo le transmite serenidad.

Sus pasos descalzos suenan. Ella no intenta disimularlos. Prefiere no sobresaltarlos. Si vuelve a verlo con un machete, lo mismo se caerá redonda de

nuevo. Mejor anunciar su despertar.

Ahí está. En la penumbra que provoca una lámpara de mesa, esquinada. De pie, recién levantado, junto a un sofá blanco en el que reposan cojines claros. Delante de él, una bebida blanca en vaso largo y ancho, con hielos que se funden poco a poco. Un libro a su lado, sobre la mesa perfectamente plana de madera. La sala está llena de detalles decorativos de buen gusto. Un ambiente agradable, lo que nunca ha tenido Anna. Destaca una cosa por encima de todas ellas. Un cuadro. Anna lo reconoce. Es igualito a aquel que observó en el pueblo a las afueras de la urbanización. Estaba con Vanesa en una terraza y se quedó atontada contemplando a un pintor. Este pintaba casas blancas desproporcionadas, con sus tejados rojos y una iglesia en lo más alto.

—¿Te gusta?

Enzo apareció justo en aquel momento, sobresaltándola y ruborizándola, e hizo la misma pregunta que ahora. Ella asiente.

—Puedes hablar. No muerdo.

—Sí, me gusta mucho. Es igual que el que vi en el pueblo.

—No es igual, es el mismo.

Anna avanza hasta situarse cerca del cuadro. Lo contempla como si así pudiera asegurarse de que Enzo no la engaña. No sabe qué decir. Él ha comprado el cuadro... ¿por ella? ¿para ella? ¿O es una coincidencia?

Anna espera. Si dice algo seguramente será una estupidez y quedará en ridículo. Luego, vendrán las preguntas... el interrogatorio.

Enzo camina y se coloca junto a ella, contemplando el cuadro también. No dice nada. Ninguno lo dice. Al anfitrión no parece molestarle el silencio. Se encuentra cómodo en él.

—¿Por qué lo has comprado? —osa preguntar al poco Anna.

Enzo la mira y sonríe. Apenas se inmuta. Vuelve a mirar el cuadro.

—Me gusta que te guste: —es todo lo que dice—. ¿Quieres tomar algo?

Enzo no espera respuesta. Se mueve hacia un bar, saca un vaso, hielo y abre una botella de agua mineral. Coloca el vaso lleno en la tabla de madera,

entre los sofás de la habitación. Después, hace un gesto a Anna para que tome asiento enfrente de él. La adolescente obedece. Bebe y, tras dejar el vaso, se echa hacia atrás. El sofá es cómodo. Enzo mira las piernas descubiertas de la joven. Luego señala con la mirada una manta de color marrón claro que hay cerca, sobre un sillón discreto a juego con los sofás.

—Tendrás frío —comenta—. En cuanto se va el sol bajan también las temperaturas.

Anna no duda en estirarse para coger el objeto. Su hermoso cuerpo se expande durante un momento. Se tapa las piernas con la manta. Por primera vez en la vida, tiene vergüenza y conciencia de la exposición de su piel, de la exhibición que hace de sus extremidades. Enzo siempre va elegante y ella, a su lado, ahora, con escasa ropa, se siente exhibida, desnuda.

—Será mejor que avises a tu madre para que venga a recogerte. La urbanización es segura, pero también es grande y podrías perderte.

—Fue ella misma la que me pidió que diera una vuelta “muy larga” por la urbanización —informa irritada—. No creo que le importe que llegue tarde —Anna está a punto de añadir que quiere quedarse aquí, en casa de su atrayente desconocido. *Ojalá pudiera pasar la noche contigo, o, al menos, un rato más. Mirarte a los ojos me da serenidad.* Mas no lo dice. Se deja absorber por el silencio. Hay palabras que nunca brotan, el orgullo, la vergüenza y el miedo al rechazo las cubren de arena.

—Entiendo... —Enzo suspira y agacha los ojos. Puede imaginarse el motivo y le incomoda. Le molesta, y no es capaz de discernir porqué. Es lo normal en *la urbanización*. Sexo a cambio de... Sin embargo, esta vez es diferente. Hay mucho en juego. La madre y Anna son un problema realmente gordo. La justificación definitiva que puede encontrar el oso de Kadykchan para atacar. Una guerra abierta supondría muertos... más muertos... el fin de uno de los dos bandos.

Enzo está harto de ver vidas perderse, de apretar el gatillo. Debería haber insistido más ante su jefe, presionarlo para entregar a las dos mujeres...

Casi siempre ha convencido a Andrey... Pero esta vez no pudo... no encontró fuerzas... Por algún extraño motivo, Emma y Anna le producen rechazo y atracción por igual.

—¿Quiénes sois? ¿Quién eres?

Las preguntas sueltan un halo de misterio que muerde y daña. Anna imagina que es el principio del interrogatorio que esperaba, aunque suponía que empezaría con un *no deberías estar aquí, husmeando en mi jardín, o esto ha sido un allanamiento de morada, voy a llamar a tu madre...* La pregunta, en cambio, es sencilla, pero, a la vez, compleja.

—Quién eres... —murmura ella arqueando las cejas—. ¿Acaso alguien puede resumir en una respuesta todo lo que es ser uno mismo?

—No busco respuestas trascendentales, Anna. No soy esa clase de persona. No soy un filósofo —zanja imperturbable—. Solo me gustaría saber quién eres, quién es tu madre y cómo llegasteis hasta aquí. Quisiera saber por qué estáis en la urbanización y por qué os busca el cabrón más peligroso que pueda existir.

Anna traga saliva y se encoge en el sofá. El interrogatorio ha comenzado, pero no es como ella esperaba. No son preguntas de adulto contra adolescente, de autoridad frente a juventud. No... Estas preguntas son serias, duras, tensas. Enzo no la trata como a una niña, sino como a una mujer, como a una adulta.

—Quiero irme a mi casa...

Anna se encierra en sí misma. Una parte de ella le pide hablar, pero, la otra, calla tirando de orgullo y obediencia hacia su madre. *No cuentes nada, Anna, no abras la boca. No les des pistas o nos entregarán y estaremos perdidas.* El salón se transforma en paredes estrechas que aprietan. El sofá la engulle. A la joven le falta el oxígeno necesario. Se niebla su vista, borrosa, pero allí está él, quieto en la nebulosa, mirándola, su rostro invencible, su halo inmenso de seguridad y templanza. Enzo se levanta y se acerca pensativo hasta la ventana, arrinconándose, parapetándose, venciendo a la niebla. Mira hacia el exterior ocultándose tras una cortina. Adentro, su casa, el presente; afuera,

la duda, el futuro. Arruga la nariz. Algo le huele mal en el camino que le presenta el destino. Él, sin embargo, no se ve con ganas de rechazar lo que se le entrega. Quizás es hora de jugárselo todo.

—¿Conoces las normas? —pregunta distraído centrando su atención en la sombra de una planta trepadora que el jardinero plantó tres años atrás cerca de la vivienda. En poco tiempo, llegará hasta los muros y escalará la piedra hasta hacerla suya. En primavera, cuando sus flores tricolores, azules, blancas y amarillas, se abran, los tejados y paredes quedarán hermosos.

—¿Qué normas? —Anna duda. No sabe de qué le está hablando, pero, esta sí es la típica pregunta que haría un adulto a un adolescente. Se figura que le va a caer un aburrido discurso. Enzo terminará comportándose como cualquier adulto más. La dejará al margen.

—Las normas de *la urbanización*. Las únicas normas que hay.

Enzo se separa de la ventana, coge su vaso de la mesa y pasea alrededor hasta sentarse en el sofá, enfrente de la muchacha. Tiene una posición de superioridad y no le gusta. Bebe. Necesita tragar algo de alcohol. No es que beba mucho, apenas lo prueba durante el día. Sin embargo, cuando llega la noche, hay días que se sorprende a sí mismo bebiendo de alguna botella.

—No sé... —pronuncia Anna antes de darse cuenta de que hubiera sido mejor callar. Ahora sí que merece que la traten como una niña o una adolescente, metida en su burbuja, protegida de todo, viviendo exclusivamente la parte buena de las cosas.

Suena el timbre de la pequeña mansión en la que mora Enzo. Este, aparte de agitar su respiración sin voluntariedad, apenas se inmuta. Sus ojos están anclados en el rostro de Anna. El timbre vuelve a sonar. Sonidos cortos. Anna tiene la sensación de que Enzo palidece levemente. Este gira la cabeza despacio, mirando simbólicamente hacia la puerta, pues, desde su sofá, no puede verla. Se levanta. Camina hacia el pasillo, rumbo al timbre. Anna, mientras, nerviosa, se pregunta quién puede ser. No conoce nada de la vida de Enzo, todo lo que cree saber se lo ha inventado: su personalidad, sus

experiencias, su forma de pensar... Todo es una idealización que Anna ha creado para soñar despierta. No sabe si vive solo o está casado, si duerme como un lirón o se levanta antes del amanecer. Desconoce si le gusta desayunar o solo bebé café dejando el resto del estómago vacío. Ni siquiera ha pensado en su trabajo, a qué se dedica: es abogado, médico, un especialista en su campo, un ingeniero bien considerado... *¿Quién eres Enzo? ¿Qué tienes en el corazón aparte del imán que me atrae hacia tus brazos...?*

—¿Qué haces aquí, Vanesa?

La pregunta llega en un lento susurro. Anna se iza como un resorte, suelta la manta y camina hacia el pasillo. Se inclina tras el hueco y mira sin mostrar la totalidad de su cuerpo. Allí está Vanesa, arremetedora, con un vestido de punto escotado. Rojo, ceñido, provocador. Las botas altas también son rojas. Toda ella es fuego, pasión. Anna la observa aliviada, ha salvado la conversación, su humillación, pero también enojada, indignada: *¿qué haces, aquí, Vanesa? Tú ya tienes a tu hombre.*

—Sasha ha vuelto a irse. Pasará la noche fuera —la voz de Vanesa suena normal, pero hasta Anna percibe la tensión sexual—. Bueno, qué... ¿No me vas a dejar entrar?

Enzo la hace pasar y entrecierra la puerta. No está cómodo. Los líos se le acumulan. Se pregunta qué tiene esta noche, si será la luna que le envía mujeres a su casa.

—¿Te ha hecho algo? ¿Ha pasado algo?

—¿Sasha? No, cumple con las normas a rajatabla. Es buen anfitrión. No me puedo quejar. Además, creo que te tiene un poco de miedo. Sabe de lo que eres capaz.

—¿A mí? Pues no lo diría...

Vanesa se coloca muy cerca de Enzo. Apenas a un paso corto. Anna, desde su posición medio oculta, opina que las botas son sexys, su figura al completo lo es. Ella también podría vestir así, marcando culo, cintura y pechos. Atraería más a los hombres, atraería más a Enzo.

—Oye, Vanesa... Yo...

—¿Sí...?

La mujer elimina el paso que los separa. Sus cuerpos se tocan. Enzo mira de reojo el escote. Esa cuerda que lo sujeta, tan fina... si tirara del lazo el escote se abriría enseñando los pechos firmes que tanto se insinúan. Podría tocarla, besarla, agarrarse a su cintura, dejarse llevar, besar sus labios jugosos, beber del néctar, sobar su piel suave y femenina. Vanesa percibe la erección bajo el pantalón, chocando contra su entrepierna débilmente protegida. Se excita. Lo desea. Abre los labios débilmente esperando que él dé el paso definitivo y la haga suya en todos los rincones de la casa. Lo lleva anhelando tanto tiempo...

Enzo traga saliva. El olor a alcohol proviene de la boca sugerente de Vanesa. Ella ha bebido más que él. Ha debido necesitarlo para arrojarse a sus brazos descaradamente. Él se debate. Su pene le pide juego, su corazón amor, su alma fuego, su razón apenas se impone, susurrando desde lejos las normas que no deben incumplirse. Su respiración infla su pecho. Vanesa pone una mano encima, baja despacio, buscando la palanca que active definitivamente la sinrazón. Acerca sus labios. La mano prosigue el descenso. Chocan las dos bocas, se funden sus licores. La mano acaricia el miembro, lo trastoca. Enzo está a punto de dejarse llevar... Vanesa le ha pillado en horas bajas, perdido... Sin embargo, en su cabeza aparece la imagen de Anna: la adolescente estará esperando en el salón. Se aparta delicadamente, sin derecho a crear dolor. Sus manos se apoyan en la parte superior de los brazos de Vanesa, casi en los hombros.

—Vanesa... Yo... —niega repetidamente con la cabeza. Lo lamenta. Le tiene mucho aprecio—. No podemos.

Ella no se rinde. Al principio, su mueca muestra desconcierto, pero, enseguida sonrío. No se cree que vaya a rechazarla. Ha sentido su sexo enorme, ansioso por entrar en combate. El alcohol hace de guía. Enzo ha resistido el primer empuje, no resistirá dos. Vuelve a acercarse, indomable,

lujuriosa. Acaricia sus brazos, diluye su fuerza. Intenta arrimarse... entonces, oye el carraspeo. Se aparta rápidamente. Mira hacia el pasillo. Ambos miran hacia el pasillo. Allí está Anna, contemplándolos con rigor, sacando valor para interrumpir la escena. Vanesa, enojada, se avergüenza.

—¿Qué hace ella aquí? —interroga creyéndose por un segundo con legitimidad a conocer la respuesta—. Es menor...

—Y tú estás casada... —contraataca la joven.

Enzo se recompone. Traga saliva, calma sus pulmones. Le queman los testículos. Siente deseos de desfogar como sea. Y allí están ellas dos, mirándose en medio del pasillo, mirándolo a él, emitiendo cada una un juicio, enjuiciándolo a él que no tiene nada que ver, que se ha visto en medio sin quererlo ni beberlo. *¿Cómo me he metido en este lío?*, se cuestiona.

—Será mejor que os vayáis las dos —afirma para zanjar el asunto—. Vanesa, vuelve a casa, por favor...

Enzo abre la puerta. No debió cerrarla nunca. Ha estado a punto de pasar algo que hubiera desestabilizado todo su mundo. ¿Acaso eso es lo que quiere? ¿Acaso es lo que busca con tanto ahínco? ¿Tan harto está de lo que le rodea?

Vanesa sale derrotada por la puerta. Un último giro para mirar atrás. Logra ver la figura de Anna, de pie, sin inmutarse de su sitio. Una lágrima le cae antes de montarse en el coche rojo. No comprende qué le duele más: su vida, la ausencia de Enzo, que Anna siga allí todavía, joven, lozana, con una vida por delante.

—¿Es tu amante? —pregunta Anna en cuanto el coche arranca y la sombra de Vanesa se esfuma.

Enzo niega. Se apoya en la pared y suspira. Es un lobo solitario que expulsó a todas las mujeres de su alrededor. No obstante, aquí está, en medio de una compleja noche, pidiéndole su alma que se complique la vida por una mujer. La cuestión es... ¿quién es esa mujer?

El desayuno

Un sueño no podía mejorar las cosas. Cada detalle es una sugerencia que roza la irrealidad. Anna no puede creerse su suerte. Hace poco no tenían donde caerse muertas, ahora, todo lo que rodea su vida es lujo y misterio. La urbanización excita sus sentidos. De pie, erguida, divisa las olas lejanas del mar. El horizonte es azul intenso. Solo unos barcos, muy en la distancia, pescadores, mercantes, motean el paisaje. Las cortinas blancas cuelgan de tabiques de madera. Están recogidas, son puro adorno, añaden fantasía y belleza a cada momento que se vive tras ellas. Al fondo de la terraza, un sofá blanco, immaculado, huele a nuevo y a sal. Lo cambian cada cierto tiempo para que no lo destroce la humedad. Su madre está sentada a la mesa, sobre una silla almohadillada. Dulces, panes, mermeladas, embutidos, mantequilla, zumos... no falta de nada. Es un desayuno de ensueño, como todo lo demás: la urbanización, la mansión, los vestidos y Enzo. Nada parece real. Tan lejos están de la lógica que Anna supone que cuando despierten el golpe será atroz. Si hay algo peor que ir al infierno... es ir al infierno desde el paraíso.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, Anna. Siéntate y come —invita con un gesto.

Un hombre aparece desde el interior y se acerca de inmediato. Deja unos croissants encima de la mesa. La carne de los bollos es delicada, sugerente y apetitosa.

—¿Café, té, leche con cacao...?

Anna tarda en responder. Sorprendida y algo incómoda. No tiene costumbre de que le sirvan y le puede de entrada la humildad. Ya la casa de Vanesa le parecía un hogar inmejorable... ahora, tiene hasta servicio.

—Café con leche si puede ser.

El mayordomo sonrío, observa que Emma tiene lo que desea y desaparece con la misma celeridad y discreción con la que apareció.

Mientras, el planeta Tierra sigue su rumbo, moviéndose sobre sí mismo y alrededor del sol. Anna coge lonchas de queso y jamón. Una rebanada de pan. La unta de mantequilla. Coloca el queso y el jamón encima. Emma contempla cada movimiento con paciencia, sin anotar nada.

—¿Qué...? —pregunta la hija al sentirse observada.

—También pueden hacerte unos huevos si tienes hambre. Solo tienes que pedirlo y te los traerán.

—¿Tú los has pedido?

Emma asiente antes de buscar la imagen reflexiva del mar. Está airada y se está conteniendo. No quiere empezar una pelea. No se le dan nada bien. Tiene mucho carácter. Anna, a veces, también. Al final, cuando discuten, ambas estallan y terminan haciéndose daño para luego no hablarse durante horas.

—¿Dónde estuviste anoche?

Anna muerde el pan, señala su boca llena y evita responder. Masticar solo ayuda a ganar tiempo, pero la conversación tendrá lugar. Emma no se rendirá por unos bocados. Aguantará y esperará la respuesta, si es que no estalla antes.

—Prueba las moras y las frambuesas, están deliciosas.

Anna arquea las cejas y asiente. Alarga la mano y coge de ambas. Se las introduce en la boca nada más acabar el bocado que masticaba.

—Llegaste muy tarde. Te oí llegar.

La joven se pregunta para qué vive en un palacio si no existe la intimidad y su madre es capaz de oírla llegar.

Emma necesitó el calor de su hija anoche. La echó en falta. La buscó en su habitación una y otra vez a falta de sueño. Se preocupó mientras pasaban las horas. Tuvo miedo. Se sintió sola. Cuando la oyó llegar, sintió una mezcla de alivio y furia. Por suerte, pudo el alivio y no montó ningún número. La dejó dormir y ella misma cayó en un sueño ligero del que no le ha costado despertar.

—Todavía no has respondido, Anna. ¿Dónde estuviste si se puede saber?

El mayordomo se acerca con la bebida. La deposita junto al plato de la joven, delante de los croissants que esperan la atención de Anna. Agarra la jarra de zumo de naranja y sirve un vaso sin esperar una orden. Lo adosa al café antes de estudiar la mesa y esperar un par de segundos por si alguna de las dos quiere algo. Al final, se va con la misma prestancia con la que funciona en todo momento. Anna, muy agradecida, da un sorbo al café. Está excelente. Su aroma, textura, color, temperatura y sabor: simplemente perfecto, como si un genio lo hubiese preparado ex profeso para ella.

—Me preocupé. Anoche solo se me ocurrió llamar a Vanesa.

A Anna se le erizan los vellos de los brazos. Recuerda la escena de la mujer de rojo. Sensual, provocadora, a la ofensiva. La imagen de su cuerpo frotándose contra el de Enzo, su mano colocada sobre su miembro masculino. Resulta imborrable. Después, la humillación e indignación, su marcha, su derrota.

—¿Qué te ha contado esa zorra?

Emma abre los ojos como platos y hace un claro esfuerzo por retener su mano. Está cerca de pegarle un guantazo a su hija. Respira profundamente. Se ha prometido que no discutirán. En el día de hoy necesita el afecto de su hija, no su ira.

—Te recuerdo que esa “zorra” —hace el gesto de las comillas con los dedos— nos salvó la vida. Mira a tu alrededor, Anna. ¿Has visto alguna vez algo así? Ya respondo yo por ti: no. Sin ella no tendríamos nada de esto. Ni viviríamos en una mansión con servicio, con un guardarropa a nuestro antojo y comida fresca y rica para llevarnos a la boca. —Coge un croissant y lo menea en el aire antes de darle un tremendo mordisco—. Mira el cielo. En este sitio el sol se eleva para nosotras. Y todo gracias a que Vanesa nos encontró y nos introdujo. Así que guárdale respeto.

—No seas cínica, mamá. Tú lo habías preparado todo.

Emma mira a uno y otro lado. No hay nadie. Vuelve a realizar esfuerzos

por no soltar ese bofetón que se está fabricando entre sus manos. A Anna también le cuesta tranquilizarse. Se está portando como una adolescente celosa y estúpida, pero es difícil frenarse cuando hay sentimientos por medio.

—Será mejor que controles tu lengua, Anna. No te das cuenta de que nos pones en peligro. —Suaviza la voz. Intenta apagar el volcán y acercarse al corazón de Anna de otra manera: con amor—. Solo quiero saber dónde estuviste anoche. Nada más. No creo que sea un delito que una madre sepa dónde está su hija. Anoche pasé miedo, ¿entiendes? Por un momento llegué a pensar que habías salido de la urbanización y que ellos te habían encontrado.

Emma se lleva las manos a la boca. Si Alexey Vorobiov capturase a su hija, Emma solo sería dueña de un enorme deseo de morir. La adolescente agacha la cabeza. Una lágrima resbala por su mejilla. Luego otra. Se pregunta cómo puede ser tan idiota. ¿Por qué no puede confiar en su madre como ha hecho siempre? La figura de Enzo despierta intensas emociones en su persona. Esa serenidad que le provoca... la necesita hacer suya. Tenerla siempre. Vivir en su compañía.

—Perdona, mamá. No quería asustarte, te lo prometo. No se me ocurriría salir de la urbanización sin tu permiso. —La lágrima solitaria es seguida por un torrente. Las emociones de los últimos días han trepado hasta sus ojos y esperado el instante oportuno para emanar—. Fui a pasear, como me pediste. Y, después, por la noche...

Emma asiente y espera. Su hija está cerca de mostrarle de nuevo su confianza. Debe ser paciente o estropeará la confesión.

—Fui a casa de un amigo. Solo eso. De verdad. Él me trajo aquí cuando ya era tarde.

—¿Qué amigo? No sabía que habías hecho nuevos amigos aparte de Vanesa. En cualquier caso, me alegro, pero me gustaría saber con quién te juntas, Anna. Esta no es una urbanización cualquiera y creo que tengo derecho a saber con quién andas.

Anna se levanta de la silla y abraza a su madre. Apoya la cabeza en su

hombro. Emma siempre ha estado allí, a su lado, cuidándola, enfrentándose al mundo por ella. No como su padre. Si no fuera por Emma estaría sola en el mundo. Abandonada a su suerte. Emma siempre la protege... de todo.

—Lo conocí en la fiesta. Es... especial —duda de nuevo entre seguir o no. Intuye que a su madre no le va a gustar y por nada del mundo quiere que la aleje de él. No obstante, tiene que ser leal a quien tanto da por ella—. Tú lo viste... Estaba allí en la terraza.

—Enzo.

El nombre sale pronunciado como si formase parte de un guion memorizado. Sus ojos profundos, llenos de una intensidad inaudita, de un ardor resignado, ya avisaban de que volverían a encontrarse sus caminos. Anoche, cuando Emma habló con Vanesa por teléfono, ya se imaginó que se trataba de un adulto. Vanesa se mostró reticente al teléfono, dubitativa, asegurando que no había visto a la chica. Solo la presión de Emma y la pena que consiguió transmitir lograron que, al final, confesase que la había visto hacía pocos minutos y que estaba bien, segura y en buenas manos, pero que no preguntase más. Acabó por colgar.

Anna se separa de su madre, sorprendida de que esta conozca el nombre. Se vuelve a sentar y mira los manjares que tiene delante. Todo tiene muy buena pinta y terminará comiendo, pero, ahora mismo, se le ha quitado el apetito.

Soborno

Andrey Gólubev se pasa la mano por la boca. Se le ha escapado un poco de saliva mientras hablaba.

Ha arrancado el día de buen humor. Anoche, el sexo en la piscina con Emma fue espectacular, inolvidable, distinto a otras veces. Se ha acostado con muchas mujeres a lo largo de su vida y en diversos lugares. La mayoría profesionales obligadas del sexo. Y la piscina ya la había estrenado. Sin embargo, tiene la sensación de que el polvo de anoche fue fascinante, como si fuera un jovencuelo que prueba posturas por primera vez. El cuerpo de Emma ejerce poder y desprende lujuria como nadie. Andrey no se quita de la cabeza cada movimiento en el interior del agua. Después de lo de anoche le resulta fácil entender porqué el oso de Kadykchan busca a esa mujer con tanto interés. Pues no se la piensa entregar... ya no... Pensaba hacerlo, dársela una vez usada. Pero, por ahora, va a conservarla. Tiene que catarla más veces, dejarse hacer, correrse en pleno éxtasis...

—Me estás enojando, Fernando.

La voz de Andrey, presidente y fundador de la organización mafiosa conocida como *la urbanización*, trueno en la nave industrial. Enzo carraspea y se inquieta. Esto no tiene pinta de acabar bien. La reunión debía suponer una confirmación, un mero trámite, un apretón de manos y un intercambio de maletín, no un revés. Sin embargo, el alcalde no está por la labor. Se ha echado atrás en el trato... y un trato es un trato... no se puede jugar con Andrey.

—Tienes que entenderlo, Andrey. Tengo presiones. La oposición, la gente del pueblo, la Junta y el Ministerio. No puedo conceder permisos para una construcción de ese calibre. Es desmesurado. Se me echarán encima. No es el momento. Planteémoslo más adelante. Dejemos que corra el tiempo, que vuelvan los años del despilfarro. Podremos construir lo que queramos para

entonces. No tengamos prisa.

El ruso suspira. El español le está sacando de quicio. El buen humor está marchándose pasito a pasito.

A su lado hay un maletín rígido de piel, de color negro. Dentro, billetes y más billetes. De varios colores. Es el soborno que había pactado con este mequetrefe del tres al cuarto, un don nadie que no daba un palo al agua en su juventud y al que un padre desesperado terminó conectando en política. *Los hay que tienen suerte*, opina Andrey. *Este cabrón forrado no tuvo que hacer nada más que recoger el dinero que tipos como yo le hemos ido dando.* Eso es estar en el sitio y momento adecuados. Es despreciable. Con lo que ha tenido que esforzarse Andrey Gólubev en su vida. La de veces que ha podido morir. La de veces que se ha salvado. ¡Cuánta delincuencia hay en sus manos! No puede negarlo. Pero este cabrón... con las manos aparentemente limpias, gobernando un pueblo, es peor sabandija que él.

—Teníamos un trato. Me diste la mano. Pactamos un precio. Hay gente importante metida en esto. Gente que ha puesto su dinero y que confía en mi palabra, Fernando. Gente mejor que tú y más peligrosa que yo. Gente que no admite el fallo y que no dudarían en enviar a España a sus asesinos a sueldo para que nos abriesen un nuevo agujero. —Realiza un gesto con el pulgar, recorriendo amenazante su cuello—. No hay vuelta atrás, Fernando. El Ministerio hará la vista gorda, la Junta está untada y el líder de la oposición encontrará un maletín en la puerta de su casa. Y en cuanto a la opinión de tu pueblo, me la suda. Ese es tu puto problema. Algo tendrás que hacer aparte de firmar papeles y cortar cintas delante de los periodistas. Para eso cobras.

Fernando se altera. *¿Quién se ha creído que es este ruso de mierda para hablarle así?* Él es el alcalde de un pueblo próspero. No puede permitir este ultraje. Empero, se calla. Siempre fue un cobarde, un oportunista con suerte. En sus años de político no ha reunido valentía suficiente, si acaso algo de soberbia y orgullo barato.

Su piel se enrojece. Su respiración acrecienta el ritmo. El ruso le está

amenazando. Estos tíos no se andan con chiquitas. El político es idiota: se llegó a creer que el presidente de *la urbanización* se echaría atrás por memeces. Ha ido a la nave con argumentos ridículos y mal trabajados. Todo ha sido tan fácil desde que es alcalde... ¡Cómo pensar que las cosas dejarían de serlo!

—Coge el maletín y consigue el permiso. Y rapidito. No te andes con gilipolleces que son muchos millones esperando.

—No —dice el español.

—¿No? —repite Andrey como si no acabara de creerse lo que está sucediendo—. Enzo, ¿has oído? —El lugarteniente asiente con una mueca de asco. No le gusta el alcalde, tampoco lo que intuye que va a ocurrir—. Enzo, dime que esto no está sucediendo. Pellízcame y despiértame de esta pesadilla. Porque como sea real, no respondo. Este imbécil me va a sacar realmente de quicio.

Enzo respira hondo y da unos pasos sobre el suelo de la nave, acercándose al alcalde, que permanece estático, creyendo que así se muestra sereno. Sin embargo, su cuerpo tiembla. Sus rodillas lo traicionan. Sus ojos brillantes añaden más pistas. Enzo mira alrededor. La nave está medio vacía. Situada en un polígono apartado de la ciudad, *la urbanización* solo la utiliza para trapicheos rápidos. Salidas y entradas de mercancía robada y otros asuntos peores. En una esquina se ha levantado una especie de oficina con paredes de cartón. No hay nadie. Nunca hay nadie. Solo sirve para que alguno se quede dentro en caso de que la mercancía tenga que pasar la noche. Enzo realiza un gesto y los tres hombres que los acompañan salen de la nave. El alcalde se pone más nervioso aún. Se quedan Andrey, Enzo y el político. La puerta se cierra.

—¿Cuánto te ha pagado Alexey? —interroga el lugarteniente.

Fernando está a punto de caerse al suelo. La voz glacial de Enzo es un alud que empuja y arrasa con todo. El político prefiere tratar con el jefe. Le parece más previsible aunque tenga mucho más genio. Enzo, en cambio,

siempre callado, sosegado, observándolo todo, con aspecto de indiferencia hacia los demás, tan frío, es indescifrable y, por tanto, peligroso.

—Andrey, no le escuches. Somos amigos. Nos conocemos desde hace años. ¿Alguna vez te he fallado? ¡No sé a qué viene esto!

Pero Andrey Gólubev sí lo ha escuchado, y sí ha hecho caso. La voz de Enzo nunca expulsa tonterías. El jefe sabe que, aunque permanezca callado, su cerebro siempre capta, estudia y reflexiona sobre todo. En este caso, además, el argumento tendría sentido. Alexey Vorobiov estaría detrás del asunto, fastidiándole el negocio, robándole contactos, procurando enemistarlo con amistades importantes con afán de borrar sus flujos de dinero. En resumen, hundirlo, lo que ha deseado siempre para quedarse con todo el control de la costa.

—Mata a este canalla.

Andrey mira a Enzo a los ojos y asiente al dar la orden. No le tiembla el pulso. Tampoco a Enzo cuando saca su revolver de la funda que cuelga de sus hombros. El único que tiembla es el traidor. Empieza a balbucear absurdecos, a clamar a la amistad y a los muchos años que llevan haciendo negocios juntos.

—De rodillas —ordena el sicario.

Sus ojos emiten lágrimas, su boca súplicas. Sus manos se extienden hacia delante. Nada parece real. Es una broma cruel. Se tira al suelo, se agarra al traje de Andrey. Todo vale para salvar la vida. Sigue asegurando que no sabe nada, que todo es un error, que son amigos. Enzo no escucha, y si lo hace, es como si no lo hiciera. Camina alrededor y se pone a la espalda del arrodillado, que llora. Encañona su nuca. El tacto frío. La muerte llama a las puertas. El político llora desconsoladamente. La imagen de su familia, mujer y dos hijas, se presenta de pronto en su cabeza.

—Sí, fue Alexey. Lo juro. Yo no he hecho nada. No quería... Él me amenazó. No fue por dinero. Era mi vida y la de mis hijas. ¡Jamás te hubiera traicionado por dinero! ¡Andrey, tienes que escucharme! Yo no quería... Él

dijo que le habías robado, que habías atentado contra su honor y tenías algo que le pertenecía... Y que, pronto, con el apoyo de los grandes de Rusia, estarías acabado. Yo no sé a qué se refería, pero temía por mis hijas... Tuve miedo... Lo siento...

Enzo traga saliva. Todo se ha complicado, como temió. No le apetece matar al tipo, aunque le considere carroña. Sus dedos han apretado demasiadas veces este gatillo y se huele que tendrán que apretarlo más. La sangre ha fluido en numerosas ocasiones por su culpa y, ahora, asoma una guerra... Está harto. Se tiene asco así mismo. La vida no puede resumirse en pegar tiros. ¿Qué sentido tendría?

El cañón todavía está pegado a la nuca. Alexey, quieto, de pie en medio de la nave, reflexiona. Duda. No es que le importe el tipo, solo es uno más, una cara sin forma que terminará borrándose, un alma más que añadir a sus pesadillas. Duda sobre los motivos de Alexey Vorobiov. Siente curiosidad por saber si todo esto es para eliminarle, como ha intentado siempre, o viene a cuento ahora porque sabe que tiene a Emma y Anna resguardadas en la urbanización. Emma... su imagen desnuda vuelve a su cerebro. Saliva. Traga. Ella moviendo su cuerpo desnudo. Él sufriendo de placer. Vuelve una pizca del buen humor. Fernando no le agriará el día. Hace un gesto con menosprecio e indiferencia, sobrado de vanidad y orgullo, el ademán de un rey. Enzo suspira y baja el arma. Fernando está de suerte, él también: hoy no tendrá que matar.

—Coge el maletín y cumple con lo acordado. Estate tranquilo. Alexey no tocará un pelo a tu familia. —Le mira a los ojos y levanta amenazador el dedo índice—. Pero no te quedan más vidas, Fernando. Si vuelves a fallarme morirás. Estás avisado.

El político se levanta y besa la mano del ruso, que lo desprecia. Después, coge el maletín y sale por patas de la nave. Enzo y Andrey se quedan a solas. Afuera, los otros tres sicarios se ríen al ver a Fernando marchar como alma perseguida por el Diablo.

—Esto se ha puesto serio, Enzo. Estoy más que harto de ese cabrón de Kadykchan. Voy a volar a Rusia hoy mismo para convencer a los grandes de que nos apoyen. No puedo dejar que los envenene con su lengua de serpiente. Quiero su permiso y colaboración para acabar de una vez por todas con él. Tengo varios ases en la manga. Lo destruiré.

En la mente del presidente de *la urbanización*, más allá de su competencia malsana con el oso de Kadykchan, está la figura caliente de Emma. Se ha encaprichado, quedado prendado de su carne. No para de soñar con el polvo vicioso de anoche. Quiere repetirlo eternamente, eyacular y orinar sobre ella, marcarla como suya. Y no permitirá que Alexey Vorobiov ni nadie se la arrebate.

—Cuida de ella en mi ausencia. Y de su hija. Vigila que no les pase nada. Confío en ti, amigo mío. Por nada del mundo dejaré que ese malnacido se las lleve.

Enzo sabe de sobra a quiénes se refiere. A Emma y a Anna. Dos mujeres desconocidas que van a provocar el estallido de una guerra. Cuentan que así desapareció Troya, por la disputa de una bella reina. Enzo hace tiempo que odia la sangre, empero, si es por ellas, su corazón le avisa que la derramará con sumo placer.

El piso de Pedro

Al menos tiene balcón, piensa Pedro mientras otea hacia otra dimensión. Sus ojos apenas quieren descubrir la realidad. Sería una vida demasiado triste. Las macetas que un inquilino anterior cuidaba se resisten a ser olvidadas. El verde que proponen es lo único que realmente parece estar vivo en el barrio. Estas plantas, aprendices de enredaderas, caen hacia abajo, pretendiendo suicidarse. La calle está bastante sucia. Los vecinos no son ciudadanos ejemplares. Abajo, pisando el asfalto, dos yonquis estudian los tapacubos de un coche pequeño. Se dice que si los quemas en una hoguera te quedas colocado. Varias prostitutas los miran con desprecio. Se alinean ocupando aceras minúsculas. Esta bazofia nos quita clientes, suelen protestar algunas. A veces, cuando tienen un mal día —casi siempre—, los increpan con insultos y amenazas. Los yonquis, a menudo, gesticulan obscenamente o se ponen farrucos. Pura pantomima. Al final, cuando las putas se encabronan, los drogatas tiran millas y se esfuman. Las drogas los han hecho débiles, cobardes ya eran.

Pedro Heredia no ve todo este espectáculo que le haría llorar de vergüenza. En su mente enferma se dibujan barrios clásicos, con paredes de ladrillo vistoso, algunas pintadas de colores pintones. Las plantas, en su barrio imaginario, se convierten en enredaderas que trepan hacia lo alto, siempre ambiciosas, en busca de más. De lo que sea, pero siempre más. En este bonito barrio no hay persianas, sino hermosas contraventanas que nunca se cierran, para qué si todo es armonía y amor, como una película maravillosa de dibujos animados. ¡Oh, cuántas cristaleras cierran las esquinas doradas! ¡Cuántos vecinos se echan a la calle solo para saludar! Preciosas mujeres paseando entre las tiendas, perritos falderos que caminan elegantes y monos, niños que juegan a la pelota y algún vecino que les pasa amablemente el balón cuando este rueda lejos. Y Pedro Heredia, en este barrio suyo que solo él imagina —

pues sus nuevos y reales vecinos hace tiempo que dejaron de creer en la esperanza—, vive en una casa espectacular, separada del resto, admirada por todos. Y el balcón no es un balcón, sino un mirador como Dios manda. El ruido del teléfono saca a Pedro de su sueño. Carraspea y traga saliva: se le ha llenado la boca de tanto imaginar. Se introduce en el salón, un lugar anodino y cruel. El propietario apenas ha completado la estancia. Más bien, son muebles y aparatos viejos que los inquilinos fueron dejando en sus mudanzas, por no tener ya valor. Una mesa fea y rayada, marcada con iniciales de niños que no tenían otra cosa que hacer, un sofá con agujeros y la forma cogida, un cojín que da miedo, una televisión a la que se le pasó el siglo, poco más...

—¿Quién demonios será ahora? —murmura Pedro, cuya ansiedad, soledad y locura provocan que hable solo cada vez más.

El aparato, lo único moderno en el salón, vibra. El número que asoma en la pantalla no está guardado. *Mal asunto*, piensa el desgraciado. Se queda mirando la pantalla sin inmutarse. Podría decirse que ha mirado a la mismísima Medusa a los ojos.

Vuelve a soñar, y en este nuevo sueño que roza la locura, se ve como un ejecutivo importante al que acosan proveedores, accionistas y banqueros para que invierta en sus negocios. El teléfono se silencia. Pedro Heredia suspira tranquilo. No le apetece enfrentarse a nadie en este momento. No tiene fuerzas. Sus sueños, cada vez más exagerados, lo dejan agotado, para el arrastre. También el alcohol y el fracaso. Ah... sí... el sabor del alcohol... su permanente huida... Se levanta de inmediato, como un resorte accionado. Va hasta la cocina, tan triste y despreciada como el resto. Vuelve con un vaso algo sucio y una botella de ginebra que apenas le costó cuatro euros. Todavía tiene que llevar a cabo otro viaje para buscar hielo en el congelador —de esto nunca le falta— y un refresco de cola. Bebe. Bebe. Bebe. Su lengua le maldice. Se pierde en el amargo sabor de la realidad, en su mustia existencia. A Pedro se le acabaron las oportunidades.

Emma y Enzo

Recorre el hall de la mansión. No está cómodo, pero ha de hacerlo. Pasará la noche en la morada del presidente, así se lo ha pedido este, alguien de confianza debe vigilar la importante “mercancía” que tanto desea el oso de Kadykchan mientras se dirige a Rusia.

Enzo abre la puerta de la mansión y sale al exterior. Está a punto de oscurecerse del todo. Las nubes flotan más rápido hacia puntos lejanos en los que desaparecerán. Un amarillo, color extraño, primo del naranja, ilumina un punto central en lo más alto. Es un foco que se apaga, su último estertor antes de desaparecer por unas horas. El rojo es el color que predomina. Ocupa la mayor parte del espacio. Es el halo de ese mismo foco, más extenso. Araña la superficie que llenó el azul durante el día. Las nubes se vuelven negras bajo el manto de este color único, luminoso y opaco a la vez, contrariedad de la hermosa Naturaleza, tan dispuesta a sorprendernos siempre. En la distancia, más allá de los árboles, las montañas, las nubes, el mar y hasta del mismo cielo, más allá de todo lo abarcable, el negro se adueña de todo. Consume el resto. Rojo o amarillo. Da igual. El negro es el fin..., aunque todo vuelva a comenzar mañana.

—Mi hija Anna todavía no ha vuelto.

Enzo se gira, regresa del espontáneo examen del ocaso y observa a Emma. Se queda de piedra, molesto, sin saber qué decir. En la entrada de la mansión, construida en líneas que conforman rectángulos, aquel cuerpo de curvas naturales e inverosímiles no casa. Son líneas demasiado diferentes.

Enzo se da la vuelta y camina hacia el coche, un Lamborghini Huracán aparcado a unos metros, tras el césped que arranca desde las paredes de la casa. Emma no admite la marcha así como así y, enojada, sale detrás. Los tacones golpean el suelo y provocan un estallido en el corazón del lugarteniente. *¿Qué quiere que haga?*, se pregunta.

—¿No se supone que estás aquí para protegernos? Es lo que me ha dicho Andrey por teléfono, que haga todo lo que me digas y no me separe de ti.

Mierda. ¿Qué bicho le ha picado a Andrey para exponer sus órdenes a esta mujer? Enzo se gira otra vez. Su cara tensa muestra un ahogo interior. La mira de arriba abajo, muy rápido, incapaz de evitar su exploración. Emma está preciosa. Arrolladora. Su cuerpo provocaría infartos en un asilo de ancianos. El vestido oscuro, de manga larga, cuello en C, sin espalda y acabado en tubo, se pega a su piel y provoca fantasías.

—La urbanización es segura. Nadie entra. Tu hija está a salvo.

—¿Y si ha salido? ¿Y si se la ha vuelto a llevar Vanesa al pueblo? Ya es muy tarde. Me dijo que volvería antes del anochecer.

Enzo recuerda la escena con las dos mujeres en su casa. Una encima, empujando su cuerpo contra la pared, otra en el pasillo, espiando. Se pregunta qué hubiera sucedido de no estar la muchacha. Quizás hubiera sucumbido al poder femenino de Vanesa, a su promesa de deseo, y hubiera roto una norma importante de *la urbanización*: jamás tocar a la mujer del prójimo; y resulta que Vanesa pertenece a Sasha, aunque fue él quien la introdujo en *la urbanización*. Entonces, no quiso ser su protector y dejó que fuera otro quien se la quedara... nunca se le ocurrió que sería Sasha, su ambicioso compañero y simbólico rival.

—De acuerdo, Emma, ¿qué quieres que haga? Dime lo que tengo que hacer para que te quedes más tranquila y lo haré. Pero quítate de la cabeza lo del pueblo. Andrey ha dado órdenes para que no salgáis del recinto. Anna está a salvo en cualquier parte. Se habrá entretenido en alguna cafetería o tienda o hablando con alguien.

Emma recibe las palabras como flechas que se clavan. La urbanización es una jaula. Su paraíso, pero también su prisión. Les costó entrar, ahora, es imposible salir. Y no es que Emma tenga ansias de explorar el mundo, entiende que afuera de estos muros son carne de cañón. Sin nada, sin dinero ni techo, serían gusanos a merced del ser humano, y, tarde o temprano, los hombres de

Alexey Vorobiov las encontrarían. No es salir lo que la preocupa, lo que teme realmente es sentirse prisionera, perder la esperanza de libertad. Y que Anna la pierda también... Esto no se lo perdonaría. Una joven sin esperanzas, sin consciencia de su libertad, aterrada, se entregaría sin luchar, aceptando su desgracia. *¿Para qué entonces todo esto, su esfuerzo y sacrificio?*

—Sé que el otro día fue a tu casa —pronuncia mirando al hombre a los ojos, explorando su brillo.

Enzo traga saliva y enrojece. Normalmente, es un tipo duro, serio, firme, que no se destempla ante nada ni nadie. Pero Emma lo reduce, agita su respiración, desangra su resistencia. Le cuesta hablar. Además, está lo demás. Emma sabe que Anna estuvo allí. *¿Sabrá también que estuvo Vanesa? ¿Se ha metido en un lío? ¿Y si Anna cuenta lo que vio?*

—Yo no la invité —es todo lo que se le ocurre decir—. Vamos a buscarla. Ponte algo. Una chaqueta al menos. Hace frío.

Emma casi sonríe. Pero se contiene. Una sonrisa, por muy hermosa, satisfecha e inocente que pudiera resultar, podría tomarse como la burla del vencedor.

—No me importa —asegura. Teme ir a por una prenda y que Enzo se marche sin ella—. Solo me importa encontrar a Anna.

El hombre gruñe. Se quita la chaqueta en un gesto veloz y ágil, tan sumamente perfecto, masculino y bello, a la vez violento, que a Emma se le pone la carne de gallina. Hay caballerosidad y devoción en la forma que le pone la chaqueta por los hombros, sin preguntar ni aceptar el rechazo, pero también hay dominación y circunspección. Todo un gesto. El gesto que describe en dos segundos todo lo que representa este hombre. Emma camina rápido detrás de él, odiando los tacones, preguntándose por qué no apareció en su vida en otro lugar y momento, antes de enviar su destino al carajo. Con un hombre así jamás hubiera pasado por todo esto. Posiblemente, nunca habría estado desamparada. Ni ella ni su hija.

Poco después, tras curvas que el Lamborghini ilumina y recorre pegado

al asfalto, driblando jardines y casas dispersas, Emma y Enzo llegan hasta la casa de este. Se miran antes de abandonar el vehículo. Él desvía la vista en cuanto recibe la visita de sus pupilas centelleantes. Ella nota una fuerza interior, un viento que hormiguea cada tramo de su ser. Hay tensión, cierta incomodidad. Enzo no sabe dónde se está metiendo. La mitad de su cerebro le dice que se detenga, la mitad de su corazón le propone seguir.

—Será mejor que te quedes en el vehículo —indica sin firmeza.

Camina por el sendero hasta la puerta de la vivienda. Echa un ojo alrededor, Anna no está por ninguna parte y no se ven luces por las ventanas. De todas formas, él abre y se adentra. Enciende algunas luces y desaparece entre puertas que Emma desconoce. Se oye su voz masculina y grave convocando a la joven, rogando que salga. Emma no aguanta junto al Lamborghini y se decide a entrar. Quiere conocer la vivienda de Enzo, saber algo más de él curioseando sus posesiones.

—¿Puedo pasar? —susurra... Obviamente, Enzo no responde, está perdido en la planta de arriba, ocupado en buscar a la joven, ganando tiempo, preguntándose en qué lío se está metiendo, si esto está bien o está mal. La pasión y la lealtad pueden ser tan amigas como enemigas.

En mitad del pasillo, Emma se encuentra una estantería completada con libros. Enzo es lector, una faceta extraña que jamás le hubiera adjudicado.

Junto a los libros, la funda vacía de un machete. *¿Dónde estará el arma?*, se pregunta, y la sola pregunta la asusta tanto como la excita. Es posible que Enzo vaya armado, que lleve encima ese machete desproporcionado. Emma se ruboriza mientras prosigue su andanza por la casa medio iluminada. Se sobresalta al reencontrarse con Enzo. Él bajaba por las escaleras, casi chocan abajo. Se miran. Ambos tragan saliva. Él no sabe cómo actuar. Ella solo quiere tirarse encima, abrazarlo, ser abrazada, y ni siquiera comprende por qué. Su corazón se ha vuelto loco cuando menos lo necesita. Ahora está protegida, aunque sea por un enfermo que le orina encima tras el sexo. *¿Por qué complicarse la vida?*

—¿Está Anna aquí?

Enzo niega.

—Te dije que esperases en el coche.

—Lo sé —afirma. Le da la razón y se queda muda. Enzo también, incapaz de reñirla. En el fondo desea que esté allí, muy cerca, aunque le irrite su presencia. Paradójicamente, a la par, preferiría tenerla lejos, a miles de kilómetros, donde no pudiera tentarlo.

Emma, de repente, levanta un dedo nerviosa y agudiza el oído.

—He oído algo, Enzo.

El pecho se le infla. Oír su nombre en su boca, brotando de sus labios carnosos y sensuales, le provoca espasmos. Traga saliva y mira hacia todas partes. Allí no hay nada, aparte de ellos dos, de su tensión, la tensión sexual que Enzo cree estar imaginando.

—¿Anna...? —llama la madre obsesionada con un ruido sordo y lejano, un metal golpeando de vez en cuando contra otro metal.

Comienza a caminar por el pasillo. Enzo, a su espalda, en un gesto instintivo y protector, se hace con el machete que guardaba discretamente sobre su camisa y bajo la chaqueta. Emma lo descubre y el corazón se le hace fuego. De nuevo, miedo y excitación... y no se atreve a decir nada... Enzo está para protegerlas.

Ambos caminan hacia el ruido. Viene de más allá de la cocina. Emma repite el nombre de su hija, pero no hay respuesta. Tiembla su cuerpo, aunque no sabe distinguir el motivo. En este momento, las emociones forman un huracán en su alma. Enzo se adelanta, colocando su brazo delante, rozándose, expandiéndose la adrenalina. Pisa la cocina y se acerca al cuarto que hay más allá. De pronto, una queja, un chillido, un gemido, un ruido extraño que proviene del interior. Enzo se lanza... y la lavadora empieza a centrifugar...

—¡Ja, ja, ja...!

Emma ve a Enzo partirse a carcajadas, imparable. Camina hasta el cuarto a paso ligero, ya oyendo el centrifugado, y se asoma para asimilarlo. Ese ruido

no era más que alguna cremallera o botón golpeando en el interior de la maldita lavadora.

—Se me había olvidado la colada, ¡ja, ja, ja...!

Emma también comienza a reír a lágrima viva. ¡Qué ridículo más espantoso el de ambos! Transcurren unos segundos. Por las cabezas de la pareja pasan mil cosas y, a la vez, nada. La risa provoca una sensación de bienestar. Se olvidan de muchas cosas, sobre todo de los problemas, vidas anteriores... Después, cuando cesan las risas y ambos, colocados sumamente cerca, se miran, son atrapados por el presente. Sus ojos se fijan, quedan clavados por un destino que desconocían. Enzo quiere besarla, llevarse sus labios a la boca, dejarse llevar, pero no sabe cómo. Emma respira fuerte, infla el pecho sugerente y envía señales que él no capta o a las que no responde por miedo. Miedo a todo. A cosas que jamás le dieron pánico.

—¿Qué pasará con nosotras, Enzo?

Su voz tiembla al hablar. Es sincera. Su mirada normalmente altiva, superficial y orgullosa, endurecida a base de malas experiencias en la vida, se torna humilde y atemorizada. Emma necesita bajar la guardia unos segundos, sentirse mujer, no un objeto sexual que se reparten, ni una madre entregada, sino una mujer de verdad, con sus fortalezas y debilidades, y con energías que se agotan cuando llega la noche. Es el mejor instante para un beso. La situación no podía ser más propicia. Sin embargo, Enzo rompe el hechizo:

—Ya conoces las normas, ¿verdad?

Emma se queda muda. Su corazón listo para entregarse se hace piedra, casi añicos. Hubiera preferido un bofetón, hubiera vuelto a la realidad de inmediato. No obstante, la respuesta de Enzo tiene grietas. *¿Por qué me entregas esperanza?*, desea preguntar. *¿Por qué me rechazas y, a la vez, me muestras un hueco por el que entrar?* Preguntas pasionales, ardientes, que se quedan petrificadas en el corazón de la moderna Helena de Troya.

—Las normas están para romperse.

Emma pronuncia la frase llena de dolor, lanzando una botella al mar,

náufraga en una isla desierta. Camina ágil hacia la salida de la cocina... siente unos dedos fuertes y ásperos que la sujetan, tiran de ella hacia atrás. Todo transcurre en cuestión de segundos. Solo el cielo sabe igual: profundo, sereno e inabarcable, siempre más. Sus labios se despegan. No es un sueño, sino un beso real. A centímetros, el rostro de Enzo. Ha sido un beso pasional. Emma ha besado muchas veces, pero no conocía este sabor. ¡Qué distinto es todo cuando la vida sabe mejor!

Enzo suspira. No ha podido resistirse. Las señales daban pie, él lo ansiaba. Qué cruel es el mundo con él, y qué grande, ¡tan grande! Su pecho arde, su alma vuela, su mente se ofusca. Si sigue besándola... será un traidor.

—¡Las normas, maldita sea! —exclama trotando hacia el pasillo. La poca razón que le queda lo lleva hasta el exterior, donde no haya muros que oculten su traición.

Abre la puerta del Lamborghini, azorado. Suena un trueno a lo lejos, el romántico, agrio e impulsivo sonido de la lluvia. Lo que faltaba. Todas las señales... lo llevan a su perdición.

—Será mejor que montes —le dice a Emma en cuanto esta sale por la puerta de la casa.

Camina despacio. Se miran. Deben montarse en el vehículo antes de que la lluvia los moje. Secos, todavía hay opción de volver atrás, de marcar una línea, unos límites. Pero Emma lo está mirando de tal manera... *¿Qué pasará con nosotras, Enzo?*, le ha preguntado antes. La cuestión da vueltas en su mente. *¿Qué pasará con nosotros*, se pregunta él.

La partida de Pedro Heredia

Hace ya más de dos meses de aquella noche aciaga. Pedro Heredia, sentado en una silla tapizada, bebía un intenso whisky escocés con aroma a madera y fruta. La garganta se le quedaba seca a cada paso arriesgado que daba. Apenas veía más allá de su vaso y de su partida. Era totalmente incapaz de afrontar las miradas de enjuiciamiento a la que estaba siendo sometido. *Menudo paria*, pensaban algunos de los pocos espectadores, *un pringado más*, murmuraba el tipo de la barra, *una despreciable víctima*, sostenía Alexey Vorobiov, el oso de Kadykchan, un ruso hispanizado al que era mejor no toser.

Las partidas de cartas del club no eran cosa de cualquiera. Allí solo se entraba con invitación. Europeos, americanos, árabes, asiáticos. Se podía ver gente de cualquier parte del mundo. Ojos más grandes y pequeños, rasgados o abiertos, pieles negras o claras, tostadas también. Cabellos rubios, tan amarillos que cegaban, junto a pelos oscuros como pozos profundos y vacíos. Las partidas del club eran multiculturales. En muchas ocasiones ni se entendían. No hacía falta. Allí no se hablaba. Se actuaba. Se jugaba; y se jugaba de todo. Entrar era una bendición o el fin de la existencia. Un jugador profesional podía ser invitado y salir de allí con más dinero del que gastaría nunca. Pero también los había que se habían arruinado. El dinero que se manejaba era incontable. No había límites. Las líneas se reducían a un objetivo simple: ganar. La ética se quedaba afuera de aquellas paredes.

Pedro Heredia entró creyendo que era un tipo afortunado. Desde que había oído hablar de aquellas partidas que se jugaban en el club de la costa había soñado con ser el ganador en una de aquellas noches ilegales. Solo una partida y podría retirarse para siempre, ser un rico ocioso al que admirarían los demás mientras se preguntaban cómo es que hizo tanto dinero. Cómo le llegó la invitación es algo que no se cuestionó. Él siempre pensó que era un

gran tipo. ¿El dinero? Un préstamo sin límites. Aparentemente, era su golpe de fortuna... pero perdió. Perdió demasiado. Se lo jugó todo.

Aquella misma noche, acabada la partida, retirado ya todo el mundo, menos él, se enfrentó sin valentía a su acreedor y a sus acólitos. Sus ojos llorosos apenas veían. Sus palabras emanaban como torrente, sin estructura alguna. El oso de Kadykchan lo tomó por un tarado cobarde, lo que era. Si no le hubiera interesado cobrar la deuda le hubiera pegado un tiro ahí mismo y no se hubiera molestado ni en enterrarlo. ¿Acaso alguien iba a preguntar por él?

—Me debes mucho... —le dijo—. Paga.

Pedro agachó la cabeza y deseó estar muerto. Tuvo frío. Quiso estar muerto. Suplicó en silencio por morir rápido. Estos rusos no eran gente de bien, sino malvados. Se lamentó por haber aceptado. Se dijo que toda la partida estaba amañada. Cualquier idea que justificase la derrota valía. Mientras, Alexey Vorobiov le repetía que debía pagar la deuda. Liosha llegó a golpearlo de lo alelado que estaba. Parecía no comprender nada, como si esta nada fuera irreal, una nada que podría borrar de un *gomazo*.

—Estoy en la ruina —confesó al final—. Solo tengo mi casa.

—Y el almacén del puerto —aseguró Liosha.

—Nos quedamos con ambos.

Y allí mismo le sacaron documentación que le obligaron a firmar. Lo hizo temblando. Su única opción para salir vivo de aquel club paradisíaco que prometía sueños pero que se había vuelto infernal. Casa y almacén pasaron a propiedad de los rusos. *Gente mala*, se decía una y otra vez Pedro Heredia. Su mente retorcida iba renunciando a los sollozos, inútiles ante el mafioso. Sentía rabia hacia sí mismo, por su error y cobardía, por su fracaso, pero lo desviaba hacia ellos, los culpaba. *Os mataré, me las pagaréis*, murmuraba en silencio, creyendo que lo decía en alto, pero guardándose de hacerlo.

—La casa y el almacén no pagan la deuda. No son suficientes. Has perdido demasiado dinero, Pedro.

—No tengo nada más. ¡Lo juro!

Se hizo el silencio. El oso tenía la vista clavada en su víctima. La tuvo desde que entró en el club, la tuvo desde antes. Tenía claro lo que quería de él, se aseguró de prestarle el dinero a la persona adecuada. En este trato no podía perder. Alexey Vorobiov nunca perdía.

—Amigo, sí que tienes algo que puede pagar la deuda por completo.

Pedro Heredia escuchó con atención. Su mierda de vida dependía de ello. Al parecer, existía una alternativa diferente a terminar en el fondo del mar o bajo tierra. Se irguió en la silla, mostrando su pecho orgulloso. Tenía algo, era alguien...

—Tu mujer y tu hija.

La frase fue como golpearle la cabeza con un bloque de hielo. Dura y fría. Se hizo el silencio otra vez. Se desinfló. Cualquiera que se moviera en este mundillo podía imaginar para qué quería a las dos mujeres. Emma era una mujer hermosísima, un ángel que le cayó del cielo, demasiada mujer para él. Anna prometía ser más hermosa todavía, y con carácter. Vorobiov las usaría como esclavas sexuales. Con un poco de suerte, putas de lujo, carne para millonarios, jeques y ejecutivos morbosos. Si se resistían, putas de carretera, paño de lágrimas para fracasados sin escrúpulos.

Pedro Heredia vomitó en el suelo. Los sicarios se apartaron. Provocó alguna risa cruel. Liosha, manchados sus zapatos, sintió ganas de reventarle la cabeza.

Alexey Vorobiov, una sombra terrible en aquel lugar oscuro y sin apenas iluminación, ni se inmutó. Se sirvió algo de agua mineral que había quedado sobre la mesa. Al cabo, para él, esto solo eran negocios.

El partido de pádel

Enzo golpea la pelota contra la pared y esta sale despedida por los aires. Vuela hacia una trayectoria deseada, sobrepasa la red y bota más allá de la media pista rival. Luego, vuelve a elevarse hacia lo alto en busca de la pared contraria. Los dos jugadores buscan la forma de golpearla. Uno de ellos lo consigue y devuelve la pelota en un globo corto. Antes de que caiga, Enzo se arrima y, elevando su pala hacia lo más alto posible, lanza un smash ganador imposible de alcanzar. La pelota vuelve a su campo tras golpear la pared rival sin que sus contrincantes puedan hacer nada. Enzo sonrío, su compañero de partida celebra el punto.

—Ventaja y punto de set y partido —dice este último con un marcado acento eslavo.

Se va hacia atrás y se prepara para sacar. Enzo espera a media pista, cerca de la red. El cielo está nublado pero el día ha nacido más caliente que el anterior. Hay mucha humedad. Los jugadores están sudando aunque apenas se dan cuenta. La adrenalina se ha ido acrecentando a medida que el partido de pádel exigía más. Enzo es un deportista nato, lo vive. Es competitivo, acostumbrado a ganar, a veces rabioso y mal perdedor, aunque, en la mayoría de ocasiones, siempre mantiene el tipo y se comporta. En el fondo, entiende que esto solo es ocio, pasar el rato y mantener la forma, y una excusa para beber entre compañeros después.

Los cuatro jugadores son los mejores de toda la urbanización. El partido ha sido largo, han ido al tercer set y ha estado muy igualado. Hay público en las pequeñas gradas de metal que se montaron para los torneos que organiza trimestralmente la urbanización.

Enzo no percibe las miradas, pero muchas caen sobre él. No solo de algunos de los hombres que siguen con interés, admiración y envidia el partido, sino, sobre todo de mujeres a las que Enzo preferiría no atraer. Por

ejemplo, está Vanesa, en una esquina, superada su vergüenza. También contempla las masculinas y fibrosas piernas de Enzo una de las novias de Andrey, Tatiana, pasional, fogosa, insaciable, asidua en este juego de provocar y contrariar a Enzo a escondidas. No faltan Emma y Anna, madre e hija, ambas siguiendo y animando a su nuevo y temporal protector, designado por el presidente.

La bola se pone en juego. Sobrepassa la red. Un rival golpea con fuerza. La bola amarilla golpea el suelo por el medio de la pista, se va hacia la pared y vuelve hacia delante: Enzo aprovecha para golpearla suavemente, con mucho tacto, como lo haría si soltase un polluelo mareado que se ha caído de un árbol. La bola busca la malla lateral. Un rival la alcanza y la golpea con mucha intención, tirando de técnica. Enzo estira el brazo de la pala lo más que puede. El color rojo de su indumentaria se desplaza veloz sobre el azul de la pista. La pala, roja y negra, logra parar la trayectoria de la bola, que vuelve al campo rival con un efecto endiablado. Uno de los rivales golpea como puede, fuerte, hacia el compañero de Enzo, quien pone la pala, por si consigue devolverla. No hace falta. La bola nunca llega a sobrepassar la red. El zarpazo del rival choca contra la cinta blanca, la parte más alta de la red. Duda entre un lado y otro, pero decide quedarse. Punto, set y partido. Enzo y su compañero se quedan con la victoria. Parte de la grada lo celebra.

No hay mal ambiente entre perdedores y ganadores. Alguna broma. Poca. La gente se dispersa en busca de conversación o un refrigerio. Nadie invita porque no hace falta. No hay que pagar en el bar del club de pádel, como no se paga en las tiendas. *La urbanización* siempre se encarga de los gastos que se generan en su interior.

—No ha estado mal, Enzi.

Enzo se vuelve y distingue, tras la voz aguda, el rostro de Sasha junto al de Vanesa. Ambos están sentados en las sillas rojas y negras de material sintético que rodean las mesas blancas de la terraza del bar. Ella intenta mostrarse cordial y natural, pero Enzo percibe cierto malestar. No le atribuye

importancia. Seguramente sea por reencontrarse los tres después del inesperado y secreto encuentro de ellos dos en el hall de su pequeña mansión. Se pregunta, en silencio, en lo más remoto de su subconsciente, qué habría pasado si se hubiera acostado con ella, cómo habría reaccionado ante un encuentro con Sasha, el protector oficial de Vanesa. Traga saliva solo de pensarlo y se tensa. Habrían terminado matándose...

—Hola —saluda Anna extremadamente sonriente—, con vuestro permiso me llevo al ganador.

Tira con determinación del brazo de Enzo, quien no se resiste, e intenta llevárselo. Huele a sudor, esfuerzo y masculinidad. No le resulta desagradable, sino comfortable. El gesto de confianza, la mano de Anna sujetando el brazo desnudo de Enzo, llama la atención de Vanesa. En sus dudas y celos, se imagina a Enzo acariciando el cuerpo joven e inmaduro de la adolescente. La enfurece una simple imagen. Enzo jamás la tocó a ella, ni siquiera cuando la trajo a la urbanización salvándola de un destino mortal. Entonces, fue un detalle que agradeció, pero, luego, sintió el rechazo. Igual que hoy. ¿Por qué demonios Enzo no la eligió? Tuvo que conformarse con Sasha... y, ahora, él... se junta con Anna con familiaridad inesperada...

—Un momento, Anna. Deja que celebre con el ganador la victoria.

Sasha sirve vodka en los dos vasos que hay sobre la mesa. Empuja uno hacia el lado de Enzo, coge el otro con la mano y se queda mirándolo, esperando que no rechace su invitación. Enzo no duda. Da un paso, agarra el vodka, lo levanta en el aire y bebe en un brindis silencioso. También Sasha bebe. A continuación, rellena los vasos.

—Por la llegada de Emma... y también de nuestra joven Anna.

Enzo acepta el brindis y ambos vuelven a beber. Se rellenan los vasos de nuevo. Anna, estupefacta, no es capaz de reaccionar. No quiere meter la pata. Observa a Vanesa, esperando que ella intervenga y pare esta incesante injerencia. Pero la mujer que siempre viste de rojo no interviene. Mira a Anna desafiante, después desvía la vista indiferente.

La botella está a medio vaciar. Los vasos de vodka se suceden uno tras otro. Sasha sirviendo desde la silla, aguantando sentado, Enzo, sudado, bebiendo y asimilando el alcohol de pie. Algunos hombres se acercan y observan. La rivalidad entre ambos es conocida. De repente, Emma coloca un montón de vasos en la mesa y sirve el alcohol de la botella de Sasha con desparpajo.

—¡Todo el mundo a brindar!

Se oyen vítores y aclamaciones. El alcohol corre como agua. Todo el mundo que coge vaso se anima. La botella se agota. Alguien trae otra y vuelve a servir. Sasha gruñe en sus adentros. Se ve brindando con un montón de vecinos, pero no ve al hombre que quiere derribar, su obstáculo en el camino al poder. Enzo ha desaparecido entre la muchedumbre. Emma se lo ha llevado aprovechando la euforia y el desconcierto. Ni siquiera Anna se ha enterado.

El Lamborghini se queda en el aparcamiento. Emma nunca ha conducido un deportivo con incontables caballos, teme estrellarse en una curva. Toman un taxi. Enzo, en la parte de atrás, mira por igual a Emma y al paisaje exterior, bosques, jardines y bonitas viviendas. Resopla y hace otros ruidos ligeros. Nota el poder del alcohol recorriendo su cuerpo, apoderándose de su mente.

—Gracias —reconoce antes de que le entren los mareos más fuertes. Emma no dice nada, solo sonrío.

Enzo entra en la mansión primero. Necesita llegar a un lugar en el que tumbarse. Con el estómago vacío, recién exprimida la fuerza, necesitando líquido, el alcohol está siendo rápidamente asimilado. Su sangre se ha mezclado, sus neuronas se duermen. La cabeza le da vueltas. Emma le coge del brazo y tira de él suavemente hacia la escalera. Une su cuerpo para que pueda subir con facilidad los lujosos escalones. Se apoya en la barandilla. Arriba, Emma intenta llevarlo hasta su cuarto. Lo tumbará en su cama, la mejor opción para que descanse. Sin embargo, cuando van a entrar, Enzo reniega.

—No, aquí, no. Llévame a otro cuarto. No puedo entrar ahí... Pueden pensar que...

Emma recorre el pasillo ayudando a Enzo y abre la estancia más cercana y que no pertenece a ninguna de las novias de Andrey, ni a su hija Anna. Es la mismísima habitación del presidente. Recorren la moqueta y deja a Enzo caer sobre la gigantesca cama. Retira algunos cojines, gordos y azules. Los coloca sobre un sillón blanco.

La habitación de Andrey Gólubev es muy grande. Está aislada con madera: le da aspecto noble. La cristalera mira hacia la amplísima terraza, la piscina y el horizonte marítimo. Hay dos sillones crema y uno blanco. Una televisión desproporcionada y otros aparatos tecnológicos. Algunas flores y cuadros. Un marco con una fotografía de Andrey hace unos años. También hay cajones por doquier, entre la madera. Y, seguramente, supone Emma, haya una caja fuerte con una cantidad insultante de dinero negro. Con ese dinero... podría desaparecer para siempre... o no... *Mejor olvidarlo*, se dice nerviosa.

Enzo gime. Está medio atontado. Asimila que está en la habitación de su jefe y amigo. Preferiría tumbarse en un sofá o en la habitación de invitados, mas ya no tiene fuerzas para levantarse. Su vida, en este momento, forma parte de un sueño. Su mente flota y duele. Es difícil separar realidad de ficción.

Emma tiene el detalle de quitarle las zapatillas. Los calcetines sudados. Los huele para hacer la gracia. Separa la nariz enseguida. Enzo ha sudado mucho, huele fatal.

—Deberías darte una ducha antes de acostarte —sugiere.

Enzo nota cómo Emma lo ayuda a levantarse.

—Cómo pesas, Enzo. Puro músculo. Estás hecho de acero.

Emma palpa los brazos de su nuevo guardaespaldas. Le gustan. Tiene un cuerpo sexy y atractivo. Además, desprende una energía fuerte. Con carácter.

Enzo murmura algo. No se le entiende. Emma tira de él hacia el baño, la sala contigua. Es amplio y moderno. Tras un muro, hay una zona muy amplia en la que reina una ducha gigantesca. ¡Toda la zona es una enorme ducha! Emma acciona las palancas. Un chorro a modo de cascada cae desde el techo. Luces azules y blancas tenues iluminan la estancia. Es casi como bañarse en mitad

del Universo, rodeado de estrellas y magia.

Enzo vuelve a murmurar algo mientras se empapa bajo el agua sostenido por Emma. Ella ríe alegre, empapada también. Se siente viva, enérgica. Ahora mismo, nadie la obliga a nada, no se siente responsable de nada. Es ella, libre y persona durante los minutos que dure esta magia.

Sus senos grandes y sugerentes quedan a la vista, empapados por el agua. La camisa blanca apenas hace de muro de contención. Ella sigue riendo feliz y se la quita sin pudor. Enzo, golpeado en la nuca por el agua, ni siquiera la está mirando. A continuación, Emma, sintiéndose valiente, se deshace del pantalón pitillo y ceñido de color negro. Su cuerpo apretado queda liberado.

Enzo se vuelve lentamente, aturdido por completo. Cree distinguir el cuerpo desnudo de Emma. Sonríe divertido. Su poca percepción le dice que ese cuerpo es espectacular. La coge del cuello y la besa despacio, con poca habilidad. Es su sueño y en su sueño, Enzo puede hacer lo que quiera. Emma se excita. El sudor, el agua, la desnudez, la sensación de peligro, lo prohibido... Vivir la vida en un solo instante, olvidando sus desgracias pasadas, a su marido cobarde, al proxeneta ruso que las persigue, al perturbado de Andrey... Solo es ella, desnuda, como vino al mundo, con él, Enzo, el misterioso y contradictorio Enzo.

Le quita la camiseta sudada y empapada. La deja caer al suelo. Después, los pantalones y calzoncillos. El pene está caído, adormilado. Ella lo roza suavemente con los dedos. La erección se hace inmediata y Emma, satisfecha, se sorprende. Se lo lleva a la boca. No lo había hecho nunca así, tan deprisa, de primeras. Pero, hoy, en este preciso instante de su vida en el que se juega todo, le apetece. Enzo tiembla. Ella mira hacia arriba. Un temblor especial también le recorre el cuerpo. El placer de Enzo es su placer.

—Ven —susurra él ofreciendo su mano.

Emma corresponde el ofrecimiento y ambos, de nuevo, se encuentran frente a frente. Las respiraciones son lentas, y a la vez rápidas, inentendibles. El calor se aprecia incluso debajo de la lluvia que cae del techo. El agua

fluye, sigue su curso por el desagüe. Enzo mete una mano entre las piernas de la diosa que coprotagoniza su sueño. La acaricia intentando mostrarse dulce. Ella alza la cabeza y estira el cuello. Lanza un gemido al aire, le importa un carajo si alguien la escucha.

—Quiero sentirte, Emma.

Ella posa sus manos en el pecho viril. Lo acaricia y araña. Se aferra animada, no quiere soltarse, no desea que pare, no quiere que esto se acabe.

—Dios, necesito tu cuerpo... —pronuncia Emma apretándose y pasando sus manos a la espalda, donde puede oprimir, arañar de nuevo, abrazarse, sentirse más cerca. Las sensaciones son muy bestias, distintas, nada que ver con... nada. Lo que comparte con Enzo es único, irrepetible, inimitable. Dos cuerpos fundiéndose porque sí, por propio deseo, por instinto, por atracción irrechazable. Es el sentido de la Naturaleza. Es la vida.

Emma, muriendo de placer, sintiendo los dedos de Enzo desplazándose por su entrepierna, lleva sus dedos ágiles hacia el pene erecto y hostil. Él tiembla al sentir el contacto. Podría dejarse caer, morir aquí mismo, y lo haría feliz, sabiendo lo que es temblar ante el tacto del destino.

Por la cabeza de ambos pasa la idea de huir. Ella piensa que se está jugando demasiado, que debe proteger a su hija. Él que está fallando a su jefe, que esto no es un sueño. Pero ninguno para. Ambos envían toda responsabilidad moral lejos. Solo desean compartirse. Olvidar todo lo demás. Son ideas lejanas, borradas por el presente en el que apuestan por perder el juicio juntos.

Emma, viva, ansiando sentir, recibiendo placer y queriendo darlo, aprisiona fuerte la erección de su nuevo amante. De su garganta grave brota un gemido. Emma quiere oírlo más. Acaricia, mueve sus manos hacia delante y atrás, él siente el deseo, cierra los ojos y aprieta los dientes.

—Oh, dios... Sí...

Enzo prosigue las caricias, Emma también. Él, borracho, con más torpeza, ella, despierta, más hábil. Enzo percibe su llegada hacia el éxtasis...

se correría con gusto... pero no lo quiere así. Es un sueño único, quiere que dure. Fiero, toma las manos de Emma y las lleva a la espalda, prisionera de sus deseos y su vigorosidad. Quedan pegados. Él la mira. La imagen es algo tenue y borrosa, pero le parece la mujer más hermosa del mundo. La besa. Explora cada rincón de su boca. Ella se deja vencer por el placer inaudito y normalmente inalcanzable.

—Hazme tuya —le pide cuando sus bocas se separan—. Hazme tuya para siempre.

Enzo se excita aún más y se llena de pasión. Vuelve a besarla ofreciendo su lengua voraz. Muerde su labio inferior. Ambos batallan en este juego natural del amor. Están excitados, presas del instinto.

—Cuando me tocas es... —Enzo no termina la frase. Es incapaz de describir lo que siente. No hace falta. Ella siente algo parecido, inexplicable —. Eres... es... una locura...

Vuelve a besarla apasionadamente. Por nada del mundo se echará atrás ya. Ha sucumbido a la posesión, a la entrega y al dominio. La lujuria es la dueña de los dos. Ninguno de los dos comprende ahora el significado de arrepentirse. La carne es más poderosa que la razón.

Enzo gira el cuerpo de su amante. Estira sus brazos sobre el muro de la ducha. El agua continúa cayendo. Ambos están mojados de saliva, agua y sexo. Él nota su erección chocando contra las nalgas succulentas y apetitosas de Emma, que percibe el miembro erecto de Enzo, avisando de su pronta entrada. Y así sucede. Él busca la vagina con los dedos, torpemente, después, con ayuda de ella, introduce el pene tieso. La vagina está húmeda, deseosa, y la carne se desliza. Emma gime intensamente.

—Métemela más —suplica nerviosa.

Él hunde su espada, su arma de combate. Atraviesa toda barrera. La hunde más, y más, metiéndola y sacándola cada vez. Emma está en otra dimensión, sometida, dispuesta a entregar su alma al Diablo si es menester. Todo vale con tal de alcanzar la gloria.

—Dios mío... —reza en una pequeña oración, una invocación hacia lo desconocido. Emma no sabía de la existencia de este placer.

—¿Qué ocurre, Emma? —pregunta él medio atontado y asustado, guiado simplemente por su excitación salvaje.

—Sigue, Enzo, sigue...

Él se aprieta, la abraza, recorre sus brazos extendidos, estudia sus curvas, agarra sus pechos, manosea, le da un cachete suave, estruja su culo. Ahora mismo, es toda suya. Su posesión más preciada, lo único que le importa.

—Quiero que grites de placer —dice él, olvidando la realidad, creyendo que todo forma parte de su sueño, en el que no puede pasar nada malo.

—Por Dios, no pares.

La embute entera, hasta el fondo, provocando un estremecimiento mutuo, él siempre resistiéndose a correrse, aguantando, dejando todo su esfuerzo en el camino. Resopla. Emma baja las manos lentamente, recorriendo la pared. Necesita contraer su cuerpo, sentirlo cerca, saber que todo esto está pasando. Gime sin parar. El pene ancho de Enzo la está torturando placenteramente.

—Deprisa, deprisa... —pide.

Enzo acelera y el ritmo se vuelve frenético. Sus ataques ganan intensidad. Él solo piensa en aguantar y soltar su éxtasis en el último momento, cuando ya no pueda más. Ella está bañada en sensaciones increíbles que alteran la percepción de su cuerpo y de su alma. Está en un mundo donde calor y placer se vuelven insoportables, estremeciéndose en cada acometida del guerrero que tiene a su espalda.

Al fin, Emma chillaba. Un profundo gemido brota de su garganta y recorre la ducha. La invasión del orgasmo. Enzo no aguanta ni un segundo más. Estalla. Revienta. Visita el paraíso.

Emma, exhausta, percibe la cabeza de Enzo sosteniéndose contra su espalda. Está totalmente K.O. Se abraza. Se deja vencer por el sueño. Emma ríe. ¡Qué escena más ridícula! En la ducha, desnudos, tras el sexo brutal... y

tendrá que llevarlo a la cama. Ríe. No le importa. Ha sido... ¡uf!... no hay palabras.

El ocaso de Pedro Heredia

El coche se detiene en la esquina. La prostituta, vestida con altas botas rojas, una minifalda de tubo y un feo top de leopardo, se agacha y se posa junto a la ventanilla. Liosha, desde la posición del copiloto, contempla el cuerpo de la mujer. Para sus gustos estériles, flacos, enfermizos, la puta posee demasiada carne. Él prefiere prostitutas de lujo, modelos y actrices que viven de estos misteriosos sobresueldos. Le gustan extremadamente delgadas. Raramente se digna a acostarse con las prostitutas más comunes con las que trafican. En contadísimas ocasiones. Y han de ser muy delgadas, claras de piel y con los ojos azules o verdes. No es el caso de la puta que se apoya en la ventanilla, tan cerca de él que puede olerle el aliento. Resulta desagradable, asqueroso. La mujer va pintarrajeada en exceso y en sus ojos mareados se adivina el rastro del consumo de estupefacientes. Heroína, imagina el peligroso sicario ruso.

—¿Chicos, buscáis compañía? ¿Calor humano? Pero qué guapos sois los dos y qué elegantes. Mirad la mercancía... ¿os gusta?

Sus cabellos castaños caen hacia el vehículo, un BMW serie 3 que el conductor ha robado hace un par de horas, antes de recoger a su jefe. No han cambiado las matrículas, no hay necesidad. Es de noche, el conductor no buscará su coche hasta que tenga que ir a trabajar a la mañana siguiente. Entonces, cuando se percate, se preguntará dónde demonios ha aparcado, explorará la zona y, solo cuando esté seguro y desesperado, avisará a la policía y denunciará el robo.

—¿Cuánto cobras? —pregunta Liosha. Es un tipo cruel. No le interesan lo más mínimo sus servicios. La considera una asquerosa, un deshecho de la sociedad en la que vive. Mierda que salió de algún culo. Solo quiere humillarla, oír lo desgraciada que es comiendo pollas y abriéndose de piernas por cuatro duros.

El conductor ríe como un idiota. Él sí se dejaría chupar la entrepierna si estuviera solo. Eyacularía con placer en la boca de la prostituta antes de subir al piso de su futura víctima. Así haría el trabajo más relajado.

Mira de reojo la mano de Liosha, esta se desliza hacia la teta derecha de la mujer. La soba. Sigue su conversación. Prosigue humillándola hasta que la puta se percata de que no hará dinero con ellos. Es entonces cuando levanta la cabeza y busca con la mirada a su chulo. Este, un rumano enorme que permanece situado en las sombras de un portal, cabecea hacia un lado. La prostituta acaba de recibir la orden de buscarse otros clientes: cada minuto de su vida está dedicado a generar dinero como una máquina tragaperras. Los descansos, las charlas, los intentos comerciales de atraer a un cliente están limitados. No hay tiempo que perder en esta máquina cínica y terrible de la explotación sexual; la esclavitud permitida que multitud de hombres, jóvenes y mayores, desgraciados, solitarios, indecentes e infelices permiten y favorecen con su dinero.

Los dos rusos se quedan solos en el BMW de color gris. El conductor señala el piso. Liosha asiente. El coche arranca. Un par de prostitutas esbeltas y de cabellos teñidas, mal vestidas, con el culo prácticamente al aire, sin dejar casi nada a la imaginación, les echan el ojo, pero, ante su falta de interés, buscan otros clientes. Las esquinas con grafitis, sucias y desconchadas quedan atrás cuando los dos rusos se meten en la zona de los travestis, que los piropean desde sus “oficinas”. El conductor se asquea y acelera. Solo frena el vehículo cuando han superado la calle. Entonces, estaciona en la oscuridad y esperan...

La noche pasa despacio, caminando a ritmo de elefante, apisonando, pero sin prisas por llegar a su destino. Apenas quedan trabajadoras en las calles. Están realizando sus servicios en descampados y calles apenas transitadas. Otras, las que han hecho más caja, ya se han marchado a casa, a reponer fuerzas y encontrar energía en drogas que bloqueen sus pensamientos y sus lágrimas. Liosha y el otro ruso se apean del vehículo. Van armados con

pistolas. En unos minutos habrán matado a Pedro Heredia, el jugador sin suerte. Esta es su misión.

Caminan aligerando el paso. Mientras menos personas se fijen en ellos o se crucen, pues mejor. No habrá pistas que los señalen.

Superan la acera hasta llegar al portal. El conductor, Yuri, el sicario que siempre selecciona Liosha para estos trabajos, por su falta de escrúpulos y su capacidad para hacer de todo, saca una palanca de debajo de la sudadera deportiva. La introduce entre las dos hojas de la puerta antigua que da acceso al portal. Es un tipo grande y musculoso. Tras unos pocos movimientos, rompe el cerrojo ridículo que mal cerraba. Liosha y Yuri, ambos vestidos de calle, deportivos, de oscuro, con ropa barata de mercadillo que no deja rastro, se introducen en el bloque y se sumergen en la negrura de la escalera. En cuestión de minutos, se colocan frente a la puerta de Pedro Heredia. Liosha echa un ojo por el hueco de la escalera. Aunque lleva guantes de látex, evita tocar la descuidada baranda de madera carcomida que tiene pinta de caerse un día de estos. Arriba y abajo. Solo se ve oscuridad. Mientras, a su espalda, Yuri, enguantadas sus manos, saca un trozo de plástico y comienza a hacer sus trucos de *abrepuertas*. Liosha le ha visto vencer cerraduras con una facilidad terrible. Es una habilidad surgida como resultado de una vida callejera y ambulante. Yuri tuvo que robar, pero, además, le gustaba. En menos de veinte segundos, y sin apenas ruido, la vieja puerta cede. Ambos entran sigilosos y cierran a su espalda. Ningún ruido en el vecindario, si acaso gritos entre prostitutas desquiciadas que se insultan.

Yuri avanza por un pasillo oscuro, guiado por la linterna del móvil. Liosha camina detrás, tranquilo, como si la casa fuera suya. Echa un ojo desinteresado al escaso mobiliario: cutre y desvencijado. No puede sino sentir repugnancia por la cucaracha que es Pedro Heredia, más motivo para matarlo. Se jugó su vida y su familia... para acabar así, viviendo entre inmundicia y pobreza, huyendo.

Liosha odia el juego, también a los jugadores. La vida se construye con

inteligencia, supervivencia y trabajo diario, no con vagos golpes de fortuna.

La habitación es tan cutre como el resto de la casa. Pedro Heredia, bajo la colcha, tumbado, dormita embutido en pesadillas. Yuri apunta con el leve foco de luz. Liosha asiente, es él, sin duda. Rodea la cama, se golpea con algo: ligero ruido. Esperan... Pedro realiza una mueca, después, gime, prosigue soñando, peleando con bestias que vienen a por él en mitad de la noche.

Liosha se sitúa al otro lado de la cama, maldiciendo su mala suerte. Se ha hecho daño en la espinilla. *¿Con qué demonios me habré golpeado?* Mira a Yuri y asiente irritado. Se coloca con una rodilla sobre la cama y agarra las muñecas del dormido. Yuri, a su vez, se pone encima y le arrebató la almohada. Pedro despierta y emite un gemido, no discierne si duerme o está despierto, si es real o está soñando. Pero sí se le despierta el instinto de supervivencia cuando le invade la angustia. La suave almohada de fibra, pegada a su nariz, impide que respire con normalidad. Nota el calor, le posee una intranquilidad fogosa, irreprimible. Su respiración se corta cuando Yuri aprieta más fuerte. Pedro, sin concebir en detalle lo que sucede en su propia habitación, describe, en su mente aturdida, su propio asesinato. Lo están matando. De esto, no hay duda.

Intenta mover el cuerpo, pero el peso de Yuri es superior. Las manos intentan moverse, tampoco pueden. Algo las aprisiona, quizás sean unas cadenas o unas manos enemigas. Pedro se imagina las fuertes y gruesas manos de Alexey Vorobiov atrapando las suyas. No será él, pero él ordena, así pues, es como si sus propias manos oprimieran su derecho a vivir.

Intenta gritar. Imposible. Pedir ayuda, socorro. No puede. Su boca babeante choca contra el material que busca su muerte. No hay dios que respire ahí debajo. *Voy a morir, voy a morir...* Pedro llora para sus adentros. El terror le puede. *¿Qué habrá más allá de la vida? ¿Habrá algo?* Preguntas que desearía hacerse, pero no tiene tiempo: a su vida le quedan segundos.

Logra zafarse de una mano de Liosha. Agarrar no es su fuerte. A Liosha le funciona mejor disparar un gatillo. El instinto guía la mano de Pedro hacia la

mesita de noche. Toca la botella que dejó vacía antes de acostarse. Cae sobre la mesita. La agarra. Golpea la cabeza de Yuri. Con la botella rota, intenta rasgar la carne, matar a su asesino, mas una mano lo detiene. El brazo de Liosha llega a tiempo para detener la acometida y salvar la yugular de su compañero. Sin embargo, Yuri, mareado, deja de oprimir con fuerza la almohada. Pedro respira, se inclina y desplaza al gigantón. La supervivencia otorga fuerzas que uno jamás hubiera imaginado. Alterado, corre por donde puede. Está aturdido y no reconoce la propia casa en la que vive desde hace poco. Oye los pasos a su espalda. No sabe adónde ir. Se golpea contra el ventanal de la terraza, el cristal cede, se hace añicos. Pedro es herido por doquier, se trastabilla por la velocidad y el golpe... y la baranda hace su aportación a la muerte de su inquilino. Su cuerpo hace palanca sobre el metal pintado de oscuro, invisible en la noche. Pedro gira sobre sí mismo en el aire, incapaz de frenarse, aturdido, superando la baranda de la terraza y desplomándose contra el suelo de la calle. La caída es brutal. Mala posición. Se oye algún grito de espanto. Liosha, desde arriba, junto a Yuri, se asoma y confirma que el cuerpo de Pedro Heredia está hecho polvo. Ahora, deben salir pitando y marcharse de la ciudad cuanto antes. No hay nada más que hacer en este sitio. La sangre ha sido derramada.

El amanecer de Enzo

Emma desvía la mirada. No quiere contestar. Preferiría no tener que mentir a su hija, que insiste en saber qué sucedió tras el partido de pádel, dónde fue con Enzo, por qué ambos desaparecieron.

—Entonces, ¿no vas a responder?

—Ay, Anna, déjame tranquila. Acabo de desayunar. No me apetece hablar de ayer. Bastante tengo con saber qué voy a hacer hoy.

—Yo solo digo que me dejaste plantada.

—Había mucha gente, ¿no? Y estaba Vanesa. Además, siempre te ha gustado estar a tu aire y ser independiente. ¿Es que ahora vas a cambiar de repente?

—No te entiendo, mamá. Me dices que paseé a veces, otras que no me separe de ti, luego otras que paseé de nuevo y llegue tarde, ayer que permanezca a tu lado y con Enzo, a quien antes no querías que me acercara... no hay quien te entienda a ti. Andas hecha un lío. Y, para colmo, desapareces ayer sin dar explicaciones y yo solo quiero saber por qué Enzo y tú desaparecisteis de repente y me dejasteis allí.

Emma mira el horizonte. Los jardines. Los árboles. El lejano mar. Desde la terraza, donde les gusta desayunar, aunque la brisa de la mañana refresque, Emma contempla el inicio de un nuevo día y se pregunta si las cosas cambiarán a partir de ahora o solo es un espejismo que duró unas horas. Lo cierto es que se acostó feliz y durmió como nunca. Se ha levantado con una sonrisa en la cara, inevitable y complicada de disimular. Anna la ha notado.

—¿Estuviste con Enzo, mamá?

—Mira, Anna, aquí en la urbanización y en esta casa hay unas normas. Si no cumplimos estas normas nos echarán a la calle y... ya sabes lo que nos espera ahí fuera. Así que será mejor que dejes de hacer preguntas y no indagues más, o nos pondrás en peligro. Ya sabes que todo lo que hago es por

nosotras, sobre todo por ti. Te recuerdo que dejamos claro desde el principio que no harías preguntas, y lo aceptaste, así debes seguir.

Anna, irritada, desvía la vista ante las últimas palabras de su madre. No está segura de lo que siente. En parte, felicidad, en parte, celos. No para de quitarse de la cabeza la escena de Vanesa y Enzo en el hall de la pequeña mansión de este. Entonces, la mujer de rojo se marchó abochornada. Ahora, Anna se pregunta si ella es la mujer de rojo, humillada y avergonzada, que huye hacia el coche porque se ha puesto en evidencia y ha sido rechazada. O se plantea si ella sigue siendo la misma Anna, la que observaba desde el marco de la puerta del salón, espiando, molestando, entre medias, creyéndose lo que nunca fue. Emma, su madre, quizás es la auténtica mujer de rojo, solo que, en esta ocasión, no se marcha avergonzada... sino que se queda en el hall, abrazándose a su Enzo, mientras Anna, sobrando, abandona el espionaje desde el marco de la puerta.

—Nos vemos en un rato, hija. Ahora tengo que hacer cosas.

—¿Llamarás en un rato a Enzo?

Emma, azorada, duda qué responder y se pregunta hasta qué punto su hija se imagina la realidad de lo que pasó.

—¿Por qué...?

—¿No se supone que no debemos ir a ninguna parte sin él? —recuerda Anna.

—Bueno, no hay que exagerar tanto, Anna. La orden de Andrey es que no nos separemos de él, pero supongo que no hay que tomárselo tan al pie de la letra. Puedes hacer cosas en la mansión, como utilizar la piscina, ¿por qué no te das un baño?

Emma abandona la terraza antes de que Anna continúe la conversación y la presione con preguntas que no quiere responder. Tiene enormes ganas de encontrarse con Enzo. Lo dejó anoche metido en la enorme cama del presidente y se fue a dormir a la suya. No lo hizo por gusto, pues anhelaba dormir a su lado, aunque estuviese borracho como una cuba, sino que lo hizo

por seguridad. ¡Bastante habían arriesgado ocupando la habitación de Andrey en lugar de la de invitados que el servicio había preparado para Enzo!

Estudia el pasillo, el acceso a la escalera, las ventanas que dan a la terraza. No hay nadie. Emma, sigilosa, abre la puerta del dormitorio y se adentra en el interior. La luz natural entra por las ventanas y solo las cortinas pesadas frenan su intensidad. Emma contempla la soledad de Enzo sobre la cama, desnudo bajo las sábanas. Está dormido boca arriba, su pecho desnudo al aire, ajeno a todo lo que sucedió. Ella somete su próxima acción a un juicio propio: marchar, olvidar y dejar todo estar, o despertar a Enzo para que abandone esta habitación cuanto antes y, por tanto, recordar.

Se tumba junto a él. Es un impulso superior a sus fuerzas. No le importa si el vestido elástico, de manga larga, doble cuello, blanco y sexy que ha escogido del vestidor se arruga. Se abraza y sonríe para sus adentros. Aparentemente, allí colocados, él desnudo, ella vestida para él, en medio de la riqueza y la quietud, son una pareja feliz y afortunada. Emma vive en esta ficción durante un minuto; después, agita suavemente el cuerpo de su amante de la noche pasada. Enzo no responde. Ella suspira y se da la vuelta. Si sigue mirándolo se lo comerá a besos... ¡Cuánto desea soñar!

—Ojalá nos hubiéramos conocido en mejores circunstancias —susurra de espaldas a él, apoyada sobre un almohadón enorme.

Las manos de Enzo amanecen sin avisar. Recorren los muslos al aire de ella, luego, suben por el vestido y abrazan sus senos sugerentes. Emma, sobresaltada, se excita de inmediato y tiembla ante el contacto inesperado. No se atreve a volverse, por si le cohibe y rompe la magia del momento. Percibe y muere de deseo al contacto de sus labios dulces con su nuca desprotegida, tras su cabello sumiso y el doble cuello del vestido que se entrega. Enzo muerde delicadamente. Ella expulsa halos de gozo que invitan a seguir.

—¿He dormido mucho?

La voz de su hombre suena gangosa, fastidiada, sufrida. A Emma no le importa cómo suene. Solo quiere sentirle como sea, de la manera y forma que

sea.

—No... —pronuncia entre gemidos causados por Enzo, que no para de mordisquearla como si fuera un trocito de alimento—. Es pronto... Pero deberías ir a tu habitación... Yo arreglaré esta... para que no noten nada...

Las nalgas de Emma, apretadas bajo el vestido de punto, contactan con la erección mañanera que sufre Enzo.

—Me alegra que hayas venido a despertarme...

—Buenos días... —susurra Emma ansiando ser poseída.

Las manos de Enzo circulan por las curvas femeninas, se introducen bajo el vestido, entre los muslos, y tiran de la ropa interior. Ella ayuda y agita el cuerpo para que la tarea resulte fácil. Enzo sube la tela hacia arriba y el trasero sustancioso de la mujer queda desnudo y predispuesto. Lo agarra con las dos manos y se echa encima. La posee con delirio y entrega. Se ansia nada más penetrar. Golpea contra la carne. Se excita cada vez más. Ruega por encontrar con su miembro salvaje y erecto cada rincón oculto y misterioso de su amante. Ansía descubrirla. Embiste con profundidad, ambicionando la fundición de los cuerpos, convertirse en uno solo para siempre, quedarse así, unidos, uno dentro del otro.

Enzo gira en círculos y de atrás en adelante. Pone una mano libre en la entrepierna de ella, cruzándola bajo su cuerpo, acariciándola delicadamente. Busca la satisfacción visible de Emma, que jadea desde la garganta y se estremece sin voluntad.

—No pares... —pide.

—No pienso parar —afirma y llega a creérselo, poderoso, extasiado, en la cima del Olimpo. Si por él fuera, frotaría una lámpara y pediría a un genio que repitiera para siempre, una y otra vez, este instante feroz, plácido e indescriptible.

Emma gime con la cara pegada a la cama. Se alegra de haber venido a despertar a su amante. La historia no es un cuento nocturno que se acabó en cuanto se separó de él y se fue a dormir, sino que tiene una continuación... y la

está viviendo en persona.

—Tienes un cuerpo maravilloso e increíble.

Ella quiere dar las gracias, pero solo puede sonreír entre gemidos.

—Es perfecto —añade Enzo—. Me vuelves loco... Moriría por ti.

Sus palabras consiguen un efecto mayor al que pretendía. Emma, enajenada por las embestidas de su hombre, llega al clímax estallando de la misma forma que lo haría una tormenta, solo que ahogando el grito sobre la almohada. Enzo golpea enloquecido y, con unas últimas y robustas sacudidas, alcanza su objetivo final y se derrite de gusto.

Después de unos cuantos besos por la nuca suave de Emma, se levanta enseguida.

—Debemos salir de aquí cuanto antes.

La recuperación de la razón los lleva a vestirse como si la vida entera les fuera en ello. Cada uno en un lado de la cama, mirándose de reojo de vez en cuando. Él procurando lanzarle miradas de *eh, estoy aquí, tranquila, todo saldrá bien*, acaramelado por la gratitud que siente en este momento. Ella buscando su divina sonrisa, su mirada intensa y relajante que no alcanza a entender de dónde proviene. Enzo es una contradicción andante, un caballero distinguido que se ha equivocado de siglo. Resulta fácil imaginárselo montado a caballo y recorriendo sus extensas tierras en una finca escrita por Jane Austen; batiéndose en duelo a las afueras de un París soñador; liderando un barco pirata y abandonando a su tripulación para salvar a una dama y huir con ella a una isla desierta y paradisiaca...

Entre ambos, hacen la cama y borran cualquier rastro visible.

—Sal tú primero —sugiere Enzo. Ella asiente—. Cuidado, que no te vean salir.

Enzo desaparece hacia el gran aseo separado por un tabique. Emma, a su vez, se acerca a la entrada del dormitorio y pone la oreja tras la puerta. En el pasillo reina el silencio. Abre débilmente, solo una rendija por la que asomar un ojo. Nadie. Abre del todo y sale, y, justo en este instante, la habitación de

Irina, cercana a la del presidente, se abre. Emma actúa por impulso y, en lugar de cerrar, azorada, entra de nuevo en el dormitorio. Se queda tras la puerta, asustada, tensa, temiendo que Irina la haya visto y abra. Sin pensar, sus pies la llevan hasta el centro del dormitorio. Se mueve de un lado a otro, tiritando, bloqueada. Entonces, vuelve Enzo del aseo, se sobresalta... Y se escucha la puerta del dormitorio abrirse...

Enzo reacciona rápido y tira de Emma hacia la cama. Velozmente, ágiles como gamos, sabiendo que se juegan la vida, se esconden debajo. Ambos aguantan la respiración en cuanto ven los elegantes botines marrones y de piel que solo una mujer vestiría. Emma conoce su identidad: Irina. *¿Me habrá visto? ¿Me habrá oído?* La tensión se queda corta cuando el miedo se apodera de los cuerpos quietos y enmudecidos de los amantes, escondidos en la escena de su crimen, el nido de su lujuria. Los botines de Irina se dirigen al aseo y enseguida vuelven hasta un lado de la habitación. Desplaza sin hacer ruido un panel de madera. Enzo, curioso y escamado, se arriesga acercándose al borde de la cama. Espía los movimientos de Irina, quien, tras abrir el panel, abre una caja fuerte. Conoce la combinación. Enzo trata de ver con claridad, resulta difícil. Algo se cae al suelo y, de inmediato, Enzo oscila hacia atrás, introduciéndose algo más en el escondite improvisado. La mano de Irina se agacha y recoge las perlas que han caído. Se las mete en un bolsillo y vuelve a cerrarlo todo. *Así que es eso, roba joyas en pequeñas cantidades...*

En cuanto Irina desaparece, Enzo sale de su escondrijo y se acerca a la puerta. Se desliza también Emma, que aún mantiene cara de terror.

—Parece que no somos los únicos que tenemos un secreto.

Emma cabecea. No sabe qué decir o añadir. Está aterrada. Se ha imaginado pillada in fraganti, torturada y asesinada junto a él. Un susto así no se quita de encima tan fácilmente. Sin embargo, percibe la mirada atrevida y pícara de Enzo y adivina lo que está pensando...

—No... —murmura sin apenas creérselo—. No es posible... Estás...

No le da tiempo a contar los pasos que él tarda en recorrer la distancia

que los separa. La abraza. Sus labios se adosan indefinidamente, extasiados, comiendo el uno del otro. Enzo no lo puede evitar, se vuelve loco y su potencia sexual, apagada durante meses, emana como la lava de un volcán en erupción. Comienza a desnudarse de nuevo, imparable, un coche acelerado y sin frenos.

—Estás tan sexy con este vestido...

Ella sonríe y se ruboriza. Lenta, quitándose el susto poco a poco y pasando a una nueva fase de romanticismo embriagador. Se contagia de la falta de pudor de su amante, quien ya está completamente desnudo, mostrándose, levantando una erección considerable y sugestiva. Emma se quita el vestido por arriba. Sus senos hermosos, sus caderas hechizantes y su tripa agraciada quedan a merced del amor.

—Es el mejor día de mi vida, Emma.

Ella se derrite y se encoge como criatura desprotegida. Se deja abrazar. Enzo es un sueño irreal en el que vale la pena sumergirse.

Cuando recupera el carácter, desnuda, abrazada quietamente, mira a los ojos carnosos e inabarcables que la observan. Enzo baja las manos por las curvas, memorizando la perfección, y se adosa a las caderas, dunas elevadas del desierto.

—Tenemos que irnos —susurra ella sin voluntad por hacerse caso. Vencida, entregada y dominada, dispuesta a morir de amor de nuevo.

Con un movimiento ágil, Enzo, brazos vigorosos y fuertes, la levanta por las nalgas y, automáticamente, ella le rodea la cintura con las piernas. Emma se pega a los acerados abdominales, se excita al contacto con su sexo y se funde de nuevo en erotismo puro. Se olvida de Irina, del presidente, de su vida entera... Se dice que está dispuesta a morir por este romance sin tregua. Su vagina mojada la acompaña.

—Mátame igual que hace un rato —pide esclavizada, anhelando la penetración inmediata, codiciando entablar batalla de nuevo con el pene erecto de su hombre.

Enzo la apoya en la pared, sujeta por sus brazos de una fuerza amoral e inusitada. Besa su cuello rendido provocando terremotos que no se pueden dominar. La eleva y lame sus pechos, sus pezones duros como metal rígido, ardientes como metal fundiéndose. La penetra en un ágil movimiento. La erección se hace con el control. Una tras otra se suceden las embestidas. Brutalidad pasional. Puro sexo. Después, terminado, llegado a orgasmos envidiables, los dos cuerpos, desprendidos de la pared, arrojados al suelo, se abrazan...

—Ahora sí podemos irnos —concluye Enzo—. En serio...

Emma ríe con naturalidad, olvidándose de donde están. Está llena de un amor que nunca encontró salida. Jamás lo hubiera pensado. *Te quiero*, le gustaría decir, desnuda, brotándole del alma, mas no quiere estropear el momento. Aparte de su hija, Enzo es lo mejor que le ha pasado en la vida.

Sasha y Liosha

Se acaricia el pendiente. Sasha está incómodo. Absorbe por la nariz y se rasca desenfrenadamente. Nunca le gustó tratar con Liosha, ni con Enzo, ni con nadie que tuviera la mirada profunda y la astucia suficiente para desenmascarar su fachada dicharachera y simpática. Sasha es ruin, envidioso y, en cierto modo, miedoso. Mantiene las apariencias, se comporta como los demás esperan y, a la hora de matar, saca todo lo peor de sí mismo para apretar el gatillo. Esta última virtud y sus contactos rusos son las dos cosas que le han permitido escalar hasta una posición respetada por los suyos. Solo a Enzo le desagrada. Fue por aquella vez que tuvieron que matar juntos a un empresario rival. Sasha mostró su crueldad innecesaria sin miramientos: la tortura. Quiso demostrar a Enzo lo duro y frío que era. Acojonó a sus propios compañeros, pero no a Enzo, que solo vio inseguridades y retorcimiento. Desde entonces, no se soportan.

—¿Y las chicas?

La pregunta de Liosha surte un efecto estremecedor. Sasha se pregunta si el oso de Kadykchan o su lugarteniente terminarán averiguando que se acostó con la mujer que tanto buscan. En la urbanización todo el mundo lo sabe o imagina. Emma y Anna estuvieron alojadas en su casa. Son las normas. Además, él mismo se ha encargado de presumir delante de todos los compañeros. No ha perdido oportunidad de contar detalles. Haberse follado a la última favorita del presidente le hace sentirse más hombre, y cree que los demás lo admiran por ello. Él la cató primero. Luego, la expulsó de casa, ha llegado a decir en algún caso, cuando la audiencia reía o escuchaba con la boca abierta.

—Están perfectamente. Se alojan en casa de Andrey. Ya sabes lo que eso significa, ¿no? —pronuncia sardónico, cara desencajada, enrojecida. La burla, piensa, le hace más fuerte.

Liosha, palo encajado en tierra al que ni los vientos más fuertes moverían, no se inmuta. Permanece puesta su fachada más seria, parte de su voluntad férrea, su frialdad conocida y temida. Sasha se estremece. *Este cabrón le pegaría un tiro a su madre y no lloraría.*

La fama de Liosha es merecida. Mucha es la sangre que ha salpicado sus manos. Es un tipo que hace su trabajo con eficacia y sin pudor. La conciencia no le visita ni de mañana ni de noche. Habla poco, aconseja escasamente, actúa cuando debe. *Es un felino que protege a su rey*, dijo en una ocasión un magnate ruso. Liosha había reído suavemente la gracia. Un felino, sí, al menos en astucia y en su capacidad de cazar, pero un felino que deseaba ser rey.

—Andrey les ha puesto un guardaespaldas exclusivo que las acompaña a todas partes —añade Sasha con una mueca de asco.

El cerebro de Liosha se pone a funcionar rápido. Un guardaespaldas en el que confie plenamente Andrey Gólubev para cuidar de la nueva mercancía más preciada y que, a la vez, provoque ardor de estómago en el cabrón traidor de Sasha. Solo hay un candidato, que él sepa.

—¿Enzo?

Sasha asiente molesto. Liosha, en cambio, medio sonrío. Tiene ante sí el mejor momento para burlarse de la serpiente que tiene enfrente, apoyada en los toneles del pasillo. Sasha y Liosha han quedado, igual que otras veces, en una tasca arrinconada en la que nunca se encontrarían con uno de los suyos. La regenta una mujer oronda y chillona que no para de dar órdenes a su marido. Un gigantón de manos gruesas que impone su ley en la barra y al que solo su mujer levanta la voz. Obreros en paro, jubilados del barrio, jóvenes sin curro y alguna pareja extraña son los clientes que frecuentan la tasca, perdida en un callejón al final de un barrio desconchado y marginal de la ciudad.

Tras la barra surge un pasillo, camino de los servicios. Otro pasillo radica en este. Una larga vitrina de cristal vacía y toneles igual de vacíos enfrente representan la huella de lo que algún día fue esta tasca cutre venida a menos, un lugar frecuentado por el dinero negro que pagaban los patrones en

las obras. Dinero que cambiaba rápido de manos. Se iba con la misma agilidad que se cobraba. Hasta que llegó la crisis y el paro, entonces, dejó de caer el dinero por estos sucios lares.

—¿Crees que podrás encargarte de él o será mucho para ti?

Sasha enfurece de repente. Se estira y tensa los brazos. Su cuerpo no impone, por más que él quisiera. No tiene la robustez de Enzo o la presencia de Liosha. Solo es un tipo atractivo, cómico y falsamente simpático que procura apretar antes que nadie el gatillo de una pistola.

—¿Qué insinúas? —dice incapaz de vocalizar otra cosa. Al cabo, quien está enfrente es Liosha, al que teme tanto o más que a Enzo.

—No insinúo nada. Pregunto —responde sin inmutarse, más allá de una sonrisa irritante que se mofa abiertamente de su interlocutor.

Liosha no quiere a Sasha en su bando. Es una serpiente rastrera. Un cabrón con pintas. Un traidor al que vale la pena hacer desaparecer. Sin embargo, sus contactos en Rusia son importantes. Ha tenido suerte en la vida. Ha nacido en la cuna adecuada. El oso de Kadykchan ha hecho un trato con los grandes de Rusia, al parecer, impulsado por un familiar de Sasha. Un juego de intrigas que a Liosha le pone nervioso. Puede oler la ambición del traidor a kilómetros. ¿Quién le asegura su ascenso final si tiene a partir de ahora esta serpiente a su lado? ¿Cómo podrá garantizar su propia supervivencia si no confía en quien será su sombra? No, definitivamente, no lo quiere en la organización de Alexey Vorobiov, pero, por desgracia, no es su decisión y tampoco puede eliminarlo. Las consecuencias serían gravísimas... Solo hay una opción... que muera en mitad del enfrentamiento, cuando se conquiste la urbanización. Y el más indicado para matarlo es Enzo.

—Me encargaré de Enzo yo mismo, en persona. Mataré a ese hijo puta antes siquiera de que se dé cuenta. Le clavaré un puñal en pleno pecho, le ahogaré con mis propias manos, le meteré...

—Ahórrame los detalles, Sasha —frena con un ademán indiferente. La arrogancia y cinismo de su interlocutor le cansa—. Bien, entonces, las puertas

de la urbanización se abrirán mañana por la noche a las tres de la madrugada. Tú te encargarás de que las dos mujeres no escapen y matarás a Enzo, ¿de acuerdo?

El silencio dura apenas tres segundos. Tres escasos segundos en los que Sasha siente miedo. Ha hablado de más. Liosha lo ha llevado hasta su terreno. Le ha convencido sin convencerle, sin hacer falta. Ahora, no podrá arrugarse. Tendrá que enfrentarse al hombre que hace poco ha amenazado su vida en la terraza, con las estrellas de testigo, en la última fiesta, cuando ambos coincidieron junto a la bella Emma.

La respiración se le vuelve más fuerte de lo habitual. Los olores a comida de rancho invaden sus pulmones. Sus dedos tiemblan sobre el tonel en el que se apoya. Traga saliva. No obstante, responde rápido, procurando que la mano derecha del oso de Kadykchan no perciba su malestar.

—De acuerdo —es todo lo que manifiesta. No tiene ganas de más. Imaginarse frente a Enzo para matarlo le quita el hambre, el sueño y las ganas de vivir. Vuelve a tragar saliva mientras la figura de Liosha desaparece sin despedirse en la esquina del pasillo. Siente rabia y frustración—. Me las pagarás, maldito desgraciado —murmura ahora que no le oye nadie y amenazar sale completamente gratis—. Te quitaré de en medio como haré con Enzo. Os mataré a los dos. Nada se interpondrá en mi camino. Y menos dos hijos de puta mal nacidos.

Aprieta el puño hasta que se le enrojece y le duele. Entonces, golpea sin apenas fuerza uno de los toneles. Algo de sangre mana de un arañazo. Sin embargo, no se percata. Toda su mente está puesta en el asesinato futuro de Enzo. ¿Cómo demonios hará para matar a este hijo puta? Solo tiene una opción. Jugar la baza que le otorga la traición, la inigualable y ventajosa baza de la sorpresa.

La cuadra

Anna acaricia el caballo lentamente. La mancha blanca se esparce desde el inicio de la crin, allí donde las orejas se abren como antenas, hasta los ollares. Quitando este capricho, todo el animal es marrón oscuro e intenso. Incluso su crin ladeada y sus ojos son oscuros, a la vez que limpios y planos. Su carácter es fuerte, idéntico a su color, mas se deja acariciar mansamente por las manos suaves y dulces. La cuadra también es toda marrón. Maderas nobles que señalan los orígenes elegantes y de raza de estos caballos que llegan a valer fortunas. *La urbanización* cuida de sus animales, los selecciona de entre miles y los mimra conforme a su rico valor. Algunos están para ser montados por los vecinos, otros, en cambio, son entrenados por un jinete, un hombre con experiencia en grandes carreras que los prepara por si llega el caso. No obstante, *la urbanización* no compite. Solo cría los ejemplares o juega a la compra-venta de famosos o apreciados caballos.

—Es precioso —opina Anna pasando las manos por el cuello del animal, que se deja malcriar sin inmutarse.

Enzo, al otro lado de la cabeza del caballo, apoyado en la madera, suspira relajado y observa el resto de animales que permanecen con la cabeza fuera de sus cubículos, en la misma hilera de la cuadra. Son idénticos. Todos preciosos, oscuros y con la misma mancha blanca. Prácticamente de la misma edad. Son copias homogéneas. El entrenador los adquiere todos con idéntico patrón, como si fuesen clones o gemelos de una misma madre. Así, los caballos nuevos son fáciles de vender a los mismos clientes, una y otra vez, porque echan de menos al anterior cuando muere o, en casos extremos, sustituyen al muerto, cansado o viejo por uno nuevo más vigoroso sin que nadie se dé cuenta. Posiblemente, para amañar carreras, quizás, en otros casos, por capricho, para obtener la falsa sensación de vivir en medio de la eterna juventud.

—¿Te has acostado con mi madre?

Anna lo pregunta tranquilamente, casi de forma mecánica y pasiva, adoptando la misma pose calmada del caballo. Enzo, en cambio, se separa de la madera de la cuadra, tensa la faz y mira a Anna sin saber qué decir. Podía esperar muchas cosas del día de hoy, pero, desde luego, no esta pregunta intrusiva y delicada que perfora cual taladro su seguridad. *¿Qué responder a una joven que te mira por igual con dolor y esperanza?* Ser sincero, arriesgarse, contar un secreto. O mentir, completar sus ojos con cinismo, irritarse, ser peor persona si es que esto es posible.

—Hay cosas que es mejor no preguntar, Anna —afirma buscando un limbo entre los dos mundos, entre las dos respuestas colocadas en precipicios paralelos.

La joven aguanta mirando los tersos carrillos del animal. El caballo persiste ajeno a la conversación, incapaz su cerebro de escoltar al de los humanos. Se conforma con ser acariciado, primario, dueño de los dedos de la joven durante unos segundos más de su encarcelada vida.

—Tu falta de respuesta confirma mis sospechas, Enzo —acusa Anna suavemente, de la misma manera que la miel se pega en la piel.

—Anna, no deberías...

—Ella no es la mujer que crees, Enzo —manifiesta con rabia—. Está casada con mi padre y además es una puta. Se piensa que no lo sé pero yo no me chupo el dedo, se está acostando con todos.

Enzo coge aire y suspira grave. Está confundido, sorprendido, siente curiosidad, pero, a la vez, está enojado, irritado con Anna y consigo mismo, atacado su corazón por una realidad que presiente.

—Aquí casi todas las mujeres han sido putas, Anna, putas de verdad, prostitutas, de las profesionales —asegura buscando sus ojos brillantes y caprichosos—. No hay otro modo de quedarse en la urbanización. Todas las mujeres que ves a tu alrededor tienen que satisfacer a alguien. La mayoría son prostitutas de las que alguno se ha encaprichado o que tuvieron suerte. Así que

dime, ¿qué quieres decir con lo de que tu madre es una puta? ¿Ha ejercido acaso también?

Enzo traga saliva. Su corazón late fuerte. Quiere confirmar algo que realmente no quiere saber. Está perforando un terreno peligroso. Ella, desconcertada, no le mira, rehúye la vista. Deja de acariciar el caballo, aunque no separa una de sus manos del carrillo del animal.

—Yo... no me refiero a eso, como tú dices... —habla tras sopesar si mentir o no, si exagerar sobre la vida de su madre y avergonzarla, quitarle lo que más desean ambas de la urbanización: a Enzo.

Prefiere decir la verdad. No puede mentirle. Quiere ser merecedora siempre de su confianza.

—Mi madre no es prostituta, pero no te ha contado la verdad.

—¿Qué verdad, Anna? —carraspea y respira fuerte. Un presente lleno de peligros persigue a estas dos mujeres. Un presente que ha puesto en riesgo la existencia de *la urbanización*, su modo de vida desde hace muchísimos años. Una vida que lo tenía agotado. Emma, en cambio, transmite energías. Es una Cleopatra capaz de destruir emperadores y reyes, incluso imperios—. Si quieres contarme algo no encontrarás mejor momento.

Anna mira a todas partes y duda. Están solos en la lujosa cuadra, aparte de la compañía de los hermosos y altos equinos. Emma ha acompañado al entrenador junto a un caballo y se supone que está montando afuera, en el picadero cercado con vallas blancas y creado expresamente para el entrenamiento ecuestre. Traga una bola de saliva que se le encaja en la garganta. Tiene miedo y está confundida y enfadada. Siente que su madre le ha robado algo que era suyo, la exclusividad de Enzo. Un hombre solitario y misterioso en cuyo entorno se siente segura. Pero Emma... Emma es arrolladora. Lo toma todo. Se lo queda todo. Anna está enrabiada, vulnerable, atacada. Se menosprecia a sí misma.

—Mi madre está casada. Hace ya más de un mes que mi padre se la jugó a las cartas y perdió. No se le ocurrió otra cosa que jugar en una partida

clandestina donde se apostaba fuerte. Debió de pedir dinero a...

—Alexey Vorobiov —se adelanta Enzo. El temido mafioso ruso siempre anda metido en préstamos, juego y extorsiones. Entre otros viles “negocios”.

—Sí. El tal Alexey la reclamó para él, supongo que para pasar una noche juntos, pero mi madre se negó a entregarse. Desde entonces, no hacemos más que dar tumbos por todas partes, huyendo de ese tipo.

—Vanesa contó que, cuando os encontró, tuvo que matar a un violador en el bosque donde suele correr. Por la descripción que dio Vanesa pensamos que era... vuestro chulo. ¿Era, en realidad, un hombre de Vorobiov? —pregunta Enzo abriendo los ojos de par en par. Entre los mafiosos se ha corrido la voz de que ha desaparecido hace poco Sergey Ivanov, sicario al servicio del oso de Kadykchan. Al parecer, nadie sabe qué ha pasado con él. Ahora, Enzo puede adivinar quién era el tipo del bosque.

—¿Nuestro chulo? ¿Crees en serio que yo...? ¿De verdad creías que mi madre...? ¿¿Piensas que somos putas??

El rostro de Anna enrojece de rabia y vergüenza. No puede aguantar más el llanto y, para no llorar ante Enzo, desprende la mano del carrillo del caballo y sale corriendo entre lágrimas. Enzo intenta reaccionar, pero no puede. En su cabeza hay cosas más importantes que consolar a una chiquilla.

—¿Qué ha pasado?

La voz de Emma lo alcanza desde la entrada de la cuadra. La mira pero tarda en asimilar su presencia. Su cerebro pretende atar cabos. El asesinato del violador del bosque, una partida de cartas, un préstamo, Vorobiov, las dos mujeres en fuga, el capricho de su jefe... ¿Tanto lío por Emma? Enzo asimila su presencia en la entrada de la cuadra. Es cierto que es bellísima. Él mismo no para de soñar con el recuerdo de su piel... sin embargo, solo es una mujer hermosa. Hay cientos, miles... ¿Una guerra por una mujer? ¿Vale la pena convertir la urbanización en Troya? Observa a Emma. Tan bella. Vestida con botines marrones, un tejano gris rasgado y un jersey blanco que se pega a su figura. Sus ojos desprenden terror, miedo a la vida, desesperanza ante su mala

fortuna; pero también esperanza por haber encontrado una llama que le alumbró en el camino, alegría por mirar a los ojos de su amante y valor para luchar hasta caer agotada. Emma vale todo. Él lucharía por ella. ¿Por qué no lo harían el oso de Kadykchan o el presidente? Enzo despeja la garganta.

—¿Qué ha pasado? —repite Emma acercándose al hombre que produce temblores en cada tramo de su dermis—. He visto a Anna corriendo y he pensado que...

Enzo se arrima a ella en dos pasos rápidos y desesperados. El movimiento de su pecho expone su respiración agitada.

—¿Y Roberto? —pregunta como si su vida dependiese de la respuesta.

—¿El entrenador de caballos? Se ha ido a montar por el bosque me ha dicho...

Enzo expulsa el aire vigorosamente. Sus ojos se abren enormemente y entre los labios aparece la punta de su lengua. Coge a Emma por las caderas y la atrae. No puede resistirse. Emma, su olor, su imagen, su recuerdo, todo, le vuelve loco.

La mujer tiritó. Siente miedo, un abismo de amor que se abre a sus pies y le muestra un mundo difícil y arriesgado. Solo tiene deseos de besarla, de amarla allí mismo, entre maderas nobles que serán testigos de sus besos.

Se besan. Luego, Enzo tira de ella y la lleva rápidamente hacia el fondo de las cuerdas, donde hay un cubículo vacío. Cemento, madera y paja. Y ellos dos tras cerrarlo. Un caballo relincha. El pecho de Enzo se une al de Emma. Ambos olvidan lo que son, aquel a quien deben lealtad, los peligros que acechan afuera. Se besan apasionadamente. Emma empuja a Enzo contra la pared de madera y apoya sus manos en su pecho. Le mira con picardía y muerde su labio lentamente. Enzo siente placer por todo su ser. Percibe la erección inmediata. No aguanta y atrae todavía más a Emma hacia sí. Adosan sus cuerpos. Enzo necesita que su amante note su sexo duro y dispuesto.

Ella atraviesa su cuello con besos inolvidables. Su mano izquierda puesta en el cabello de su hombre. Acariciándolo. Su mano derecha baja hasta sus

pantalones y toca su miembro. Enzo cree que reventará allí mismo.

—¿Te gusta, Enzo? —pregunta dulce y melosa.

—No puedo parar de pensar en ti —responde jadeante, incapaz de contenerse.

Emma desabrocha el pantalón de su amante mientras le mira y sonrío. Se desprende de ellos, con su ayuda pasiva. Luego, le quita los calzoncillos ajustados y azules y agarra su pene. Lo acaricia. Baja hacia abajo y, tras mirarlo, se lo introduce en la boca. Enzo disfruta, ríe, casi llora, la sensación es inexplicable. Mas necesita penetrarla, hacerla suya, explosionar en su vagina chorreante.

—Para, por favor, para —suplica sabiendo que si Emma continúa se correrá en su boca caliente y agradable.

Ella sonrío perversa, desde su posición agachada, y se saca el miembro duro y potente de la boca. Mira a Enzo. Está dispuesta a seguir, a que Enzo llegue a un éxtasis inaudito gracias a ella. Sin embargo, él aprovecha para elevarla con un movimiento fuerte y ágil. La pega contra la madera, de espaldas a él, e impone el poder de su cuerpo. Ella se aferra a los barrotes del cubículo. Él besa su cuello mientras desabrocha el tejano y lo expulsa hacia abajo, dejando al aire las carnes suculentas de Emma. Le quita el resto de la ropa. Él también se desnuda del todo. Entrega besos apasionados por su cuello, hombros y espalda, a la vez que acaricia sus caderas y nalgas. Después, lleva sus dedos hacia adelante, introduciéndolos en la vagina expectante, paseando su habilidad por la entrepierna de su íntima amiga.

—Me encanta tu cuerpo, Emma.

Ella echa la cabeza hacia atrás. El miembro erecto contra sus nalgas, los dedos en su sexo anhelante, los labios recorriendo su piel entregada. Todo es placer para el alma. Una perdición a la que se rinde con gusto.

Se da la vuelta. Necesita besar a Enzo en estos instantes o siente que se morirá. Sus labios se pegan, luchan amorosamente para no olvidarse nunca y entregarse para siempre. Si por ellos fuera, jamás se separarían.

La mano de Enzo desciende por la cadera contraria. Acaricia los muslos. Conquista nuevamente la vagina, su clítoris. Emma no para de abrir la boca y gemir. El placer es inmenso e indescriptible.

—Tómame, Enzo.

Él obedece. Sus músculos fuertes levantan a Emma por las nalgas y la apoyan contra la madera. La eleva para beber de sus pechos, comer de sus pezones. Ella se somete al delirio, subyugada por su nuevo amo.

La enorme erección se introduce por sí misma. Enzo gime mientras embiste con movimientos lentos y controlados de las caderas. Está fuera de sí, sin embargo, su cuerpo sigue mecánicamente una danza pausada y ardiente. Entra y sale despacio. Todo su miembro acaba en la vagina de Emma una y otra vez. Ella desea gritar. La recorren escalofríos. Se muerde los labios, incluso la lengua, para no chillar hasta el infinito.

—¡No pares, mi amor!

Las palabras brotan de su boca, de su alma, y Enzo las escucha y se excita aún más si cabe. Emma se abraza, se deja invadir. Es entonces cuando Enzo, con su boca pegada al oído de su amante, le dice:

—Moriría por ti.

Emma ya no sabe en qué mundo está. Se desespera. Oye las respiraciones jadeantes del hombre que la conquista. Nota su erección golpeando con placer su cuerpo. Estalla abiertamente, ahogando el chillido en un silencio extasiado. Su cuello se estira mirando hacia lo alto, buscando el cielo, el paraíso. Lo encuentra en el interior de su alma hechizada. Él se corre también. Se rinde ante sus atributos carnales. Se desploman. Se abrazan. Se entregan el uno al otro. El amor se hace dueño de la cuadra.

Rusia

El móvil suena y vibra bruscamente. Enzo remolonea en el sofá antes de cogerlo. Le fastidia que lo molesten justo cuando le quedan pocas palabras para resolver el crucigrama. Observa la pantalla de cerca y entiende la prioridad de la llamada.

—Andrey, ¿qué tal? —pregunta en ruso—. ¿Cómo van las cosas por allí?

El presidente de *la urbanización* no tarda en hablar. Se muestra nervioso y visiblemente afectado. Las cosas no van bien por Rusia. Enzo se levanta del sofá y tensa su musculatura. Al principio, escuchando a su jefe, permanece de pie, pero, enseguida, comienza a pasear a través del amplio y lujoso salón central de la mansión. No para hasta situarse junto a uno de los ventanales. Contempla el exterior deshabitado, el césped y la piscina alargada a los que no presta atención.

—No me lo esperaba, Enzo —reconoce en castellano Andrey Gólubev, presidente de la organización mafiosa conocida en los ambientes más turbios como *la urbanización*—. Alguien nos está poniendo la zancadilla. Es realmente extraño. No me fío de nadie.

—Aquí está todo muy calmado. Los hombres de Vorobiov ya no nos molestan desde el último encuentro pacífico en el muelle. ¿Seguro que no son paranoias? —cuestiona su mano derecha, algo desconcentrado e inocente desde que se acuesta con Emma. El mundo, ahora, le parece más pacífico que nunca.

—¿Qué paranoias ni qué...? Mira, Enzo, los “grandes” me están dando largas. No me reciben. Solo sus segundos y algunos familiares sin importancia. Aquí está pasando algo, Enzo, ¿me oyes?, ¿entiendes? Alguien nos la está jugando de verdad. Quieren acabar conmigo, con nosotros, con *la urbanización*.

Enzo contempla la piscina ahora con mayor atención. Las aguas están

quietas a un lado, pero, en el otro, en la distancia, se remueven a causa de un chorro que expulsa la depuradora. Se pregunta en qué lado está él y en cuál el presidente. Si en el tranquilo o en el más movido. Contempla las ondas. Estas se expanden y van surcando la piscina poco a poco, avanzando gracias al empuje de una ola tras otra. Entonces, se percata de que da igual en qué lado se encuentre. En ambos, las olas terminarían imponiendo su ley.

—¿Crees que es obra de Alexey Vorobiov? —pregunta. Al cabo, es su mayor enemigo, el único que tiene grandes intereses en el país, iguales a los suyos.

—Sin duda. Apostaría una mano a que sí. Pero no ha podido hacerlo solo. Alguien le ha estado ayudando desde aquí. Me juego el cuello a que han cerrado negocios a nuestras espaldas. Nos quieren eliminar, Enzo. Estoy seguro. Nos quedan horas de vida.

—Nos estamos precipitando, Andrey. Quizás...

—De ninguna manera, Enzo. Tú no estás aquí. No has visto las caras de algunos. Me miran como si ya estuviera muerto. Creo que es un secreto a voces. Ándate con ojo, amigo. Están al caer. Y vigila a Sasha. Sus parientes tampoco me reciben. Nunca debí fiarme.

—Será mejor que salgas del país cuanto antes y vuelvas —expresa contrariado. Por un lado, quiere proteger a su jefe, por otro, no desea que vuelva jamás. Emma se interpone entre ambos.

—Así lo haré —confirma el presidente y ambos se quedan unos segundos en silencio—. Pero, primero, haré unas últimas averiguaciones. Quiero cubrirme las espaldas por si la cosa sale mal. Después, saldré de Rusia echando leches.

—Bien, Andrey. Espero tus instrucciones y novedades si las hay.

—No confíes en nadie, amigo —zanja el presidente antes de colgar.

Enzo deja caer la mano que sostiene el móvil. Se queda pasmado. Hace unos días *la urbanización* gozaba de una salud férrea y el nombre de Andrey Gólubev era respetado en todos los círculos pertenecientes a las mafias

internacionales. Él era su mejor hombre. Hoy, tras el transcurso de escasos días en los que no ha sucedido casi nada, sospecha que este imperio que aparentaba sostenerse en pilares de acero comienza a desmoronarse, si es que no se ha desmoronado ya.

Andrey, en Rusia, ha sido defenestrado por los “grandes”: políticos, ricos empresarios y mafiosos que gobiernan medio mundo con sus largos tentáculos. Él, Enzo, es un traidor ante sus propios ojos, aunque su jefe no lo sepa. Ha roto su confianza acostándose con su amante. Si se entera... se romperá una amistad de años... y, posiblemente, la afrenta solo se zanjará con sangre.

Enzo camina con la mente abotargada. Absurdamente, siente que está sometido a demasiada presión. Él, que ha sobornado, chantajeado, robado y asesinado. Él, que tiene las manos tan manchadas que apenas se lavan con jabón. Enzo, que ha sostenido pistolas cargadas ante hombres amenazados que iban a morir. Sin embargo, esto es distinto, ya no está atado a este mundo de delincuencia y cadáveres. El éxito y el lujo han suavizado su carácter, y la aparición de Emma ha inquietado su espíritu hasta descubrir emociones que desconocía y que le aferran a la vida. También está Anna, fuerte pero indefensa, empeñada en atar su destino al de Enzo. Y, por supuesto, está su relación con el presidente. Son amigos, pero... Enzo ya está cansado de esta amistad, de sus órdenes y caprichos, de este mundo falso y perverso, cínico, elaborado con sangre y mentiras.

Deja el gran salón para atravesar un pasillo vacío. Se adentra en un salón más pequeño y se encuentra con Emma. Su amante está sentada en un sofá inmenso que, prácticamente, lo ocupa todo. La tapicería es gris, como las noticias que ha recibido el sicario. En el centro, una mesa baja y blanca, de madera, y, encima, un vaso de cristal y una pequeña botella de plástico a medio beber, de zumo cítrico y anaranjado. Enzo saluda y dedica su atención al bar situado enfrente. Emma, contemplativa, espía de los insectos que revolotean por las flores cercanas del exterior, acaba su observación tranquila y pacífica para desviar sus ojos a los rasgos de su nuevo amante. Enzo coge

una botella cónica de vermut Gran Reserva, originario de una respetable bodega de Madrid, y llena un vaso con dos hielos gruesos. Vuelca el líquido rojo mientras piensa en bebérselo en tragos cortos. Afuera, en el jardín, el mundo de los insectos sigue su curso. Un escarabajo caza una lombriz y se dispone a comérsela.

Enzo se lleva el vaso a la boca e ingiere parte del líquido, sin esperar a que se enfríe demasiado. Expulsa un halo de gusto.

—¿Todo bien? —pregunta ella.

Se levanta sin esperar respuesta y se acerca. Están solos. Se coloca frente a él, a un pequeño paso, y debe contenerse para no arrojarse a sus brazos. Él mira sus labios melosos y jugosos, sueña con morderlos de nuevo. Se contiene también.

—¿Y tu hija?

—¿Anna? Creo que está leyendo en la habitación. Ha encontrado una biblioteca en la mansión.

—No habrá salido, ¿no? —pregunta desconfiado y poseído por la cautela.

—¿Salir? Ya sabes que no podemos salir sin ti. Son las órdenes. —Da un paso al frente y susurra al oído—: Orden que, por cierto, me encanta.

Enzo tiembla y nota un principio de erección. El poder sexual de Emma es inabarcable. Solo su olor, su aroma dulce y sensual, arrastra a Enzo a la perdición más absoluta. También sus labios carnosos, o su boca abriéndose para hablar. Su mirada felina y orgullosa o sus pechos sugerentes. Todo en Emma le produce pasión. Al menos desde que compartieron sus cuerpos, pues, hasta entonces, solo le producía incomodidad y tensión.

Enzo da unos pasos y se separa. Debe permanecer alejado de ella o buscará de nuevo la forma de penetrarla. Es un deseo superior a sus fuerzas de contención.

Se acerca a la gran cristalera que mira al jardín. Afuera, sillas, una mesa de mimbre, setos, flores y árboles. Enzo vuelve a beber del vermut. El sabor

le agrada. Ojalá todo en la vida fuera así, fresco, aromático, pasional, dulzón y hermoso.

—Esta noche dormiremos en mi casa.

Emma recorre la distancia que los separa, superando el suelo de madera oscura, y lo abraza por detrás. Él tiembla, se excita, pero, a la vez, se tensa e incomoda.

—Podrían vernos, Emma —avisa—. Tenemos que tener cuidado con el servicio y con Tatiana e Irina. Incluso Anna.

—¿Anna? ¡Ja...! Mi hija es más lista de lo que te puedas pensar. Siempre lo sabe todo. Seguramente ya se habrá imaginado algo. A veces pienso que tiene poderes y es adivina.

—¿Lo sabe todo? —repite Enzo—. Puede que sí. Sasha, Andrey, yo... Creo que Anna lo sabe todo y no está especialmente orgullosa.

Emma se separa y se sienta en el enorme sofá, con la mirada perdida y la cara desencajada. Le cuesta mantenerse alejada de Enzo, sin embargo, le disgusta, duele e irrita el tono de sus palabras, flechas hirientes directas a su estómago y corazón.

—¿Es cierto que tu marido te perdió jugando a las cartas? ¿Por eso estáis aquí? ¿Fue por que no quisiste pasar una noche con Alexey Vorobiov? En cambio, decides pasarlas con todos nosotros... No me cuadra, Emma, a menos que seas una...

Emma se dice que va a llamarla puta, quizás espía. Mira a los ojos de su amante. En sus pupilas profundas e intensas percibe su indignación y dolor, su confusión, lo mucho que le duele compartirla. Hablar de otros hombres le corroe. Quiere y no quiere saber.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Ha sido Anna?

—¿Acaso importa?

—Sé de sobra que ha sido Anna. Es la única que sabe esa... pequeña historia que yo misma le conté —expresa echando su cuerpo hacia adelante, molesta e irritada. Se siente traicionada por su hija. Coge la botella de zumo y

hace amago de beber, pero no bebe. Vuelve a dejar la botella. Está visiblemente nerviosa, sopesando si contar la verdad o no—. Mi marido se llama Pedro Heredia, es un enorme y grandísimo error en mi vida. El desgraciado pidió un préstamo para jugar a las cartas...

—A Alexey Vorobiov, lo sé.

—Pero se jugó mucho más que eso aquella noche. Nos jugó a nosotras. No solo a mí, Enzo, no se trata de pasar una noche con ese cabrón malnacido de Vorobiov. ¡Se trata de ser sus putas! —exclama a punto de llorar—. Anna y yo. Convertirnos en sus esclavas sexuales, para lo que él quiera. Nunca habríamos saldado la maldita deuda de mi marido. No podía consentir que me hicieran eso... y menos a mi hija.

Emma estalla en lágrimas y se lleva las manos a los ojos, para tapárselos. La tensión acumulada, el miedo, la presión y la vergüenza que siente ante su amante rompen en un lloro necesario e imparable. La vida ha sido muy puta con ella, sobre todo en el último mes, solo la aparición de Enzo, su romance inesperado, se salva de este pozo negro de mala fortuna.

Enzo, parado, mirándola, aturdido, comprendiendo en parte su sacrificio, desearía abrazarla. Emma es una mujer enorme que ha protegido a su hija por encima de todo, entregando su propio cuerpo a cambio. Sin embargo, le asaltan las dudas. ¿Es él un juego, un amante más en el camino para proteger a su hija?

—Entonces, Sasha, Andrey y yo...

—No, no te compares, por favor. —Emma se levanta de un respingo y se queda de pie, con los puños rectos y apretados de rabia, pero también de necesidad de comprensión. Quiere a Enzo. Comparte su dolor. Le hubiera gustado que solo él en el mundo la hubiera tocado y penetrado, pues es tan diferente a los demás, pero el pasado es algo que no puede cambiar—. Sasha y Andrey sí. Ellos fueron una necesidad. Estábamos desamparadas. *La urbanización* era nuestra única posibilidad para salvarnos de Alexey Vorobiov. Yo había oído hablar de vosotros y sabía que protegíais, a cambio

de... ciertas atenciones..., a prostitutas, mujeres violadas, maltratadas o desesperadas.

—Pero la violación en el bosque, el sicario de Alexey... ¿Fue una casualidad?

—No —confiesa Emma. Es un tema delicado, pero la sinceridad ante Enzo hará de ella una mujer más fuerte. Debe hacerlo, confesarse, para que Enzo la vea tal y como es, nítida, sin secretos—. Vigilé la entrada unos días. Seguí a Vanesa y comprobé sus costumbres. Se podría decir que forcé los acontecimientos para que ese cabrón me intentase violar delante de ella. Todo salió bien, bueno, más o menos bien, al menos, quiero decir, acabamos aquí.

Enzo observa inquieto las lágrimas de Emma. No paran de salir constantemente. Sus ojos son una fuente abierta. Está abriendo su corazón, su alma, sus secretos más turbios. Enzo querría abroncarla, castigarla por los hechos, por la entrega de su cuerpo a otros hombres antes que a él, mas no puede. Sería cínico por su parte. Él también estuvo con otras mujeres antes de conocerla, aunque la última fue hace tiempo... pero, sobre todo, hizo cosas realmente peores, acciones punitivas que van más allá del sexo y la lujuria.

—Luego Vanesa me contó las normas y me dijo que si me acostaba con Sasha podría quedarme a vivir. El resto ya lo sabes. —Emma deja de llorar, se traga la congoja y mira a su enamorado con ojos de súplica—. Sasha y Andrey fueron necesarios. Tú... tú eres diferente. Eres único. Me has hecho revivir. Contigo no necesito *la urbanización* porque a tu lado me siento segura. Cree lo que quieras, Enzo, pero siento que te amo con locura. No puedo evitarlo. Ojalá pudiera para que las cosas fueran más fáciles, pero eres como un imán que me atrae sin cesar. Necesito tu cuerpo y fundirme con tu alma a cada minuto. Dime qué quieres de mí y lo haré sin pensar. Me vuelves loca.

Enzo no aguanta. Antes de que nadie aparezca y pueda estropear las últimas frases de Emma, recorre en dos pasos la distancia existente entre ambos, salvando la mesa central, agarra a su amante de la cintura y el rostro y

la besa ardorosamente sin importarle si el mundo se acaba ahí mismo.

Transcurren unos segundos en los que el beso se toma su tiempo para unir de nuevo a los dos amantes. Luego, Enzo agarra a Emma de la mano y tira de ella a través del pasillo. Abren una puerta y cierran a su paso. Emma no conocía esta habitación, una sala no muy amplia presidida por un billar y, al fondo, una barra de bar. Un lugar para el ocio y el intercambio social. Enzo echa un pequeño cerrojo manual, un capricho de Andrey, que, a veces, gusta de encerrarse en compañía femenina y hacer el amor sobre el billar. Enzo lo desconoce. Nunca ha preguntado el motivo de que se pusiera este cerrojo, supone que es para que el servicio no interrumpa una buena partida.

Se coloca frente a Emma, cuyo culo choca contra la mesa de billar. Está preciosa y sexy, como siempre. Lleva un vestido beige y ceñido, con escote en V, dejando parte de sus pechos al descubierto. Destaca todo su busto, imperial, imponente. Por delante, el vestido es liso, por detrás, en la parte superior, tiene una malla transparente y elegante. Además, lleva botas altas y negras y unas mallas seductoras en las piernas. Enzo sueña despierto y ansía quitar toda prenda de su cuerpo. Tomarla igual que hizo en la cuadra. Sufre por comérsela entera, a bocados fuertes. Se quita la chaqueta del traje y la deja caer al suelo. Poco le importa lo que pase con ella. Mirándola a los ojos, suplicando su perdón por haberla hecho llorar, ávido por hacer las paces, coloca sus manos con delicadeza en las caderas de la mujer. Sus frentes quedan unidas, compartidas. Sus respiraciones controladas, juntas.

—Espero que me perdones —susurra—. Si me odias, me muero.

—Bésame —pide ella acalorada y feliz.

Enzo besa sus labios, bebe su saliva. Después, recorre la piel de su cuello, igual que hizo en la intimidad de la cuadra, solo que con más sutileza. Enzo necesita amar y que Emma lo ame.

—Te sobra la camisa.

Emma comienza a desabrochar los botones y observa el pecho masculino. Lo manosea. Lo toca. Lo memoriza una vez abierto y descubierto. Entrega unos

besos. Él gime y alza la cabeza. Cuando Emma vuelve a su boca, Enzo posa sus manos en el trasero espléndido y la aúpa sobre el billar. Parte del tapete morado queda cubierto por el beige de la prenda. Después, también por el cuerpo de Enzo, quien se arroja encima mientras Emma cubre su cintura enlazando sus piernas poderosas.

Las bocas se devoran. La pasión reina sobre el tapete. Las uñas de Emma agreden la espalda de su amante. Él gime loco, tensa su cuerpo, se estira descontrolado. Su erección le posee. La fiebre de la lujuria se apodera de las dos personas. Los besos se comparten con amor, timidez y, a veces, fiereza.

Enzo le quita la ropa a Emma. Ella ayuda, deseosa. Ansiosa. Queda completamente desnuda, como vino al mundo. La ropa cae sobre la moqueta gris que sostiene la mesa de billar. A Emma tampoco le importa lo que pase con sus prendas.

—Me encantan tus vestidos, pero estás más guapa así —susurra Enzo. Ella se pone colorada y ríe procurando taparse los senos. Él retira las manos con delicadeza y los observa—: son preciosos —dice antes de besarlos y lamerlos.

Enzo se endereza y se quita nerviosamente el resto de su ropa. Su erección queda visible. Emma sonríe anhelando la penetración. Disfruta sabiendo que causa un efecto poderoso en su amante.

Ambos, desnudos, se abrazan. Enzo se coloca entre las piernas, con los brazos apoyados en la mesa de billar. Por suerte, no hay bolas por medio, el plano es solo para ellos dos. Enzo la penetra en el mejor de los momentos, con suavidad, causando estragos en su corazón. En los de ambos. Es una penetración llena de amor. Ambos gimen de satisfacción y erotismo. Él va ejecutando los movimientos cada vez más rápido, a ritmo de los gemidos de la mujer.

—Oh, dios...

Emma sucumbe de nuevo al placer del sexo. Sus ojos, que no miran nada y lo miran todo, se pierden en un vacío de placer. Con Enzo pierde el norte, la

sensatez, el orgullo. Con Enzo es puro amor, pasión, entrega. Cada embestida la transporta a un nuevo mundo, a sensaciones desconocidas. Su cuerpo se llena del poder sexual de Enzo, cuyos jadeos anuncian que no parará hasta llegar al éxtasis. El ritmo de los amantes se vuelve frenético. Emma quiere gritar. A Enzo le da igual. *Si quieres gritar, pues grita*, se dice. Emma, sin embargo, se contiene. Solo gritaría si él se lo pidiera.

—Espera, cambia de postura, me doy la vuelta.

Enzo, sorprendido, obedece y se frena. De rodillas, contempla el culo de la mujer colocarse frente a él. Se excita enormemente y su pene se eleva como una bandera en plena guerra. La penetra a cuatro patas, sobre el billar morado. Ella se agarra y araña el tapete.

—Oh, lo arañé —se le escapa.

—Que le den al puto tapete —maldice Enzo sin parar, embistiendo como un animal.

Emma eleva el cuello. Mira hacia atrás con la boca abierta, gimiendo, su rostro está lleno de lujuria. Él la agarra de las nalgas, suelta algún cachete, luego ancla sus manos a las caderas. Ella se eleva entera, él manosea sus pechos, los pezones. Después, lleva una mano al clítoris, lo toca con suavidad. Ella grita, incapaz de aguantarse. Le invade un placer insoportable, se presenta a las puertas del orgasmo infinito que tanto busca. Él no para, acelera el ritmo, se vuelve brusco. Ella se estremece y abre las puertas del cielo. Revienta el orgasmo. Grita de nuevo. Él empuja definitivamente, ruge, embiste como una bestia, alcanza un orgasmo animal también. Se desploma sobre el tapete.

Matar o no matar

Una de las puertas de servicio de la mansión se abre. Enzo, aunque la oscuridad apenas permite ver el entorno, mira a todas partes antes de salir y hacer una señal a las dos mujeres. Anna y Emma aparecen a continuación saliendo al exterior. Prácticamente, no llevan nada. Una mochila a la espalda de cada una, con cosas que creen necesarias. Enzo, en cambio, no necesita mochila, en su pequeña mansión cercana tiene todo lo que puede necesitar.

Atraviesan los setos verdes que ahora, de noche, son sombras oscuras. Mucho más allá de las copas de los árboles, lucen las estrellas del firmamento, bellas, románticas a ojos de los enamorados, guías para esperanza de los perdidos. Anna, medio adormilada, se toma su tiempo para contemplarlas. El espectáculo, quieto y brillante, le resulta hermoso. La joven se ha quedado dormida en su habitación a pesar de la alerta de su madre. Ambas, para no levantar sospechas del servicio o de las otras “novias” del presidente, esperaron a que Enzo viniera a sacarlas de la cama a eso de las dos de la madrugada. Así lo hizo el lugarteniente del presidente. Primero, llamó suave a la puerta de Emma. Cuatro toques esperados. Emma tuvo que resistirse para no hacerlo pasar y jugar, insaciable, bajo las sábanas. A continuación, sacaron a Anna de su habitación, pero la adolescente se había quedado dormida mientras esperaba. Ahora, bajo un manto de puntos brillantes, Anna espabila admirada y decide que este despertar nocturno ha valido la pena.

Avanzan por jardines vacíos que no lucen igual sin los rayos del sol golpeando contra sus colores armoniosos. Se paran al llegar al último árbol, alto y frondoso, el límite con la carretera. Enzo imita el sonido de un búho. Lo hace bastante mal, dejando atónitas a Emma y a Anna, mas no importa, ningún búho se quejará de la mala imitación ni le exigirá derechos de autor. Enseguida, el conductor de un coche aparcado enciende las luces. Enzo divisa

a uno de sus hombres de confianza.

—Vamos, será mejor que nos vayamos cuanto antes. No os demoréis.

Los tres se introducen en el taxi. Emma reconoce al conductor calvo que las transportó hasta la fiesta, donde conocieron a Sasha y a Enzo, prácticamente recién llegadas, cuando un abismo de nervios e incertidumbre se presentaba ante sus pies. Tanto Anna como Emma saludan, poco efusivas. El conductor emite un gruñido poco amable, Dmitry no es un tipo dado a las palabras, ni buenas ni malas, simplemente le disgusta hablar.

Arranca el vehículo, un híbrido amplio y familiar. No lo eligió él, se lo entregó *la urbanización*. Al principio, él hubiera preferido un coche de gasolina potente, con marchas que cambiaría rápidamente para tomar rectas y curvas. Especialmente cuando no hubiera pasajeros. Ahora, en cambio, relajado tras dos años conduciendo el taxi privado, el silencio del motor le relaja. Además, las carreteras de la urbanización más secreta de España no están hechas para correr a lo loco. El tiempo le ha quitado la razón o le ha cambiado. Dmitry no se ha parado a pensarlo. Al igual que es parco en palabras, también lo es reflexionando. Para Dmitry la vida es un río que fluye por sí solo, apenas hay que hacer nada. De joven, creía que el tiempo corría deprisa, fugaz, ahora, maduro, cree que el tiempo camina despacio, sin remedio pero despacio. Siempre hacia el mismo sitio, sin capacidad de nadie para evitarlo.

Dmitry conduce por caminos solitarios. Las luces de las viviendas, que se intercalan entre bosques y jardines, están apagadas. La noche convierte todo en sombra. Los árboles se elevan como fantasmas pululantes que dominan las alturas: parecen vigilar cada avance de los humanos. Más arriba, las estrellas brillando sin cesar, potentes, inmóviles, puestas para darle alegría al Universo. Sin embargo, Dmitry no tiene ojos para el espectáculo de luces blancas. Él solo es capaz de ver la nube negrísima que, a lo lejos, tapa una pequeña parte del cielo nocturno. Dmitry es de esos tipos que siempre ve el vaso medio vacío, nunca medio lleno.

Chasquea la lengua. *Debería estar durmiendo*, piensa, *no metido en este jaleo*. Echa un vistazo por el retrovisor. Las dos mujeres son preciosas, tanto la madre como la hija. Con gusto se follaría a las dos.

Nunca pasará. La mayor es la nueva novia del presidente y la menor no ha cumplido la edad permitida para ejercer sus favores sexuales en *la urbanización*. Si la tocara, sus compañeros la matarían. Es una de las normas estrictas de esta unidad mafiosa. Aparte, Dmitry ha engordado en los últimos años. Comida basura y falta de deporte. Él echa las culpas al taxi, su trabajo aburrido y calmado que ha terminado por dominarlo. Soñar con sexo es eso, soñar. Hace tiempo que no lo practica. Ni se esfuerza por utilizar su mano para masturbarse. Resulta engorroso y trabajoso.

Aparca junto a la casa de Enzo. Los tres pasajeros salen del vehículo. El dueño de la vivienda empuja con delicadeza a las mujeres para que agilicen el paso. Saca la llave y abre la puerta. Después, saca una pistola de la funda, para estupefacción de Anna y Emma, y camina por el corredor encendiendo luces tras de sí. Tarda en recorrer la pequeña mansión. Una vez asegurada, enfunda el arma, a la que Emma no quita el ojo. La exhibición armada de Enzo, su cuerpo fibroso moviéndose ágilmente por las habitaciones, la ha excitado de forma inesperada. Si no fuera por la presencia de su hija...

Enzo abre la despensa de la cocina. Un cuarto tan grande como una habitación pequeña. Los alimentos están colocados alrededor, en estanterías interminables. El anfitrión busca un resorte escondido y, por arte de magia, se abre la pared, incluidas las estanterías del fondo. Una nueva estancia secreta se presenta ante Emma y Anna. No es muy grande, pero hay una cama ancha, una televisión colgada de la pared y cascos para el sonido.

—Dormid aquí hasta que vuelva. Daré cinco toques en la pared para avisaros de que soy yo. No salgáis por nada del mundo. Pase lo que pase. Oigáis lo que oigáis. ¿De acuerdo?

Ellas asienten al unísono. Anna, todavía adormilada, se tira en la cama sin desvestirse. Emma besa a Enzo en los labios. Solo su hija podría verla y le

da igual, se siente con derecho y ganas. Él, sorprendido, se queda pasmado unos segundos, después, volviendo en sí, con el sabor de Emma en sus labios, se da la vuelta y cierra tras salir. Sale y cierra también la despensa y se dirige a la salida contrariado. No le agrada dejarlas solas. Emma, mientras, quita las zapatillas y el jersey a su hija y hace amago de quitarle el pantalón, un chándal gris claro que le queda como un guante. Sin embargo, Anna, caída a plomo, no ayuda, y la madre desiste. Que duerma así.

Enzo abandona la casa una vez que cierra con llave tanto la puerta trasera, la que da al jardín, como la del frontón. Se introduce en el coche de nuevo. Dmitry arranca y vuelven a encenderse las luces del vehículo. Las ruedas comen el terreno y el híbrido va tomando las curvas en silencio. Enzo, en el lado del copiloto, espera que no suceda nada, que todo sean paranoias de su jefe o suyas. No obstante, si tuviera que suceder, espera que todo el mundo piense que están dormidos en la mansión. Su Lamborghini, de hecho, está aparcado allí como señuelo. Nadie, excepto, Dimitry, testigo presencial, conoce sus planes.

El conductor apaga las luces y aparca antes de llegar a la hilera de viviendas. Enzo asiente y se apea, dejando a su hombre de confianza metido en el transporte. Camina sigilosamente por la acera hasta llegar a su destino, la casa en la que viven Sasha y Vanesa. Atraviesa el césped, está mullido y suave, ligeramente húmedo. Saca una llave y abre sin hacer ni un solo ruido. Vanesa le hizo una copia tiempo atrás, cuando solo confiaba en él a pesar de entregar su cuerpo a su protector.

Se quita los zapatos y los deja en el acceso. Camina por el pasillo, sube las escaleras lentamente y busca la habitación de los propietarios. Agarra su machete y se queda mirando la cama donde duermen. Allí están ambos: Vanesa y Sasha. Ella durmiendo entre pesadillas en las que sufre y le hacen daño. Él soñando con los muertos que ha causado. Ninguno duerme a gusto. Enzo lo nota en sus caras rígidas, máscaras que no se quitan ni durmiendo. Ella, acostada, sigue pareciendo frágil y desprotegida, como el día que la trajo a la

urbanización. Él la enseñó a disparar, a creer en sí misma, a levantarse con fuerzas por si algún día regresaba a por ella su maltratador. Luego, piensa en Sergey Ivanov, el sicario de Vorobiov, lo conocía de vista. Murió en el bosque a manos de Vanesa. En parte, gracias a él, por enseñarle a tener valor para matar, si es valor lo que se necesita. Un eslabón de la cadena de acontecimientos que ha traído a Emma y Anna hasta él. Enzo se pregunta si Vanesa solo era un paso para llegar hasta aquí, si su destino, como el de tantos otros, estaba ya escrito.

A su lado, duerme Sasha. Huele a Vodka. Obviamente, ha bebido. Después de su festín alcohólico, puede imaginar, Vanesa habrá cumplido su parte y le habrá realizado una felación o se habrá colocado encima para darle placer. O puede que el cabrón haya bebido tanto que esta noche Vanesa ha descansado. Media habitación huele a vodka, como si alguien hubiera derramado una botella.

Enzo aprieta el mango del machete. La rivalidad de ambos puede solucionarse ahora mismo, mientras duerme. Se terminarían las amenazas. Ni siquiera se enteraría. Años atrás, de joven, no se lo hubiera pensado tanto: Sasha ya estaría muerto sin que Enzo valorase las consecuencias. Ahora, en cambio, las cosas no funcionan igual. Vive mucho mejor que entonces, rodeado de un lujo que tiene un precio, unas normas, una responsabilidad, un cargo. Si mata a Sasha, *la urbanización* se enemistará con mafiosos influyentes de Rusia. Puede que incluso Andrey Gólubev, el presidente, su viejo amigo, cargue contra él, lo entregue y se quite el muerto de encima. Lo peor es que Enzo está seguro de que esta conspiración no ha podido hacerse sin los contactos de Sasha. Le cree un traidor, aunque no tenga pruebas.

Vanesa se remueve bajo las sábanas. Enzo no se inmuta. La mira expectante. Se pregunta qué haría Vanesa si matase a Sasha ante sus ojos. ¿A quién sería leal? Transcurren unos segundos tensos en los que Sasha viaja en sus sueños, sin conciencia de lo que pasa en el exterior. Mientras repasa las caras desfiguradas y rocambolescas de sus víctimas una tras otra, su vida está

en juego.

Vanesa abre los ojos y se encuentra con la oscuridad. Sus sentidos están aturridos. Fija los ojos delante de la cama. Cree haber visto algo, una sombra que acechaba. Su corazón late fuerte. En su mente temerosa se dibuja el rostro de su exmarido, el hombre que un día volverá a buscarla. *¿Dónde está mi pistola?*, se pregunta somnolienta y aturdida. Busca en el cajón. Agarra la empuñadura y apunta hacia las sombras. Espera.

—¿Quién anda ahí? —pregunta en un susurro aterrado.

Tirando de un cordón, enciende la luz de la mesilla. En la habitación no hay nada, solo la estela de la muerte que ha pasado de visita pero ha decidido marcharse con las manos vacías.

Enzo cierra la puerta y se pone tranquilamente los zapatos. Le desagrada todo. Le desagrada irse sin matar tanto como haber venido a matar. Está enfadado consigo mismo, a la vez que orgulloso. Con Emma en su vida se siente mejor persona, pero también más cobarde y domado. En su corazón se oponen fuerzas distintas, compatibles, pero difíciles de equilibrar. Cambiar de vida nunca fue fácil, es toda una lucha.

Vanesa apaga la luz y se asoma por la ventana. Afuera no hay nada. Cree que todo ha sido una mala pesadilla. No son raras en sus noches compartidas con Sasha. Está acompañada, pero se siente tan sola...

Enzo ya camina distante. Divisa a Dmitry dando vueltas nervioso alrededor del coche.

—Llévame a casa —le ordena una vez cerca, delante de su cara pasmada y sudorosa—, y, tranquilo, no ha pasado nada —le asegura algo extrañado. Es la primera vez, desde hace tiempo, que del conductor se apoderan unos nervios visibles—. ¿Todo bien?

—Sí, sí...

—¿Seguro?

—Sí, claro... solo es... que no quiero problemas... Tardabas mucho. No sabía qué hacer.

Enzo respira hondo nada más sentarse en el asiento del copiloto. Frunce el ceño. En su mano derecha, el machete, oculto, por si acaso. Es la primera vez desde que conoce a Dmitry que le monta este absurdo y pequeño numerito. Algo no va bien. Al final va a tener razón el presidente, es mejor no fiarse de nadie.

¿Será Enzo?

Emma no aguanta más tiempo despierta sin hacer nada y, tras apretar la palanca de apertura, la puerta secreta cede y Emma sale a la alacena repleta de estanterías y alimentos. Abre la puerta de la misma, dejando a su hija acostada en la cama, y explora la cocina. Nadie. Ni un ruido. Sin embargo, ya ha amanecido, Enzo debería estar aquí, en casa, con ellas, protegiéndolas.

Camina por el pasillo revisando cada rincón de la casa. Si Enzo ha vuelto podría estar en cualquier parte, pero... ¿Y si no ha vuelto? ¿Y si le ha pasado algo grave? Emma no quiere ni pensar en las consecuencias de verse de nuevo sin él, desamparada, enfrentada a un mundo delincuente en el que ya no se ve capaz de actuar.

Se escucha a lo lejos el rumor del agua. Al principio, Emma cree que está lloviendo. Sin embargo, al asomarse a la ventana se percata de que el ruido proviene del interior. Es una ducha. ¿Será Enzo? Emma está a punto de preguntar, de lanzar una llamada de auxilio a la que responda la voz masculina y penetrante de su amante. Pero se abstiene. Él les dijo que permanecieran escondidas...

Se introduce en su habitación. Todo está perfectamente colocado, excepto la cama. Alguien ha dormido unas horas sobre ella. Emma suspira. Solo puede ser Enzo quien se esté duchando. Entusiasmada, se mira en un espejo largo y alto. La camisola negra y medio transparente que ha escogido del guardarropa de la mansión es atrevida y la favorece, como prácticamente todo. Se coloca bien los pechos, sugerentes y grandes, rozando los discretos brillantes que adornan el escote. El tanga negro se adivina debajo, según como la enfoque la luz. Enzo no se resistirá, se dice para ganar seguridad.

Se introduce en el aseo buscando el cuerpo de su guardaespaldas. Su mirada orgullosa anhela someterse nuevamente, como ya ha hecho otras veces. Al fondo, bajo el agua que cae desde un grifo grueso clavado en la pared, el

cuerpo de Enzo se deja adorar por el líquido incoloro. Emma se acerca a la ducha con correderas de cristal y mueve una de ellas. El sonido provoca que Enzo gire la cabeza y la descubra. Su respiración se agita enseguida.

—¿Puedo ducharme contigo?

Enzo la agarra de la mano y tira delicadamente de ella. Emma toca los azulejos azules y anchos de la pared y pisa los pequeños del suelo. La ducha es amplísima, para dos, con dos grifos similares. Emma se queda mirando a su protector a los ojos. Estos se muestran lujuriosos, salvajes, necesitados de amor y sexo, pero también perdidos, frustrados, al límite de la cordura. Emma adivina la contrariedad de su mirada, su indecisión, y se pregunta qué habrá hecho. De cualquier modo, la mejor forma de hacerle volver en sí es amarlo, dejarse hacer, que Enzo descargue sus energías y vuelva a sus brazos como un niño para después reconvertirse en hombre.

Enzo mueve un tirante de la camisola. El agua ciñe la prenda a su cuerpo. Emma queda más sexy si cabe. Se tensa. La erección de Enzo, completamente desnudo, es más que notoria y la mujer adivina lo que sucederá ahora. Solo pensarlo resulta excitante.

La otra mano de Enzo despeja el camino: desplaza el otro tirante y la camisola cae al suelo, mojándose del todo. Como los cabellos largos y hermosos de Emma, que se empapan. La mujer está bellísima, húmeda por dentro y por fuera, como una diosa de los océanos, una sirena destinada a la perdición de los hombres.

Se besan. Al principio, despacio, luego, Enzo sube la intensidad entregándose a sus instintos, combatiendo sus frustraciones, luchando contra la contrariedad. El sexo con Emma es el único antídoto para despejar su mente. Ella lo sabe, por eso no duda en convertirse en un ser pasivo, dominado, esclavo de los antojos de su señor.

Emma siente los dedos de Enzo por todas partes. Rodillas, muslos, caderas, senos... Aprecia también el contacto de su lengua cuando, agachado, muerde el tanga, lo rompe feroz y come de su entrepierna. Ella no puede más

que echar hacia atrás la cabeza, gemir y disfrutar del instante. El agua cae continuamente sobre ambos. Moja sus cabezas y cuerpos. Los excita todavía más.

Enzo se levanta y pega a Emma contra la pared. Soba sus pechos perfectos, dos exquisiteces irresistibles. Ella, inesperadamente, se da cuenta de lo excitada que está. Enzo la vuelve loca. La pone a mil. El contacto de su lengua, además, recorriendo sus zonas más íntimas, ha supuesto el derrumbe de toda muralla. La fortaleza ha sido tomada.

Gemir se hace una necesidad. Enzo vuelve a agacharse y eleva una pierna de Emma. De nuevo, introduce su lengua en el agujero del placer. La mueve habilidosamente. Emma le agarra de los pelos, aprieta, chilla ahogadamente. Quiere aguantar, más no puede. Enzo sigue y sigue, insistente, comiendo donde ella tanto desea. Al final, Emma no aguanta y se corre. Descarga un gemido brutal, intenso, inolvidable. Casi se desploma ante el tiritar de sus rodillas, pero él la coge, la sostiene con fuerza mientras ella se apretuja en su pecho de acero.

—No hemos acabado —anuncia terrible. En su rostro se dibuja el orgullo, la tentación, la vanidad, el placer, el amor y el instinto animal. Todo en una sola mueca. La mueca del vencedor, la gloria que le espera.

Emma, imposible de contener, no espera su reacción. Acaricia su abdomen veloz y desciende sus manos hasta agarrar el miembro poderoso, la lanza del deleite. Pasa de una mano a otra continuamente, de atrás hacia adelante, como si fuera una cuerda que atrae hacia sí, a la vez que Enzo, sorprendido, inmensamente lascivo, con la boca abierta, gime observando estos movimientos expertos. De repente, agarra sus brazos y la echa hacia atrás, contra la pared, parándola. Quiere correrse dentro de ella, no fuera. Emma prosigue mirándole a los ojos, orgullosa, quieta. Persiste su respiración agitada, su mirada perdida, solo que, ahora, la batalla está cayendo de su lado, el lado de Emma.

Se vuelven a besar. Emma aprovecha para soltarse y volver a la carga.

En una de sus manos, de nuevo, la erección inmensa de su amante, quien libera un angustioso resoplido y se aferra a sus pechos. Siente la corrida llegando, un placer descomunal y difícil de soportar. La tensión se está acumulando en una bola blanca que está a punto de disparar. Emma prosigue su danza del amor. Aumenta el ritmo del movimiento, le encanta tener el pene de su amor entre sus dedos. Todo él, de esta forma, le pertenece. Bruscamente, Enzo toma la muñeca de Emma y la frena. Insiste en correrse dentro.

Con la fuerza de sus manos vigorosas y masculinas, da la vuelta a su cuerpo femenino. Sostiene cadera y culo entre sus manos. Exhala de placer y excitación. Cree que va a correrse sobre sus nalgas, pero hace un esfuerzo y aguanta. La penetra con dureza, casi un castigo por entrar en su vida y ponerla patas arriba. Emma protesta con un gemido doloroso. Toda la polla de Enzo, al completo, se hace dueña del interior de la mujer, que se apoya en la pared e inclina el culo hacia atrás. Él lo manosea, soba un pecho, acaricia un pezón. Las embestidas se hacen realidad, pero no se necesitan muchas para llegar... Sin embargo, dura más de lo esperado y Emma, sobreexcitada, con todo el miembro duro y ancho asediándola y volviéndola loca, casi partiéndola por la mitad, vuelve a alcanzar la estación del éxtasis antes que su amante. Grita, corriéndose. Él no puede más, muere allí mismo, se corre de gusto y revienta.

Andrey

El presidente de *la urbanización*, Andrey Gólubev, sentado sobre la cama, admira las murallas del Kremlin. Detrás de estas, catedrales y palacios singulares de extraña belleza. Delante, la enorme Plaza Roja. Aunque Andrey ya ha visto estos edificios en gran cantidad de ocasiones, tanto por dentro como por fuera, no puede resistirse a echar un nuevo vistazo que le ancle a la vida. Se ha levantado bastante decepcionado y desmotivado, emociones raramente presentes en él. Sin embargo, sentado sobre la alta y ancha cama de su habitación del hotel, tras haberse aseado y desayunado, le fallan las energías. Su viaje a Rusia debería haber sido un broche a su carrera de mafioso. Debería haberle encumbrado por fin ante los “grandes” de Rusia. España tendría que haber sido su territorio exclusivo. Vino aquí como un vencedor, seguro de su éxito y de que vería caer definitivamente a su máximo rival, el oso de Kadykchan. En cambio, ya tiene la sensación del fracaso encima, los sentimientos del perdedor. Alexey Vorobiov ha sido más listo que él, tiene que reconocerlo, aunque le cueste imaginarse perdedor. Mientras Andrey le puteaba día tras día fastidiándole negocios, Alexey movía los hilos en Rusia, se trabajaba a los “grandes” a través de contactos secretos. Su guerra fría particular no era más que una cortina de humo. Solo Andrey creía en ella y se implicaba al máximo. Alexey, por su parte, tejía su trampa. Una telaraña en la que ha caído sin percatarse y, para colmo, está en Rusia, fuera de su territorio, más desprotegido que nunca. En cuanto ponga un pie fuera del lujoso hotel de cinco estrellas, será hombre muerto si no se anda con ojo.

Tira del cordón de la lámpara y la luz artificial se apaga. El día está nublado y frío. La luz es gris, como las emociones del viejo y cansado Andrey. Por un momento, la vista se le queda fija y borrosa. El Kremlin se introduce en una nebulosa. Sus ojos miran hacia dentro en lugar de hacia afuera. Repasa su vida, la observa. Ha existido de todo, buenos y malos momentos. Siempre

hacia adelante. Recuerda, de hecho, cuando tuvo que huir de Rusia muchos años atrás. Entonces, no era tan fuerte como ahora. Sin embargo, logró escapar a Italia. Allí conoció a Enzo, un muchacho violento y desorientado que le salvó la vida y se transformó en su hombre de confianza. ¿Por qué no lograrlo ahora? ¿Por qué hundirse cuando precisamente es más fuerte que entonces? La urbanización le espera en España. Un lugar acuartelado y seguro. Solo tiene que llegar hasta allí. Le esperan Enzo y el resto de sus hombres... y sus novias... especialmente Emma. Andrey no puede quitársela de la cabeza. Está obsesionado. Vive y duerme pensando en ella, recordando su cuerpo, sus rasgos, sus curvas, su mirada perversa. Disfrutó mucho manteniendo relaciones en la piscina... y luego la satisfacción de mear sobre ella, como si meara sobre el propio Alexey Vorobiov. Jamás se había embriagado tanto de poder.

Se levanta de la cama, dejando una marca sobre el colchón y abandonando la multitud de almohadas y cojines color beige. Recorre la moqueta decorada, salvando sillones, sillas y otro tipo de mobiliario recargado. Mira en el armario y se viste con un chándal adecuado. No faltará a su sesión de artes marciales ahora que se ha reencontrado con las energías.

Sale afuera. El guardaespaldas que vigila la puerta se endereza y le mira, esperando órdenes o gestos. Andrey camina por el pasillo, por una alfombra azul que absorbe sus pisadas. Detrás, el enorme guardaespaldas con cara de pocos amigos, pelo rapado y hombros inmensos. Esperan la llegada del ascensor y pulsán el botón que desciende hasta la zona de gimnasio. Una vez abajo, se dirigen a la sala reservada tras atravesar el gimnasio lleno de máquinas y algunos clientes. Allí espera, extrañado por la tardanza, el monitor-rival, un tipo alto y fibroso, experto en *systema*, las artes marciales que practican las élites militares rusas, las favoritas de Andrey. Se saludan y, mientras el guardaespaldas se queda fuera, vigilando el acceso, los dos combatientes comienzan a practicar directamente. El presidente no ha venido a hablar. Los agarres, trucos, movimientos rápidos, codazos, giros, se suceden

rápidamente. Uno tras otro, sin cesar. Andrey violento, el monitor aguantando, respetando a quien le paga.

Media hora después, Andrey todavía quiere más. Todo su cuerpo suda y pierde peso, pero su mente está centrada, ofuscada en combatir. El entrenador es muy bueno, ya lo ha contratado en otras ocasiones. Un tipo duro, con aspecto de estar mal alimentado, cara rancia, que ha servido en las fuerzas especiales y que puede matar con las manos. De pronto, la puerta de la sala se abre. Andrey se queda quieto sobre el tapiz, extrañado por la interrupción, “*quizás ha pasado la hora y no me he dado cuenta*”. El entrenador, de espaldas a la puerta, interrumpe el ejercicio y se gira, descubriendo su propio reflejo en los espejos que ocupan toda una pared. Estudia la hora en el reloj que hay colgado al fondo. Solo ha transcurrido media hora.

Tres hombres trajeados se internan en la sala de ejercicios. Sus sonrisas son burlas que ofenden al presidente, quien, de inmediato, se pone en guardia.

—¿Y Misha? —pregunta en ruso, con desdén, sabiendo de antemano que el guardaespaldas está muerto o, peor, le ha vendido.

Uno de estos hombres de traje, alto, fuerte y con una coleta característica por su longitud, ejecuta un gesto altivo con la cabeza.

—Estás solo, Andrey —informa con aires de victoria, socarrón.

Andrey baja los puños y suspira. Mira un segundo al entrenador. Las pupilas anuncian su muerte, no es necesario hablar. El entrenador comprende, duda, no entiende si entra en el pack o se queda fuera. Andrey procura sacarlo de dudas:

—Él no pinta nada en esto. Supongo que puede irse, ¿no?

El de la coleta no responde. Los otros dos, blancos, pálidos, cabello rapado, rasgos duros, tampoco. Avanzan a paso calmado, como si el trabajo ya estuviera hecho. Se colocan cerca, en línea, y descorren una cortina de sus trajes. Los tres van armados con pistolas, Andrey lo asumió en cuanto los vio entrar por la puerta. El presidente aprieta los dientes con rabia. No se esperaba que vinieran a matarlo al propio hotel. Se ha confiado demasiado, se

merece morir, por idiota, por haber confiado en un guardaespaldas sin escrúpulos. No se puede fiar de nadie, solo de Enzo, su único amigo leal; pero Enzo está lejos, no le salvará como ya hizo años atrás en Italia.

—Yo me voy —comenta el entrenador rápidamente, tímido, medio ausente, mientras camina ligero hacia la puerta, sin esperar que los otros se opongan.

Nadie dice nada. Se miran entre ellos, dudando si descerrajarle tres tiros en el cuerpo o dejarlo marchar. Por un lado, no tiene nada que ver en el asunto y les importa un pimiento que sea testigo del asesinato. En Rusia, nadie es testigo, nadie habla contra la mafia. Pero, por otro lado, matar a dos es mayor placer que matar a uno.

La duda se hace eterna. Apenas unos segundos que el entrenador aprovecha con efectividad. Llega hasta uno, casi lo abraza sin que se percate. Le envuelve la nuca con una mano y, sin más, el trajeado se hunde en una nebulosa inesperada. Cae inconsciente al suelo. Los otros dos asesinos desenfundan rápido, pero Andrey ya ha alcanzado a uno a la velocidad del rayo. Bloquea la muñeca del brazo que sostiene la pistola y con la otra mano le agarra de la barbilla tras envolver su cuerpo por un costado. Tira de la barbilla hacia atrás, golpea con una pierna la parte trasera de la rodilla, lo tira al suelo, lo hace rodar y dirigiendo la muñeca armada provoca que se apunte a sí mismo. Enseguida, le arrebató la pistola con las dos manos. El agredido, asustado y estupefacto, apenas se da cuenta de lo que sucede.

El tercer hombre, de manera instintiva, saca el arma y apunta al primer agresor, el entrenador. Este se coloca frente al arma y, justo cuando el otro va a disparar, inclina el cuerpo a un lado, veloz, paciente, y le agarra la muñeca que sostiene el arma. Con la otra mano, igual de rápido, le quita la pistola en un santiamén. De inmediato, mueve el cuerpo, agarra del cuello al trajeado y lo zancadillea. En el suelo, con su rodilla encima, le apunta con el arma. Una detonación suena a su espalda. Andrey mata de un tiro certero en la cabeza al tipo al que quitó el arma. Después, enfila hacia el entrenador, este se aparta y

Andrey mata a los otros dos asesinos.

Los dos supervivientes se miran. Surge la quietud. Solo se oyen sus respiraciones. Cuesta eliminar la adrenalina. Podrían seguir un rato más igual, golpeando, atacando y matando.

—Necesito que me ayudes a salir de Moscú —dice al fin Andrey—. Te pagaré bien, por una vida. Si me sacas con vida de aquí y vienes conmigo no volverás a trabajar.

El entrenador asiente. Su valor, coraje y lealtad hacia su cliente acaban de convertirlo en un hombre rico. A pesar de los tres cadáveres y de la sangre que fluye, no puede evitar sonreír fríamente. Por fin saldrá de Moscú.

La llamada

En la salita de ocio de la mansión del presidente se oyen las risas de Anna. Enzo es realmente cómico haciendo trampas a las cartas. Anna echa la cabeza hacia atrás y suelta una última carcajada. Al hacerlo, la brisa otoñal mece suavemente sus cabellos sueltos, ondeándolos al viento. La sala, pegada al jardín, posee una cristalera enorme y única que permanece abierta. El sol golpea contra la mansión y a Emma le pareció una buena idea abrir para recibir el clima en la cara. Enzo y Emma están sentados en sillas cómodas, amarillas y acolchadas, bajo una lámpara con forma redonda que se mantiene apagada. En la pared contraria al jardín, hay una barra americana y un mueble donde se guardan objetos y bebidas. Emma está colocada cerca del ventanal, a un par de metros de la mesa que ocupan Enzo y Anna. Le ha parecido buena idea dejarlos jugar a solas, mientras ella descansa tirada sobre los mullidos cojines de una tumbona de jardín fabricada de aluminio, poliéster hilado y ratán sintético.

Anna no ha parado de reír desde que ha comenzado el juego. Sorprendida, le parece mentira que un tipo que desprende tanta intensidad sea, a la vez, sumamente divertido. Emma los oye hacer trampas y reír y, contenta, ríe de vez en cuando, olvidando donde están y quienes son, trasladándose, imaginariamente, a una dimensión diferente en el que son una familia muy feliz.

—Has vuelto a hacer trampas —acusa Anna moviendo las cartas y mostrando las pruebas.

—¿Yo? Pero si apenas sé jugar...

—¡Menudo tramposo! No tienes remedio.

El móvil de Enzo, colocado sobre la barra americana, comienza a vibrar descontroladamente y, enseguida, emite un tono de llamada característico. Enzo tarda en reaccionar. Ese tono, la Cabalgata de las valquirias,

perteneciente a una ópera de Wagner, está asignado a una sola persona: el presidente, el dueño de esta mansión a la que han vuelto para no levantar sospechas.

—¿No lo coges? —pregunta curiosa Anna.

Emma se gira y observa la escena desde la comodidad de su tumbona. Enzo, después de mirar a las dos mujeres, se levanta y avanza hacia el móvil. Lo coge y sale rápidamente al jardín por la cristalera corrida. La sala está en una esquina de la mansión. Junto a él se encuentran setos, flores y algunos árboles solitarios. A la izquierda, un poco más allá, está la piscina descubierta. Enzo descuelga y avanza todavía un poco más, asegurándose de que nadie puede escucharlo.

—¿Sí? ¿Andrey?

—Enzo, amigo, escucha bien lo que voy a decirte porque no vamos a hablar en mucho tiempo. Han atentado contra mi vida en Moscú, en el hotel donde me alojaba. Han comprado a Misha y otros que me acompañaban.

—Mierdas, ¿estás solo?

—No, he encontrado ayuda, pero escucha. No tengo mucho tiempo y en cuanto cuelgue destruiré el teléfono —anuncia el presidente de la organización conocida como *la urbanización*—. Aquí, en Rusia, ya no tenemos más que enemigos. Vuelvo a España por cauces anormales. Tardaré seguramente. Buscaré vías seguras. Solo estaremos a salvo en la urbanización.

—¿Y si tenemos traidores dentro? ¿Y si es cierto lo de Sasha?

—Los encontraremos, Enzo, por mi madre que los encontraremos y si es Sasha le haremos pagar con creces lo que me han hecho. Y también nos las veremos con Vorobiov, pero todo a su debido tiempo. Sabremos defendernos y contraatacar en el momento oportuno. —Ambos se quedan en silencio un segundo. Andrey está lejos de su hogar, corriendo riesgos. A Enzo le cuesta digerir las noticias—. Ahora, quiero que te encargues de todo hasta que yo vuelva. Solo confío en ti, Enzo. Mantén la urbanización segura y vigila a todo el mundo. Por cierto, ¿está Emma contigo? No te separes de ella ni un

segundo. No quiero que ese cabrón de Vorobiov me la arrebate. Lo mataré si lo intenta...

—Sí, está bien... no me separo. Y Anna también está bien. Me encargo... personalmente... de las dos.

—Pásame con ella, Enzo. Quiero escucharla. Esa mujer me vuelve loco.

Enzo, desde el jardín, observa la cristalera pasmado. Allí se encuentra la mujer en discordia, tumbada en paz en el interior de la sala. Su cuerpo, bajo el suéter verde, largo y holgado que no borra sus curvas femeninas, se deja amar por los incesantes rayos de sol. Ella también lo está mirando. Enzo extiende el brazo, ofreciendo el teléfono. Ella se señala a sí misma. Él asiente turbado.

Emma se pone en pie deprisa y torpe. Se imagina quién puede ser, aunque no entiende por qué quiere hablar con ella. A menos que sepa algo... que Enzo haya confesado y el jefe la vaya a insultar y amenazar en la distancia antes de despellejarla viva.

Camina dubitativa, cavilando, aunque ligera. Va directa a su amante y le roba el teléfono de las manos. Se queda en el jardín, escuchando la voz lejana del hombre con el que se acostó en la piscina y que luego orinó encima de su piel. Le produce asco oír el sonido de su voz, su melancólico relato. *¿Y a mí qué tu vida?* está a punto de decir: es lo que siente. Al carajo con Andrey. *Menudo cerdo.*

Enzo avanza hacia la mansión, alejándose del encuentro auditivo entre el presidente y su amante. No quiere escuchar ni una sola de las palabras que intercambien. No quiere ser testigo cobarde de las verdes palabras de Gólubev. Tampoco recordar el rostro de Emma enfrentándose al móvil. Se introduce en la sala de ocio, donde todavía está Anna.

—¿Es Andrey? —interroga Anna, observando desencantada la cara pálida de su amigo.—. ¿Ya se ha rendido a sus pies?

Él niega, pone una mano en su hombro, dulce, tranquilo, amistoso. Qué inocencia la de la juventud, se dice. Mira un par de segundos a Emma. La dureza de su expresión, una roca dura a punto de desprenderse. No se merece

pasar por esto.

—No sé qué pasará con todos nosotros, Anna, pero ya es hora de que sepas la verdad. Tu padre no se jugó a tu madre en aquella partida, sino a las dos. Y no por una noche, sino por mucho más... ¿Por qué creías que Vorobiov os perseguía con tanto ahínco? ¿En serio pensabas que era por pasar una sola noche con una mujer?

Enzo contempla el rostro desencajado de la hija de Emma. Es una chica lista pero los celos la han nublado. El brillo de sus ojos delata cómo se resquebraja su confusión. Las piezas del último mes van encajando. Anna se percata de muchas cosas, de lo mucho que ha hecho su madre por ella, por las dos.

—Y has de comprender que para que una mujer se quede en la urbanización ha de... entregar su cuerpo... a un hombre... Son las normas. Si no, estaríais fuera. A merced de Vorobiov.

Dicho esto, creyendo que ha hecho algo bueno por Emma y Anna, abandona la habitación marchándose hacia el interior de la mansión. Anna se levanta y se acerca a la cristalera. Contempla a su madre tiesa, erecta en el jardín, avergonzada, con el rictus inamovible. Está aguantando por no llorar. Anna comienza a llorar por ella.

—Mamá... —susurra en un gemido lleno de vergüenza y dolor.

Emma la mira, serena, aguanta todavía un poco más. Andrey sigue hablando, diciendo memeces de viejo verde y chocho al teléfono. Emma siente más asco a cada palabra, pero aguanta, resiste el oleaje de perversión y desagrado. Apenas escucha. Es un oído puesto sobre el auricular, pero alejado, distante. Sus pensamientos están puestos en Enzo, su mirada en su hija Anna. No le queda nada más para Andrey, solo su desprecio.

Enzo, desde el gran salón de la mansión, asomado breve y furtivamente a la cristalera, contempla cómo Emma cuelga lentamente y desciende el brazo que sujeta el móvil. Siente rabia y arrepentimiento. Si él se hubiera interesado por Emma desde el principio, cuando la vio en la terraza bajo la compañía de

las estrellas, si la hubiera acogido en su casa, ella no tendría que haber entregado su cuerpo a Sasha ni al presidente. Enzo jamás la habría echado como hizo el cobarde de Sasha. La habría mantenido como su amante, en su casa, y también a Anna. Por primera vez en toda su vida, Enzo se percata de que está dispuesto a ser parte de una familia convencional, distinta a un grupo de mafiosos unidos por la seguridad y los negocios. Solo se hace una pregunta... ¿Habría respetado el presidente su elección?

En el jardín, la figura de Anna avanza hacia la de su madre despacio. Ambas se quedan quietas, mirándose. Enzo distingue que ambas murmuran algo, después, se abrazan intensamente. *Entonces, se consuela, no ha salido todo tan mal. Algo debo haber hecho bien.*

Irina

Introduce sus largas piernas en la habitación. Lo ha hecho en otras ocasiones y, cada vez, le tienta hacerlo más a menudo. Por las noches, frente al espejo, antes de acostarse, se cuestiona si lo hace por buscarse una alternativa, un plan B, o, en realidad, todo es parte de la necesidad de acción, de la atracción por el riesgo. Al fin y al cabo, la vida de Irina no ha estado libre de contratiempos. Engaños, secuestros, extorsión, drogas, violencia, prostitución. No queda inocencia en su corazón, tampoco envidias o mal café. Llegó a ser modelo de pasarela, pero también puta de lujo, y, algunos días, sin lujo. En la mansión de Andrey ha encontrado estabilidad y riqueza, pero también vergüenza y humillación. Al principio pensó que se acostumbraría, que valía la pena —es lo que se dice a menudo, en horas bajas, tras el sexo con Andrey—, pero terminó dándose cuenta de que merecía más. Desde hace poco, día sí y día no, en cuanto falta el presidente, se introduce en su habitación y roba de su caja fuerte. Es su forma de faltarle el respeto, de humillarlo a sus espaldas. Llegará el día, asegura sin testigos, que se marchará con todo lo que le ha robado. Comenzará una nueva vida, lejos de él, lejos de todo hombre.

Camina por la habitación, echa un vistazo y se dirige a la caja fuerte. Marca la combinación. No la ha olvidado desde el día que encontró aquel papelito en una chaqueta de su amo. Andrey debió escribirla para que no se le olvidase. Su memoria ya no es la misma, se hace viejo.

Dinero, joyas, oro. Irina duda sobre qué llevarse en esta ocasión. ¿Un diamante? ¿Una perla? ¿Un billete de quinientos? ¿Varios? Andrey no lo notará. La abundancia de la caja es máxima. Donde sobra, nadie echa en falta. Comienza a meter la mano, a palpar el lujo con sus dedos habilidosos. Con ellos ha satisfecho a su esclavizador sexual cientos de veces. Percibe el tacto frío de las joyas, la dureza del diamante, la fragilidad de los billetes. Nota también, de repente, el filo de un machete en su cuello esbelto de princesa. Un

gemido escapa de su boca, perdiéndose en el aire viciado de la habitación cerrada.

—No digas nada, no hables, no grites.

Irina se da la vuelta en cuanto el asaltante la suelta. Su mirada traviesa y su brillo desafiante buscan el rostro del hombre que la ha descubierto. En el fondo, quizás, lo deseaba. Que Andrey la atrapase con las manos en la masa, o cualquier otro. Luego, enfrentarse a la verdad, a un juicio privado por parte de su amo, a su odio. No le importa, no teme por su vida, tampoco es que valga mucho la pena vivir.

—Eres tú... Enzo.

Irina, paralizada, contempla el rostro atractivo del lugarteniente de Andrey. Su mirada profunda, el ardor visible de sus pupilas... Sus manos fuertes, rugosas, asesinas. El machete ante ella, su hoja temible. Irina ha escuchado las mil historias que se cuentan sobre Enzo. La mayoría las ha escuchado del propio Andrey, que se sincera los días de debilidad ante la amante escogida. Irina siempre ha pensado que el presidente, su amo, solo teme a un hombre en este mundo, y este es Enzo. Y no le extraña... las historias que le ha contado de él. Su forma de matar, rápida, certera, fría, sin titubeos, sin moral. Da igual a ocho que a ochocientos. Enzo es un depredador.

—¿Vas a matarme?

Enzo niega lentamente con la cabeza, sin pronunciar palabra, estudiando el rostro de su presa. Hace un año la habría denunciado a su jefe, quizás matado allí mismo. Pero en los últimos meses ha cambiado, y más en los últimos días. No es el mismo, no quiere lo mismo. No mira la vida igual.

Enzo se pasa un dedo a la boca y hace el signo de silencio. Irina asiente, aunque sin saber bien qué quiere Enzo. Por su cabeza, se pasa la idea de que la va a violar, de que pedirá sexo a cambio. En realidad, ella no necesita que la viole. Se ofrecería con gusto a Enzo si supiera que eso es lo que quiere. Sería una forma más de humillar a su jefe, el jefe de ambos.

—¿Qué ibas a coger?

Irina respira hondo. Se agita nerviosa. Tiembla su cuerpo. Nota los dedos fuertes de Enzo sujetando su cuello delicado. El machete enfrente de su piel. Él no está apretando mucho, pero posee una garra poderosa. Irina pensaba que no tendría miedo si la pillaban. Se equivocó.

—No me hagas daño —suplica perdiendo la compostura.

Enzo lleva la vista al suelo y descubre el reguero que ha recorrido la pierna de Irina. Se ha meado sobre el vaquero. Se siente mal y afloja los dedos.

—No voy a hacerte daño. Dime qué venías a coger.

—No lo sé, lo prometo —asegura sollozando y temblando de miedo, aterrada.

—Coge lo que quieras, no temas.

Irina, desconfiada, presa de terror, analiza la frase de su captor sin osar moverse. Ve como guarda el machete y suspira. La echa suavemente a un lado y mira en la caja. Coge unos cuantos billetes de color violeta. Le entrega unos fajos enormes a Irina. Ella, con el fajo en la mano, perpleja, contempla el rostro de Enzo y se pregunta si es una burla del diablo antes de matarla.

—Debe haber unos doscientos cincuenta mil euros. Suficientes para lo que quieras. Si prefieres joyas tú misma, pero perderás margen al venderlas.

Irina no responde. Insiste en clavar sus ojos en los de Enzo, un ángel o un demonio. Su salvación o su perdición.

—Si vienes a robar a menudo debe ser porque quieres marcharte, ¿no? Pues, créeme, Irina, es el mejor momento para que te marches. No volverás a tener una oportunidad igual.

—Gra... gracias —pronuncia al fin, aceptando que lo que está sucediendo puede ser verdad.

Inicia su andadura hacia la salida de la habitación. No para de mirar hacia atrás, convencida de que Enzo la asaltará y acuchillará antes de que llegue a la puerta. Sin embargo, al final de sus pisadas lentas y vacilantes, está la salida.

Irina acepta su nuevo destino. Sonríe. Mira hacia Enzo y asiente agradecida. Después, mira la habitación, la cama. Andrey no volverá a utilizar su cuerpo desnudo. No tendrá oportunidad de mearse de nuevo sobre ella.

—Un consejo, Irina. Si quieres vivir, no vuelvas a mirar atrás. La vida que conoces ha terminado.

Irina asiente repetidamente. Lo comprende perfectamente. Si contacta con su pasado la encontrarán. Allí donde vaya, solo estará a salvo si mira hacia delante...

Vanesa

Cuelga el teléfono. Vanesa se ha quedado atónita. No esperaba esta llamada. Ha sido una maravillosa y contradictoria sorpresa. No sabe si por lo inesperado o por la confianza que ha depositado Enzo en ella. Hasta ahora había sido así, pero... desde aquel error que cometió ofreciéndose en la puerta de su casa. Creyó que el lazo que los unía había quedado roto. No es así. Enzo ha dado un paso importantísimo. No solo por llamarla, sino por lo que le ha pedido. Ella ha asentido. *Lo haré*, ha confirmado desde su lado de la línea. Ha percibido la gratitud y alivio de su amigo.

Nerviosa, recorre la casa sin centrarse en nada. No está segura de cuál será su decisión final, si se marchará o no. Enzo se lo ha dejado claro. Si quiere puede irse con ellos, empezar una nueva vida.

Se imagina en otro lugar. Una cala paradisiaca quizás. Puede que en el sur de Francia o en una isla del Adriático. O en una playa desierta de las costas de África. En la misma casa Emma, Anna, Enzo y ella. A Vanesa no le importa compartir a Enzo en el futuro. Cometió un error con Emma y Sasha. Nunca debió juntarlos para luego separarlos. Los celos y el miedo la han dejado sola de nuevo.

Prepara la cafetera. Introduce el agua en el recipiente, coloca café en su departamento y enciende la máquina. En un minuto escaso, la máquina comienza a soltar agua caliente que se mezcla con el café molido. La taza se llena hasta que Vanesa dice basta. Tarda un rato en saborearlo. Lo hace en el exterior, a pesar del fresco que ya trae el otoño. El jersey espeso y el café caliente ayudan a combatir el frío. También los sueños. Vanesa idealiza a su salvador. Se pregunta de qué sabor serán sus besos. La mera idea de juntar sus labios provoca que su cuerpo se estremezca. ¿Y su piel? ¿Tendrá aroma a canela?

La figura sombría de Sasha asoma por la puerta. Vanesa se irrita y se

encoge. Se siente culpable al creer que Sasha puede leer sus pensamientos.

—Esta noche dormiré fuera —anuncia con voz chirriante.

Vanesa asiente. Está conforme. Nunca se opone a nada. Al fin y al cabo, ella no es más que una esclava. La ausencia de Sasha facilitará los planes de Enzo, su escapada. Vanesa podrá decidir fácilmente si huye o no, sin la presión de su amo. Además, no tendrá que satisfacerle esta noche. Si quiere, ya no más. Solo a Enzo. Su sexo será el único que vuelva a sentir. Se promete que será Enzo o ningún hombre más. No volverán a poseerla. Nadie. Solo Enzo.

Sasha desaparece dejándola con sus sueños. El bosque cercano, el césped quieto, algunas hojas que comienzan a caerse o el sonido de algún animal lejano se quedan como únicas compañías. El marco es ideal. Demasiado. Un paraíso terrenal y seguro si no fuera por la esclavitud sexual a la que se somete. Un precio grande por obtener una vida mejor. O un precio pequeño... según cómo se mire.

A Vanesa le entran las dudas. Sus sueños son solo suyos. De nadie más. No son lo de Emma ni los de Enzo. Tampoco los de Anna. A lo mejor se está montando una película que no tendrá lugar. A lo mejor Enzo la lleva por compasión, no por amor o amistad. Entonces, será un estorbo.

Una lágrima cae por su mejilla. Se enoja consigo misma. Se da la vuelta y busca con la mirada la estela oscura de Sasha. Es entonces cuando se pregunta a quién debe ser fiel y a quién debe traicionar.

Una pausa en la tarde

Emma ofrece el lateral de su cuerpo. Tumbada sobre la amplia cama de Enzo, en la habitación que le prepararon en la mansión, se comporta como si estuviera en su propia casa. La presencia de su amante la transforma, la eleva de nivel hasta alcanzar las estrellas: desde este punto, mira hacia abajo y el mundo no se ve igual, no importa tanto, ínfimo y lejano.

Enzo acaricia desde el muslo hasta el hombro. Una y otra vez. Paseando su mano despacio, recreándose las yemas de sus dedos en cada poro de piel tersa. Emma tiembla de gusto. Se le eriza el fino e inapreciable vello. Es una sensación increíble esta de sentirse amada.

Dos dedos de Enzo inician una escalada, pasito a pasito, primero un dedo, luego el otro. Superan el costado provocando las risas de su amante. Coronan la cima, el hombro. Desde ahí, se dejan caer como si fuera un tobogán y se frenan en el pecho. Rozan el pezón y Emma es inundada por una excitación chocante y repentina. No duda en desplazarse con un ágil movimiento y se lanza hacia su boca, presionando su cuerpo contra la cama. Él, pillado en sorpresa, se tumba y deja besar. Antes de que pueda darse cuenta, Emma se coloca a horcajadas encima. De rodillas sobre la mullida cama, dueña de su entrepierna, acaricia su abdomen y aprieta su duro pecho masculino. Enzo quiere reaccionar, luchar, pero Emma opone resistencia y le domina con el poder de sus piernas. Él se rinde pronto, la mirada orgullosa y dominante de ella le controla en estos instantes.

Emma se inclina, le besa mientras sujeta sus muñecas y lleva sus brazos hacia el cabecero de la cama. Él se agarra a la madera, se convierte en un preso delicioso.

—Ahora mando yo —susurra juguetona.

Nota la excitación inmediata bajo su vagina nerviosa. Ambos sexos se tocan, mantienen su propia lucha. Emma le acaricia. Contempla su pecho

subiendo y bajando alteradamente. Enzo se resiste a abrazar el cuerpo de su amada.

Emma agarra el palo erecto de Enzo. Lo introduce lenta y suavemente, con mucho mimo, en el interior de su vagina. La penetración es un gozo, un pan entrando en un horno, el aroma de cuando acaba, ya hecho. Puro confort.

Enzo gime apesado. No se suelta del cabecero. Le excita tanto la situación que llega a creer que está atado. Emma inicia el baile sensual, movimientos eróticos que desplazan su pelvis de adelante hacia atrás, de arriba abajo. Ambos gozan. Los movimientos se intensifican. Enzo aguanta, resiste, el placer es una bomba de sensaciones. Gime, resopla, exclama, invoca. No se resiste y suelta la madera, llevando sus manos fuertes a las nalgas de su amada. Aprieta. Siente la carne jugosa. Después, se ancla a sus caderas y acompaña los movimientos con sumo deleite. La excitación de ambos, su conjunción, la unión de sus cuerpos, es máxima.

Enzo arquea la espalda levemente. Quiere penetrarla fuerte, elevarla hasta el techo como un animal. Ansía más profundidad, la fundición total de sus cuerpos y almas. Emma gime y acelera al máximo. Está a punto de alcanzar el orgasmo pero quiere que él lo haga primero. Quiere poseerlo, ser su dueña. Ambos aguantan los gritos. Quemarían el barrio con sus voces si no se resistieran. Es pura batalla. Pene y vagina, él y ella. Mil emociones.

—Grita, Enzo, quiero oírte —pide entre respiraciones entrecortadas.

La frase lo fulmina. No grita, pero exclama y gime fuerte. Se corre desmedidamente, con el gesto roto, la cara desencajada. Ella ahoga un grito tremendo que se queda en la garganta. Se siente morir. El pene de Enzo logra un estiramiento atroz, brutal, que roza su vagina por todas partes. Supera el clímax y alcanza otro lugar más allá, el paraíso.

Emma se desploma. Su cabeza cae sobre el pecho de su amante. Él la coge entre sus brazos y acaricia el cabello. La besa. Después, ella se inclina hacia la cama y se quedan abrazados. A Enzo le gustaría decir *te quiero*. Lo tiene en la punta de la lengua. La satisfacción es tal. No obstante, se lo guarda.

Más vale caminar despacio en un terreno que desconoce. Ríe... *caminar despacio*, se dice, *a buenas horas*...

Tatiana

Enzo, descalzo, echa un vistazo a uno y otro lado. La mansión está a oscuras. El servicio duerme. La noche se ha echado encima de la montaña con una rapidez asombrosa. Los días, cada vez, duran menos. El otoño, precioso en sus colores naranjas, es, sin embargo, la llama de una vela que siempre tiende a apagarse. Sirve para anunciar con melancolía la llegada del invierno.

Enzo intenta tragar saliva pero esta se le atora en la garganta. No es miedo lo que siente, sino emoción. Está a punto de cometer una traición.

Lleva la mano a la manilla y abre la puerta con cariño, como se acaricia a un animal. No quiere realizar el más mínimo ruido. Mira otra vez a un lado y a otro antes de introducirse en la habitación del presidente. Piensa en él mientras camina por sus dominios. *Estará huyendo por Bielorrusia o Finlandia, se dice, conseguirá escapar, o no...* Enzo no le desea mal a su amigo. Todo lo contrario, *ojalá escape*, piensa una y otra vez. Están unidos por la vida... pero la misma vida los va a separar.

Enzo sabe que al llevarse a Emma y a Anna y los numerosos fajos de billetes que ha sacado de la caja fuerte, gracias a que fue paciente y esperó a pillar a Irina con las manos en la masa, se forma una enemistad terrible entre ambos. Le está robando sexo, dinero, orgullo, vanidad y honor. Y se lleva también el amor y el afecto, aunque el amor y el afecto nunca los habría obtenido Andrey.

Se agacha, saca la mochila de debajo de la cama y abre la cremallera. Enzo suspira al descubrir que sigue ahí, cargada de billetes de quinientos euros. Vuelve a cerrarla y se levanta. Echa un vistazo al mueble de la caja fuerte. Está cerrado, tal como él lo dejó. Después de que se fuera Irina, sacó un montón de pasta, la guardó en una mochila cualquiera y cerró todo para aparentar que en aquella habitación no había pasado nada. Antes de abandonar el cuarto, se quedó observando la cama, igual que había hecho Irina. Solo que

para él fueron gratas sensaciones. Sobre ese colchón poseyó a Emma. También en la ducha del cuarto.

En esta ocasión, en plena oscuridad, sintiéndose que ya se ha despedido simbólicamente de esta cama, no hace gesto de mirarla. Sino que decide abandonar la habitación. Justo entonces, cuando todo está saliendo bien, la puerta se abre y la luz se enciende. Enzo reacciona rápido y lleva su mano al machete, más silencioso que la pistola. Lo tiende delante y está a punto de saltar sobre su víctima. Sin embargo, su violencia se frena en cuanto distingue la figura de Tatiana cerrando la puerta.

Se hace el silencio. Una gota de sudor cae por la sien de Enzo, que guarda el machete. Su respiración procura calmarse, pero es difícil. El susto ha sido grande. Por un instante, pensó que todo se perdía, que la muerte le había seguido hasta la habitación de Andrey Gólubev. La muerte... algo que no temía Enzo... y, sin embargo, ahora que existe Emma... el pensamiento de la muerte provoca miedo. La muerte supondría no volver a estrecharla entre sus brazos, no oír su respiración, dejar de oler su aroma indescriptible, perder sus miradas, eliminar toda posibilidad de fundir sus cuerpos en uno solo. La muerte es un lugar espantoso.

—¿Qué llevas en la mochila?

Enzo se tensa. Tatiana, descalza, lleva puesto un vestido de leopardo escaso que imita un corsé. O un corsé que imita a un vestido. Enzo no lo distingue bien, apenas sabe de ropa femenina. En cualquier caso, Tatiana viste muy sexy, demasiado para la ocasión, pues en esta noche movida falta Andrey.

—No es de tu incumbencia, Tatiana, vuelve a la cama.

Los cabellos sueltos y largos de la mujer inician un bamboleo sugerente en cuanto ella se desplaza hacia delante. Tatiana es una mujer hermosa, estridente, provocativa. La típica mujer que atrae constantemente las miradas, silbidos y piropos de todos los hombres... menos los de Enzo. A ella siempre le fastidió que el lugarteniente del presidente no cayera rendido a sus pies, como todos los demás.

—No me pienso ir de aquí sin mi premio, Enzo —expresa ella inflando los pechos y caminando despacio, mostrando sus muslos irresistibles—. Irina ha salido de la urbanización extrañamente, sin chófer, conduciendo uno de los coches, y ahora te pillo aquí en la habitación de Andrey en mitad de la noche. Aquí están pasando cosas muy raras...

Se coloca junto a él, muy cerquita. Sus ojos se estiran y su boca se abre un poco. La ropa de leopardo le viene como anillo al dedo, parece un felino sensual y salvaje al que se debe acariciar y domar. Tira del cordón negro que aprieta el escote. Este se abre bastante y deja al descubierto dos senos turgentes.

—No son tan grandes como los de Emma pero créeme que disfrutarás con ellos mucho más —Tatiana sonrío perversa—. Te vi besándola desde el jardín. Ayer. Luego desaparecisteis... Y ahora es Irina la que se ha ido... ¿Crees que me chupo el dedo? Ay, Enzo, qué malvado eres... —Pasa un dedo por su mejilla, lo provoca. Lo pasea por su pecho y desciende lentamente hacia su entrepierna. Acaricia con el dorso de la mano el pene vigoroso, que extiende su poder y se aprieta en el calzoncillo. Ella sonrío satisfecha—. Quiero mi parte, Enzo. Tengo derecho a disfrutarte también... O todas o ninguna...

Enzo, nervioso, se cuestiona cómo reaccionar. No tiene sentido matarla. Se va a llevar a una de las novias de Andrey y a su hija, a otra la ha dejado marchar... matar a la tercera sería el colmo. Tatiana lleva muchos años al servicio de Andrey. Probablemente solo esté aburrida y quiera añadir un polvo distinto a su existencia. No tiene por qué ser especial. Una penetración salvaje y una corrida rápida. Podría quitarse el mochuelo de encima y seguir con el plan. Tatiana se iría a dormir sin sospechar nada y mañana él ya no estaría aquí.

Ella le baja la cremallera del pantalón mientras él reflexiona y duda. Introduce su mano y le acaricia los testículos. Con la otra mano, agarra el pene y, enseguida, se lanza a besarle. Él, excitado, siente sus labios... no son los de Emma. Están muy lejos de serlo. Enojado, la separa bruscamente y la menea

con el pene fuera. La situación es ridícula, casi esperpéntica. La arroja sobre la cama con rabia. Ella, sorprendida, no sabe si la está rechazando o la va a tomar como un animal. Pensarlo la excita. Sin embargo, se enfada cuando ve como él se guarda su sexo. Tatiana, ofendida, despreciada durante años por él, se levanta y se arroja, atacándolo con las uñas. Él se zafa del ataque. Agarra sus muñecas y, cuando no ve otra opción, suelta un bofetón considerable. Ella cae de nuevo sobre la cama y, antes de que pueda levantarse, se encuentra con su cuello agarrado por la mano fuerte de él, quien, además, saca el machete. Lo pone en su cara. Tatiana tiembla, pero no pierde la excitación. Los ojos de Enzo se muestran demasiado salvajes. Sexo y violencia juntos.

—No vuelvas a tocarme —pronuncia.

La suelta y abandona la habitación de inmediato, dejándola allí, tirada, sola, amargada en una vida de lujo pero triste. Enzo, en cambio, recorre el distribuidor a todo correr, olvidándose del sigilo. Llega hasta la puerta de Emma y se introduce en la habitación. Cierra el cerrojo nada más entrar. La luz tenue de la mesilla está encendida, Emma, sentada en la cama, esperaba despierta a que Enzo viniera a buscarla. Abandonarán la urbanización esta misma noche.

—¿Nos vamos ya? —pregunta ansiosa.

Él tira la mochila en la moqueta y se acerca salvando la distancia en grandes zancadas. Se hace dueño de su boca, pegándose a su cuerpo. La camiseta marrón, de escote amplísimo, sufre los ataques animales de Enzo. Arrastra la tela desde los hombros hacia abajo, rasgándola, liberando los senos grandes. El estampado, la bisutería, todos los detalles de la camiseta desaparecen en trozos que caen por los suelos. Emma, excitada en un instante, perpleja, pero deseosa de entregarle a Enzo todo lo que quiera, se desabrocha el pantalón negro y se lo quita rápidamente. A continuación, le quita a él la sudadera deportiva gris y le desabrocha el botón del vaquero. Ambos quedan desnudos y sobre la cama en cuestión de segundos. Enzo ataca el interior de Emma. Se encaja con fuerza, provocando algo de daño. Emma no protesta, lo

soporta con tal de que la posea. Él embiste rápido. Está alterado. Emma se arquea para sentir el placer. Gime, él respira entrecortadamente. Es violento y sexual, distinto, furioso consigo mismo. La toma con fuerza, imparable, buscando su propia corrida, penetrándola todo lo que puede, profundo. Lo necesita. Tanto como amarla. Son minutos inesperados, espontáneos. Emma es testigo y víctima de la fuerza de su amante. De sus agarres, sus bocados, sus empujes. Resulta brutal, excitante. Un camino oculto para alcanzar el más allá, éxtasis natural. Emma se introduce la mano en la boca para ahogar el grito. El orgasmo le sale por la boca. Él no lo ahoga, grita extasiado. Se siente libre. Después, se arroja sobre el pecho de Emma. Besa sus senos y cuello, esta vez, más suave, volviendo en sí.

—Debemos irnos, Emma, cuanto antes.

Ella ríe tímidamente y se sonroja. Le mira a los ojos y le dice:

—Si me lo pides así...

La habitación de Anna

La puerta se abre. La luz está apagada y la habitación de Anna solo se ilumina por el resplandor de las estrellas. Ella no para de dar vueltas frenéticamente hasta que la mano de Enzo se posa sobre su cadera y la frena. Anna, adormecida, se tensa, estira las piernas y arquea el cuerpo. Enfrente, sentada en el sofá tapizado a rasas, al lado de la televisión colgada de la pared, observa su madre calmada. Anna quiere llamarla pero su voz se queda sumergida en una nube oscura.

—Tranquila —susurra Enzo—. Estamos aquí.

Anna se siente a gusto. Sonríe. Deja que Enzo bese su cuello y la abrace. Es una sensación agradable. Emma también sonríe.

—¿Es lo que quieres, hija mía? —pregunta sin moverse del sofá.

Ella se sorprende al notar el contacto de las manos masculinas recorriendo con amor sus muslos. Los dedos juegan en la entrepierna. Desprenden el tanga de su lugar. Anna siente el placer tendida sobre la cama, preguntándose si de verdad esto es lo que andaba buscando de Enzo. Una de sus manos recorre el corsé, blanco e inmaculado, sexy, propio de una muñeca dominada, un juguete sexual listo para el coito. Siente la humedad de la vagina, el pubis ansioso. Enzo sonríe, mirándola borracho de amor. Emma también observa la excitación de su hija.

—Solo quiero lo mejor para ti, Anna. Los dos lo queremos.

Anna clava sus ojos en la mirada ardiente de Enzo, quien no para de sonreír. De repente, se monta encima y la penetra. La sensación es perturbadora, especial, punzante, amarga. Anna jamás había sentido algo así. Enzo se mueve despacio, tomándose su tiempo para el deleite. Anna goza..., pero, sin más explicación, comienza a embestir muy rápido, haciéndola daño. Fluye la sangre. Emma se levanta se acerca a la cama.

—¡Eres una zorra, hija! ¿Es esto lo que querías? Yo que lo hice todo por

ti y así me lo pagas. ¡Putá, más que puta!

Anna siente dolor. Es una traidora. Quiere gritarle a su madre, pero no tiene voz. Quiere decirle que la quiere, que es un error, que estaba confundida. Lo que quiere de Enzo es otra cosa, lo que nunca tuvo de un hombre, lo que siempre le faltó: el cariño de un padre, un modelo masculino.

—No, no, no...

Abre los ojos y se asusta al descubrir su boca tapada. Enzo la sujeta con fuerza y la oprime sobre la cama. A su lado, Emma gesticulando para que Anna se calme.

—Somos nosotros, Anna. Tranquila.

El corazón de la adolescente golpea con fuerza el interior de su pecho. Asimila lo que sucede. Ha sido una pesadilla. Una lágrima cae por su mejilla hasta chocar con las sábanas. Enzo deja de hacer fuerza y seca el reguero.

—Tranquila, Anna, nos vamos de aquí.

Ella eleva el cuerpo y se sienta en la cama. Suspira aliviada al comprobar que no lleva el corsé blanco que ha imaginado en su sueño. En su lugar, un pijama rosa. Lo compró en el pueblo aquel día que viajó con Vanesa.

Se levanta rápido y se abraza a su madre. La besa. Ella, sorprendida, mira a Enzo encogiéndose de hombros.

—Vístete, Anna, no tenemos mucho tiempo —comenta él.

Anna se fija en la ropa de ambos. Deportiva, ágil, ligera. Y una mochila a los hombros. Están escapando. Se marchan. No sabe adónde, pero le da igual. Irse a cualquier parte con su madre y Enzo le parece un sueño inalcanzable, algo que está por encima de todo, por encima de este falso paraíso, aunque le provoque miedo e incertidumbre.

Coge unas prendas de un pequeño armario y se dirige al aseo a vestirse. En menos de un minuto vuelve delante de Enzo y Emma.

—Estoy lista —dice sonriente—. Llevadme donde queráis.

Emma sonrío y, esta vez, es ella quien abraza a su hija. Después, salen los tres de la habitación. Enzo primero, vigilante. Ellas dos detrás. Recorren la

mansión hasta la sala que ocuparon durante la mañana y, con el mayor sigilo, abren la cristalera. Tras ellos, cierran. Luego, caminan por el jardín sin demora, rodeando la mansión. Enzo es prudente en cada paso. No se fía ni de su sombra.

Alcanzan el frontal de la mansión. El increíble Lamborghini que conduce normalmente Enzo está aparcado en la calzada. Enzo mira su reloj. Son las dos de la madrugada. La urbanización, sus bosques y jardines, sus viviendas y tiendas, sus habitantes, sucumben a la noche.

Los tres caminan furtivamente, como gamos sigilosos, es Enzo quien guía.

Llegan hasta un cruce. El coche rojo de Vanesa espera aparcado a escasos metros, con las luces puestas. Enzo se para y hace un gesto a Emma y Anna. Algo no le cuadra. Avisó esa misma tarde a Vanesa y le dijo que esperara discretamente, con las luces apagadas. No es lo convenido.

—No debí llamarla...

Creyó que era la única persona de la que podía fiarse. Creyó que se lo debía. Se arriesgó... pero... definitivamente, algo ha salido mal. Se da la vuelta para observar los ojos orgullosos y resueltos de Emma. No hay miedo, solo voluntad y lealtad. Perfecto. Necesita de su entrega más que nunca.

Enzo camina solo. Se acerca al vehículo cegado por las luces.

Se arrima a la posición del conductor. Allí está Vanesa, guapa, indomable, muerta. El hilo de sangre ha caído de su boca. Enzo se viene abajo. Siente mucha pena, dolor. Este dolor se transforma en rabia en cuanto ve las tres sombras acercarse. Distingue claramente a Sasha, riéndose burlón.

—Ha sido por tu culpa, idiota.

Enzo no responde a la acusación ni al insulto. Le gustaría echarse encima del asesino de Vanesa. Pero la razón se lo impide, Sasha está apuntándole con una pistola. Cerca, Dmitry también lleva un arma, aunque apunta al suelo. El taxista de *la urbanización* es un traidor, se lo había imaginado también. El tercer hombre es Vova, uno de los sicarios fieles a Sasha. Este, confiado y altivo, ni siquiera ha sacado el arma.

—¿Algún deseo antes de morir, capullo? —pregunta Sasha.

Enzo no para de mirar a la cara a los otros dos traidores. Dmitry agacha el rostro, avergonzado, apenas se atreve a mirarlo. Vova duda. Se le va el valor en apenas segundos. Siente deseos de coger el arma, pero piensa que si lo hace quedará como un cobarde a ojos del gran Enzo, incluso los otros dos se burlarán. Vova ha presumido toda la hora anterior, poniendo a parir a Enzo y asegurando que él tiene más huevos de los que el lugarteniente de Andrey ha tenido jamás.

—Me gustaría saber una sola cosa —comenta Enzo con calma, dirigiendo la vista a la mujer muerta.

—¿Sí...? —pregunta Sasha curioso y nervioso, excitado ante la posibilidad de matar a uno de los tipos que más miedo le ha dado en toda su vida.

—¿Vanesa me traicionó?

Sasha ríe burlón. Le encanta la posibilidad de recrearse ante la muerte, como si fuera un dios que lo controla todo. Incluso si tuviera tiempo, torturaría a Enzo. Sin embargo, Liosha llegará con sus hombres a las tres de la madrugada a la puerta de la urbanización. Apenas queda tiempo para matar a Enzo y a otros hombres claramente afines a Andrey Gólubev. Muertos todos estos, el resto se rendirán.

—No te traicionó, capullo. Aunque poco importa. Ha sido por pura casualidad. Justo esta noche, en menos de una hora, llegarán los hombres de Alexey Vorobiov. Las puertas de la urbanización se abrirán a su paso.

Enzo pone cara de asco. Se arrepiente de no haber matado al cabrón la noche antes. Vanesa estaría viva. De nuevo, se confundió al no actuar.

—Vanesa se pensó que pasaba la noche fuera. Sin embargo, estaba en la casa haciendo tiempo con mis dos amigos cuando ella cogió el coche para venir aquí. Yo me extrañé, Enzi, pensé que se veía con un amante o algo así, y se me ocurrió que ese serías tú. La seguimos, teníamos tiempo.

—¿Y era necesario matarla?

—Bueno, eso ha sido quizás un error. Me enojé un poco. No aguanté y le pregunté si eras tú a quien esperaba. No iba a perder el tiempo si era otro. Al cabo, nosotros íbamos a matarte sí o sí esta noche antes de las tres de la madrugada. Ella no quiso confesar y me puse algo... como diría... intranquilo. Sí, intranquilo es la palabra.

Enzo respira hondo. Tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano y mantener la cabeza fría para no arrojarse encima de Sasha y ahogarlo con sus manos. El odio de sus ojos le delata. Sasha decide que ya ha llegado la hora de acabar con él y quitarse un gran miedo de encima. Sus contactos en Rusia han provocado la caída de Andrey Gólubev, que ya estará muerto. Él va a matar a Enzo y a otros más. *La urbanización* quedará tomada y él ascenderá en fuerza y poder. Un paso más para ser el auténtico jefe.

—Por cierto, Sasha —dice Enzo—, tengo que pedirte disculpas.

—¿A mí? —se sorprende y sonríe vanidoso mirando a sus dos compañeros. Estos ríen también, nerviosos, deseando que Sasha acabe cuanto antes.

—Sí, me equivoqué contigo.

—Nunca es tarde para reconocer quién es el mejor, amigo.

—No, eso ni soñarlo. Me refiero a que te prometí que mi nombre sería lo último que escucharías al morir.

Sasha cambia el gesto. Se pone nervioso, igual que los otros, y piensa que debe disparar. Sin embargo, un terror interior, una curiosidad absurda, le impide hacerlo aún. Además, la repentina calma de Enzo le aturde.

—He cambiado de opinión, Sasha. Me importa una mierda cuál sea la última palabra que oigas. Es más, ni siquiera necesito matarte yo.

Nada más acabar de hablar, con Sasha desorientado y rabioso, trueno un disparo. Los sesos del asesino de Vanesa se esparcen por la calzada. Dmitry y Vova se quedan bloqueados. Gran error. Enzo saca el machete y se lanza como un depredador primitivo. Arremete contra el conductor de taxi, le tira al suelo y abre una zanja descomunal y sangrante en su cuello. El tipo vomita líquido

viscoso y rojo. Imagen desagradable que aturulla a Vova, quien no es capaz de decidir si saca el arma y dispara o sale corriendo. Solo cuando es consciente de que va a morir, cuando concibe que la sombra de Enzo se dirige a él, saca la pistola y aprieta el gatillo. El disparo no llega a salir. Una bala llega antes hasta su pecho y lo destroza. Se queda quieto, de pie, el arma resbalando entre sus dedos. A unos metros, le apunta con una pistola la misma persona que ha matado a Sasha. Es Emma, inmóvil, decidida, resuelta. En sus manos, la pistola que le ha entregado Enzo minutos antes, cuando supuso que les esperaba una trampa.

Escapar

El reloj marca las tres de la madrugada. En la garita blindada, el sicario ruso que ejerce de guardia de seguridad, consulta de nuevo el reloj. No para de hacerlo, nervioso. Sasha no aparece y él tiene orden de abrir a las tres. Afuera, con las luces apagadas, se agolpa la flota de coches pertenecientes a los secuaces del oso de Kadykchan. Vuelve a mirar el reloj. Le asaltan las dudas. ¿Qué hacer? ¿Habrá fallado el golpe de Sasha? ¿Será un leve retraso? De sus cabellos caen lágrimas de sudor. La tensión es grande. Vida o muerte juegan al borde de su decisión.

La puerta de un coche oscuro se abre. La luz interior del vehículo ilumina los rostros enojados y violentos de los que quieren entrar. Es Liosha quien se ha puesto de pie, impaciente. El guarda reconoce su cara. Ha oído hablar mucho de él, de lo peligroso que es. Las historias que pronuncian su nombre son el incentivo perfecto para abrir. Aprieta la palanca de apertura. Las enormes puertas ceden. Se entregan.

La flota de vehículos entra rauda, sin perder tiempo. Suenan las armas preparándose. El guarda se pasa la mano por el pelo y pasea intranquilo por su garita blindada, el único lugar seguro de la urbanización en este momento. Liosha y los suyos empezarán a matar a los fieles al presidente, atemorizarán a los dudosos, se unirán a los rebeldes, como él, una de las piezas claves de la toma de *la urbanización*.

Pasa el último coche. Han entrado al menos diez vehículos. Suficientes para coger in fraganti a los sicarios, que duermen plácidamente.

El guarda respira hondo y se dice que su trabajo ya está hecho. Toca descansar y esperar. Sasha le dará órdenes en breve.

Justo suenan unos toques en la puerta. *Por fin, aquí está*, suspira aliviado, sin quitarse el nervio de encima. Abre la puerta de acero blindado sin mirar por la ventanilla de la derecha. Solo puede ser Sasha a estas horas,

¿quién si no?

Se equivoca. El machete corta su garganta antes de que se dé cuenta. Está muerto, expulsando regueros sangrientos. Enzo empuja su cuerpo hacia atrás. Luego, hace una señal. De las sombras aparece despacio el Lamborghini que todo el mundo conoce. Lo conduce Emma con cuidado de no apretar el acelerador demasiado. Al llegar a la puerta se baja y pasa al lado del copiloto. Anna va detrás, con la mochila cargada de billetes. Enzo, tras limpiar la hoja del machete con las mangas del muerto, se monta en el coche y pisa a fondo. Ya no quedan testigos de su escapada... y, de paso, un traidor menos.

Enseguida cogen la carretera y desaparecen. Con mucha suerte, nadie volverá a oír hablar de ellos. Enzo, al volante, sabe que es difícil. Todos querrán encontrarlos, pero no para felicitarlos... El oso de Kadykchan y el presidente, si sobrevive, irán tras ellos.

Mira hacia el copiloto. Emma está emocionada, paladeando la sensación de libertad. No se sentía igual desde el nacimiento de su hija, su mayor tesoro. Atrás, Anna también se agita presa de la emoción. Tiene miedo. Miedo a todo. A quienes la persiguen y a ella misma. Sin embargo, está con su madre y Enzo, las dos personas que más seguridad le dan. Será valiente.

Se alejan. Atrás, en la urbanización de mafiosos, se inician algunas ejecuciones. Se realizarán despacio. La urbanización es grande, la lealtad movible, la sed de sangre tremenda. Tardarán todavía en encontrar los cuerpos sin vida de Sasha y sus ayudantes. Será entonces cuando Liosha se percate molesto de que esto aún no ha acabado, sino que no ha hecho más que empezar. Su jefe no aceptará esta victoria a medias. Lo conoce. Es demasiado orgulloso y sentido. No parará hasta matar a Enzo y poseer a las dos mujeres. *Maldita sea*, pronunciará Liosha alegrándose en parte de la muerte de Sasha, *Enzo, eres un bribón con suerte*.

Luego, bebiendo un vodka tras la toma de *la urbanización*, se preguntará si no son ellos los que deben temerle...

En algún lugar...

La poza termal se muestra preciosa ante sus ojos sorprendidos. Tras una hora de caminata, han encontrado el pequeño manantial virgen que conocen muy pocos. Emma no duda y se desviste veloz ante la mirada atónita de Enzo.

—Pero, si hace algo de frío...

—No seas cobarde —le provoca entre risas.

Tarda menos de un minuto en meterse en el agua. Sobre ella, de la pared natural, cae una cascada suave que casi gotea.

—¡Está caliente! —exclama encantada.

—¡Qué remedio!

Enzo se desviste aprovechando que están solos. Anna les ha dado un día de intimidad absoluta. El rincón perdido es precioso. Hace ya medio año que escaparon de la urbanización. Jamás los encontrarán aquí, en un entorno despoblado y rural, lejos de todo lujo y vicio.

Emma, con el pensamiento lejos de todo peligro, contempla feliz el cuerpo desnudo de su amante. Estudia como se endurece su miembro. Enzo se introduce en la poza y se deja querer por el líquido caliente.

—Es una gozada —opina.

Se miran cara a cara. Cerca. Sus labios deseándose. Él baja su mirada hacia los pechos preciosos de la mujer, ella se los tapa, tímida. Enzo sonríe.

—Eres hermosísima.

Estira la mano y la atrae flotando hacia él. La tumba contra el inicio de la poza, boca abajo. Se coloca encima. El culo de Emma se adosa a la erección inmensa. Enzo muerde su nuca, su espalda, su costado. Los escalofríos vencen el calor del agua.

—Me encanta sentirte, Enzo —pronuncia entre gemidos de vaho.

Enzo aprovecha para buscar los pezones bajo el agua, cercanos a la arena y la piedra. Están duros y calientes como su erección. Los acaricia con amor.

Manosea los senos. Emma, excitándose, mueve el trasero para pedir la penetración. Él, haciéndose de rogar, coge el pene y lo frota contra las nalgas.

—Métemela...

Su boca continúa recorriendo la espalda de Emma y deja ligeros mordiscos a su paso. Sus manos juegan con las preciosas caderas femeninas y las acercan contra su cuerpo. Comienza la batalla del amor, el deseo de sexo. Emma busca con la mano el pene erecto, quiere introducirse. Él se mueve y la rechaza. Ríe.

—Fóllame, Enzo —pide sabiendo que le excita.

Él da un último mordisco y penetra entre los muslos. La vagina cede al paso del sexo. Todo su pene queda dentro, regodeándose. Ambos gimen y expulsan sonidos particulares. El agua los inunda tanto como el placer.

Enzo se mueve de forma constante. Lento, con calma. Podría hacerlo durante horas, no hay mayor placer que sentir su polla dentro, el confort de su interior, su piel cerca, oír sus gemidos, ver su boca anhelante. Al rato, acaricia su clítoris. La excitación sube de nivel. Ella no recuerda el pasado ni presente el futuro. Solo disfruta del presente. Él busca el placer de su mujer. Ambos gritan. Nadie puede oírlos. Enzo, al límite, mueve estrechamente la polla, acaricia con más intensidad. Le queda poco para llegar...

En una última arremetida, Emma pega un grito explosivo y brutal. Enzo tarda dos segundos en dejarse marchar... Ambos se corren casi a la vez, sintiéndose uno, amándose al instante. Quedan adosados en el agua, sobre la arena limpia.

—Me has salvado la vida —afirma Emma dándose la vuelta en cuanto él sale.

Enzo se arrima y sus cuerpos juegan. Se abrazan.

—Creo, Emma, que me la has salvado tú a mí.

Entonces, se besan.